



FUNDACIÓN SCP

NO HAY DIVISIÓN
DE ANTIMEMÉTICOS



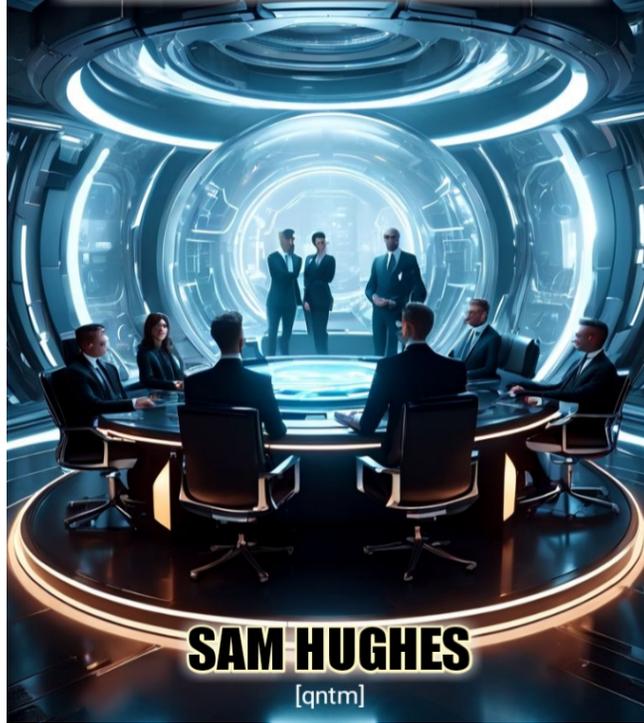
SAM HUGHES

[qntm]



FUNDACIÓN SCP

**NO HAY DIVISIÓN
DE ANTIMEMÉTICOS**



SAM HUGHES

[qntm]

Créditos

Título: **No hay División de Antimeméticos**

Autor: **Sam Hughes (qntm)** (qntm.org)

Copyright © 2024 Sam Hughes (qntm) (CC-BY-NC-SA, algunos derechos reservados)



Prohibida su venta.

Traducción, edición y portada: Artifacts, julio 2024.



Ebook publicado en [Artifacts Libros](#) en agosto de 2024.

_____oOo_____

Título original: **There is no Antimemetics Division**

Copyright © 2020 Sam Hughes (qntm) (CC-BY-NC-SA, algunos derechos reservados)

Texto en inglés publicado en [SCP Foundation \(Antimemetics Division Hub\)](#)

Licencia Creative Commons

No hay División de Antimeméticos se publica bajo Licencia CC-BY-NC-SA 4.0 <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Si quieres hacer una obra derivada, por favor, incluye el texto de la sección de Créditos de este eBook.

Licencia CC-BY-NC-SA



Esto es un resumen inteligible para humanos (y no un sustituto) de la licencia, disponible en castellano.

Advertencia:

Usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y crear a partir del material.
- El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.

Bajo las condiciones siguientes:

- **Reconocimiento:** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una

manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

- **No Comercial:** No puede utilizar el material para una finalidad comercial.
- **Compartir Igual:** Si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.
- **No hay restricciones adicionales:** No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

Sobre el Autor

Soy qntm (pronunciado "quantum"), escritor y desarrollador de software.

Escribí *There Is No Antimemetics Division, Ra and Valuable Humans in Transit and Other Stories*, este último incluyendo los relatos "Lena", "The Difference" y "I Don't Know, Timmy, Being God Is A Big Responsibility".

Soy un entusiasta de la hora, las zonas horarias, los tiempos de viaje y los calendarios. Pienso que Unicode es lo mejor de las computadoras y creo que la correcta estructuración y normalización de los datos es un importante asunto social. Fui en un tiempo la autoridad mundial sobre la verdadera ubicación de Springfield y puede que aún sea la autoridad mundial sobre la destrucción de la Tierra. Si apareciese en Mastermind, mi tema de especialización sería Futurama. Fui Persona del Año del *Time Magazine* en el 2006.

Creé Absurdle, HATETRIS y Base65536. Ocasionalmente escribo tutoriales de programación.

Fuente: qntm.org/self, usada con permiso.

Sobre esta obra

Ésta es la primera obra no inédita que traduzco.

Ya había sido traducida al castellano en la sección [Hub de la División Antimemética](#) de la Rama Hispanohablante de la Fundación SCP (scp-es.com)

Pero me enteré de este hecho cuando ya tenía traducidos cuatro capítulos y ya había diseñado la portada, así que la terminé de traducir porque me enganchó la historia. El siguiente paso lógico era publicarla y aquí está.

Creo que hay pocas diferencias entre esta versión y la ya traducida. De hecho, usé la traducción de la rama hispanohablante para algunos términos (como el de "Destacamento Móvil", por ejemplo). En resumen, leer esta versión o la antigua viene a ser casi lo mismo.

Espero que os guste la historia. Feliz lectura.

Artifacs

1. Prólogo. SCP-055: [desconocido]

Número de artículo: SCP-055

Clase de objeto: Kéter

Procedimientos Especiales de Contención: El objeto se mantiene dentro de una habitación de cinco (5) por cinco (5) por dos coma cinco (2,5) metros, construida de cemento con cincuenta (50) centímetros de espesor y una jaula de Faraday rodeando las paredes de cemento. El acceso es vía una puerta pesada de contención que mide dos (2) por dos coma cinco (2,5) metros construida sobre cojinetes para garantizar que la puerta se cierre y bloquee automáticamente, a menos que se mantenga abierta deliberadamente. NO se deben colocar guardias de seguridad fuera de la habitación de SCP-055. Se recomienda además que todo el personal que mantenga o estudie otros objetos SCP en las cercanías intente mantener una distancia de al menos cincuenta (50) metros del centro geométrico de la habitación, siempre que esto sea razonablemente práctico.

Descripción: SCP-055 es un secreto automantenido o antimeme. La información sobre la apariencia física de SCP-055; así como sobre su naturaleza, comportamiento y orígenes; está autoclasificada. Para aclarar:

Cómo el Sitio 19 adquirió originalmente el SCP-055 es desconocido.

Cuándo se obtuvo el SCP-055 y por quién son desconocidos.

La apariencia física del SCP-055 es desconocida. No es indescriptible ni invisible: los individuos son perfectamente capaces de entrar al contenedor del SCP-055 y observarlo, tomar notas mentales o escritas, realizar bocetos, tomar fotografías e incluso realizar grabaciones de audio/video. Hay archivado un extenso registro de tales observaciones. Sin embargo, la información sobre la apariencia física del SCP-055 sale de la mente humana poco después de tal observación. Las personas encargadas de describir el SCP-055 descubren después que sus mentes divagan y pierden interés en la tarea. Las personas encargadas de dibujar una copia de una fotografía de

SCP-055 no pueden recordar la fotografía, al igual que los investigadores que supervisan estas pruebas. El personal de seguridad que ha observado el SCP-055 a través de cámaras de circuito cerrado de televisión emergen tras un turno completo exhaustos y efectivamente amnésicos sobre los eventos de las horas previas.

Quién autorizó la construcción de la sala de contención del SCP-055, por qué se construyó de esta manera o cuál puede ser el propósito de los Procedimientos de Contención descritos son todos hechos desconocidos.

A pesar de que el contenedor de SCP-055 es de fácil acceso, todo el personal del Sitio 19 afirma no tener conocimiento de la existencia del SCP-055 cuando se le cuestiona.

Todos estos hechos se redescubren periódicamente, generalmente por lectores casuales de este archivo, y causan gran alarma. Este estado de preocupación dura unos minutos, como máximo, antes de que el asunto se olvide sin más.

Se han registrado una gran cantidad de datos científicos sobre SCP-055, pero no se pueden estudiar.

Al menos un intento de destruir el SCP-055 se ha realizado, o posiblemente de trasladarlo de la contención del Sitio 19 a otro sitio, fracasando por razones desconocidas.

SCP-055 puede presentar una amenaza física importante y, de hecho, puede haber matado a cientos de personas sin que lo sepamos. Ciertamente presenta una gigantesca amenaza memética/mental, de ahí su clasificación Kéter.

Documento #055-1: Un Análisis de SCP-055

El autor plantea la hipótesis de que SCP-055 nunca fue adquirido formalmente por ██████████ ██████████ y de que es de hecho un agente autónomo o controlado remotamente insertado en el Sitio 19 por un tercero no identificado para uno o todos de los siguientes propósitos:

- observar silenciosamente o interferir con las actividades en el Sitio 19
- observar silenciosamente o interferir con actividades en otras ubicaciones de SCP
- observar silenciosamente o interferir con las actividades de la humanidad a nivel mundial.
- observar silenciosamente o interferir con otros objetos SCP
- observar silenciosamente, o interferir con ██████████

No se sugiere ninguna acción para contrarrestar ninguna de estas amenazas potenciales, ni tampoco es teóricamente posible.

Adenda A:

Ey, si esto realmente es un antimeme, ¿por qué no desaparece el hecho de que es un antimeme? Debemos de estar equivocados en eso. Espera un momento, ¿y si tomáramos notas sobre lo que no es? ¿Las recordaríamos? Bartolomé Hughes, NSA

Documento #055-2: Informe del Dr. John Marachek

El equipo de investigación #19-055-127BXE pudo ingresar con éxito al contenedor del SCP-055 y determinar la apariencia y, hasta cierto punto, la naturaleza del objeto. Se tomaron notas de acuerdo con la metodología del proyecto (ver ██████████), después de lo cual el contenedor se selló nuevamente.

A continuación se presenta un extracto de una transcripción del informe del personal:

Dr. Hughes: Bien, ahora voy a tener que hacerle algunas preguntas sobre el número 55.

██████████: ¿Qué número?

Dr. Hughes: Objeto SCP 55. El objeto que acaba de examinar.

██████████: Um, no sé de qué me está hablando. No creo que tengamos un 55.

Dr. Hughes: Bien, entonces, ██████████, me gustaría que me dijera qué ha estado haciendo durante las últimas dos horas.

██████████: ¿Qué? Yo... [el sujeto parece incómodo]... No lo sé.

Dr. Hughes: Bien, entonces, ¿recuerda que todos coincidimos en que no era esférico?

██████████: No fue eso lo que... ¡Oh! ¡Cierto! ¡No es redondo en absoluto! ¡El objeto 55 no es redondo!

Dr. Hughes: Entonces ¿lo recuerda ahora?

██████████: Bueno, no. Quiero decir, no sé lo que es, pero sé que hay uno. Es algo que no puedes recordar. Y no es una esfera.

Dr. Hughes: Espere un minuto. ¿El qué no es una esfera?

██████████: El objeto 55.

Dr. Hughes: ¿Qué objeto?

██████████: Doctor, ¿recuerda haber coincidido en que algo no tenía forma de esfera?

Dr. Hughes: ¡Ah, cierto!

Parece posible recordar lo que SCP-055 no es (negaciones de hecho) y deducir repetidamente su existencia a partir de estos recuerdos.

El personal involucrado en la Encuesta #19-055-127BXE informó sobre niveles moderados de desorientación y trauma psicológico asociados con ciclos de memoria repetida y olvido del SCP-055. Sin embargo, no se observaron problemas de salud o de conducta a largo plazo, y las evaluaciones psicológicas del personal de la encuesta mostraron informes consistentes de que esta angustia se desvanecía con el tiempo.

Recomendaciones: Puede ser valioso apostar en cada sitio crítico al menos a un miembro del personal capaz de recordar la existencia de SCP-055.

PARTE 1

No hay División de Antimeméticos

2. Tenemos que hablar sobre Cincuenta y Cinco

—¿Puedo fumar?

Esta vez la recepcionista mira a Marion con los ojos entrecerrados. —No — dice ella—. No... no se puede fumar en ningún lugar del Sitio 200. Sólo porque sea un edificio administrativo no significa que no tengamos pulmones. O derechos laborales.

Marion nota la exasperación en el rostro de la joven. —Ya te he preguntado esto antes, ¿verdad?

—Dos veces en el último cuarto de hora —dice la recepcionista—. Debe de necesitar mucho un cigarrillo. —Está genuinamente desconcertada por la repetida pregunta, y no está haciendo un buen trabajo en esconder su perplejidad.

—Cree que esto es como Memento, ¿no? —ofrece Marion, caritativamente—. Crees que no tengo memoria a largo plazo y que si me quedo mucho tiempo en un lugar se me olvida para qué he ido allí.

La recepcionista apenas tiene edad para recordar esa película. —Será eso.

Marion sonrío con simpatía y niega con la cabeza. Nada es tan simple.

Pasan los minutos. Ella juguetea obsesivamente con su encendedor. Este año cumplirá cincuenta, poco a poco van saliéndole canas, y va ya camino de pasar de ser señora a convertirse en viejecita. En su bolso, su teléfono suena porque es hora de tomar una pastilla, pero ella le dice que se lo recuerde más tarde. Hay un ligero temblor en sus dedos, pero eso no es una enfermedad basada en la edad, son sólo nervios comunes y corrientes. Está nerviosa porque está aquí para encontrarse con un O5, y los O5 dan miedo. Los O5 nunca quieren verte por minucias. O es el fin del mundo o nada.

Por fin, con cuarenta minutos de retraso, se abre la puerta de la oficina interior. Salen cuatro o cinco Fundadores de alto rango cargando computadoras portátiles o maletines. Como grupo, pasan directamente por

la recepción y salen hacia los coches que los esperan. Marion reconoce algunas de las caras: el director del Sitio 19, el jefe de reclutamiento para Europa Occidental. Ninguno de ellos mira en su dirección.

Una vez que se han ido, el asistente de O5-8 asoma la cabeza por la puerta. Tiene veintitantos años, increíblemente joven, como un adolescente embutido en una de las camisas de negocios de su padre. Su corte de pelo es apenas reglamentario. En una mano sostiene una tableta que muestra la agenda de su jefe. Está llena. El hombre evidentemente no duerme.

—¿Marion? Puedes pasar ahora.

La puerta de la oficina se cierra detrás de ellos con un ruido mecánico inusualmente pesado, como si todo fuera parte de una máquina integrada en las paredes de la oficina. Mientras Marion toma la silla indicada y deja su bolso, el asistente se gira y le hace a la puerta algunas cosas adicionales y confusas, lo que provoca varios ruidos extraños más. Los O5 tienen requisitos de privacidad y seguridad no triviales.

La oficina es espaciosa, pero consigue ser oscura a pesar de los dos ventanales en las esquinas y de la plena luz del día exterior. Las paredes son todo estanterías y paneles de madera oscura. Perfectamente elegante, pero un estilo de los años noventa, un poco desgastado y aún no lo bastante viejo como para volver a estar de moda.

En cuanto al tipo detrás del escritorio, bueno, un O5 nunca se ve como te imaginas.

Marion respira profundamente. —Bueno ¿cuál es el tema? Lo único que recibí fue la invitación a la reunión, sin agenda ni asunto. Quiero decir, si un O5 dice "salta", saltas, pero...

Mirando a su derecha, ella nota que el asistente, sin decir nada ni hacer ningún ruido indebido, ha dejado la tableta sobre una mesa, ha sacado una pistola y le apunta a la cabeza. Marion deja de hablar. Se queda quieta en su

silla por un rato, absorbiendo el cambio de ritmo, dejando que su ritmo cardíaco aumente hasta el de un colibrí antes de se equilibre de nuevo.

—¿Todo bien? —arriesga ella. Se lame los labios y se agarra a los reposabrazos; por lo demás, se queda perfectamente quieta, esperando otra indicación. La cara del asistente es totalmente neutral ahora, como si fuera así como transcurren las reuniones. Quizá eran así para la gente de aquí arriba.

—¿Quién eres? —le pregunta O5-8.

Marion parpadea. —¿Qué? Oh, Dios.

—Lo diré de otro modo —dice O5-8—. Marion Wheeler, cuarenta y nueve años, con amado esposo y dos hijos a cuestas. Le gusta la acampada, el senderismo y la ornitología. Madre aburrída con finanzas e historial perfectamente herméticos, al menos que nosotros hayamos podido examinar. Y con plenas credenciales de la Fundación que nosotros nunca hemos emitido, incluido el acceso a una lista de instalaciones y salas que... bueno, algunas de esas ubicaciones no existen o fueron desmanteladas hace décadas. Al menos una no se ha construido aún, pero usted ya tiene la llave de la puerta principal. Y esto sin mencionar sus listas de control de acceso de SCP, que sólo puedo calificarlas como egregias.

—De modo que es usted una espía y sus objetivos compiten con los nuestros. Así que Clay quiso soltarle a Xi-3, pero pude convencerlo. Lo convencí para un cara a cara. Pensé que había una pequeña posibilidad de que, si la encerráramos a usted en una sala a prueba de bombas y se lo pedíamos cortésmente, tendría el sentido común de ahorrarse el resto.

Hace tiempo que Marion ha dejado de escuchar. —Serás zoquete —dice ella, ahora que por fin puede hablar—. Soy tu jefa de Antimeméticos.

—No tenemos una División de Antimeméticos —dice Clay.

—Sí que la tenéis. La tenemos.

O5-8 dice: —Tenemos una División de Memética, una División de Telecontención, Servicios de Bomberos, Operaciones-A, Operaciones-B, Personal, Personal D y otras dos docenas. No tenemos una División de Antimeméticos.

—¿Tenemos una División de Ironía? —pregunta Marion. Ella duda esperanzada—. ¿No? Está bien. Bueno, probemos con esto: ¿por qué piensas que la División de Antimeméticos iba a aparecer en la lista?

—Esto es sólo una historia de tapadera —le dice Clay a O5-8, sin quitarle los ojos de encima a Marion—. Es una buena historia, pero ella ya se la ha preparado de antemano.

—Clay, baja el arma —dice el O5.

De mala gana, Clay lo hace.

Marion se relaja un poco. —Hay SCP con propiedades meméticas peligrosas —dice ella—. Hay conceptos contagiosos que requieren contención como cualquier amenaza física. Se te meten dentro de la cabeza y viajan en tu mente para llegar a otras mentes. ¿Cierto?

—Cierto —dice O5-8. Él podría nombrar una veintena de SCP que encajaban en esta descripción sin siquiera pensarlo.

—Hay SCP con propiedades antimeméticas —prosigue Marion—. Hay ideas que no se pueden difundir. Hay entidades y fenómenos que cosechan y consumen información, particularmente información sobre ellos mismos. Si haces una foto Polaroid de uno, la foto no se revelará nunca. Si escribes una descripción con un bolígrafo sobre un papel y se la entregas a alguien, lo que has escrito serán jeroglíficos y nadie podrá entenderlos, ni siquiera tú. Puedes mirar directamente a uno de ellos y ni siquiera será invisible, pero aun así no percibirás nada, sino sueños a los que no puedes aferrarte y secretos que nunca podrás compartir, mentiras y conspiraciones vivientes. Es una subcultura conceptual de ideas que consumen otras ideas y, a veces, segmentos de la realidad. A veces, gente.

—Lo que los convierte en una amenaza. Eso es lo único que se puede sacar en claro de ellos, en realidad. Los antimemes son peligrosos y no los entendemos; por tanto, son parte del Problema. De ahí mi división. Podemos usar pensamiento lateral, hallar lo necesario para combatir algo que literalmente puede comerse tu entrenamiento de combate.

O5-8 le devuelve la mirada durante un largo momento. Clay se inquieta, disgustado y desconfiado de la historia, pero el O5 parece más abierto al concepto.

—Nombra uno —dice—. Nombra un SCP antimemético.

—SCP-055 —dice Marion prontamente.

—No hay ningún SCP-055 —replica Clay.

—Te repito que sí lo hay —dice Marion.

—No lo hay —afirma Clay—. Los números de SCP no se asignan de forma secuencial. Hay huecos. Ese número no ha sido asignado. Esto no es por superstición, ya tenemos bastante en qué preocuparnos como para adoptar un misticismo numerológico arbitrario. Tenemos el SCP-666 y el SCP-013, pero no existe ningún SCP-001. Y no hay ningún SCP-055.

—Clay —dice O5-8—, deberías mirar esto.—Gira su monitor para que Clay pueda ver el archivo que acaba de recuperar. Clay se inclina y lo lee de arriba a abajo. Aturdido, retrocede y lo lee todo por segunda vez.

—Pero...

—El archivo tiene fecha del 2008 —dice O5-8—. Tiene todas las banderas y firmas correctas. Tiene llave y código. Es real.

—¿Tú has visto esto antes? —le pregunta Clay.

—Nunca en mi vida —dice O5-8—. Que yo recuerde, al menos. Por otro lado, si el contenido es exacto, probablemente ambos lo hemos visto decenas de veces.

Clay mira a Marion. —Esto no es posible.

Marion casi escupe. —Por amor de Dios, Clay, ¿cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Pero si este SCP es así de poderoso...— comienza él.

—¿Sí?

—¿Quién escribió el archivo? —termina el O5—. Y ya de paso, ¿cómo se realizó la entrevista y quién es Bartholomew Hughes? Y lo más importante, ¿cómo puede usted, Sra. Wheeler, retener conocimiento de algo de esto?

—Bart Hughes escribió el archivo. Está muerto —dice Marion.

—¿Qué le sucedió?

—No quieres saberlo.

Hay una pausa muy larga mientras O5-8 y su asistente reaccionan a esto. De hecho, pasan por una secuencia larga y discreta de reacciones. Indignación por la aparente mala educación, confusión ante la imprudencia de Wheeler frente a superiores siniestros, sorpresa por la magnitud de la afirmación, pura incredulidad, comprensión y, finalmente, horror.

—¿Qué —pregunta O5-8 con cuidado— habría pasado si nosotros lo hubiéramos sabido?

—Os ocurriría a vosotros también —dice Marion, llanamente—. En cuanto al resto de vuestras preguntas: gestionamos eso farmacéuticamente. ¿Sabes que tenemos amnésicos de clase A para personas con necesidad urgente de olvidar cosas? Por supuesto que lo sabes. ¿Quién podría olvidarse de los amnésicos de clase A? Bueno, en Antimeméticos tenemos una pastilla diferente para personas que necesitan recordar cosas que de otro modo serían imposibles de recordar. Mnésticos, de clase W, X, Y y Z. Misma raíz griega que en la palabra mnemotécnico. La M es muda.

En el bolso, el teléfono de Marion vuelve a sonar.

Con un gesto de aprobación del O5, Marion mete la mano en el bolso y apaga el teléfono, esta vez aceptando la sugerencia en lugar de posponerla. Saca un paquete de otro bolsillo y extrae una pastilla, hexagonal y verde. La sostiene en alto y le satisface ver un destello de reconocimiento en el rostro de O5-8. Él está empezando a recomponer el puzzle.

Marion dice: —Estas son mnésticos de clase W, los más débiles, aptos para uso continuo. Dos pastillas al día. Baja a la farmacia del sitio y pregunta. El farmacéutico afirmará que no tienen existencias de eso, pues no lo recuerdan bien, dile que vuelva a comprobarlo.

O5-8 suspira. —Y ahora creo que lo entiendo. Ya veo por qué estamos teniendo esta conversación.

—Sí —dice Marion, sacando una segunda pastilla y entregándosela—. Porque te saltaste una dosis. Deberías estar bajo los efectos de esto, al igual que yo y que todos los miembros de mi personal. Es la única manera en la que podemos trabajar. Olvidaste tomar una pastilla y luego olvidaste toda la información que las pastillas le ayudaban a retener. Olvidaste por qué las tomabas, quién te las daba, dónde conseguir más. Te olvidaste de mí y de todo mi departamento. Y ahora yo tengo que ponerte al día.

—Y si tomo esto —dice O5-8—, ¿recordaré toda esta conversación y no tendremos que volver a tenerla?

—Con suerte, no —dice Marion.

Clay interviene: —Uh, ¿debería tomarlas yo?

—Lo siento, chaval —dice O5-8—. Yo necesito saber. Quizá cuando seas un O5. —Se traga la pastilla. Marion también se traga la suya.

—Entonces, ¿qué es SCP-055? —pregunta O5-8.

—SCP-055 no es nada —dice Marion, ahora totalmente relajada—. SCP-055 es, como se describe en el archivo, un poderoso autosupresor de información. Hasta donde la experimentación ha revelado, sólo puede definirse en términos negativos. Sólo podemos registrar lo que no es.

Sabemos que no es Seguro ni Euclides. Sabemos que no es redondo ni cuadrado ni verde ni plateado. Sabemos que no es estúpido. Y sabemos que no está solo. Pero lo que sí sabemos es que es débil. Es débil porque es el único agente antimemético en nuestro poder que tiene una entrada física en los archivos. Tenemos registros en papel de esa cosa. Tenemos procedimientos de contención. No es Seguro, lo que significa que es peligroso... pero está contenido.

O5-8 parpadea. —¿Tiene usted procedimientos? ¿Dónde?

Marion se señala la cabeza.

—Entonces, ¿cuántos antimemes más hay? ¿Cómo de mucho más peligrosos se vuelven?

—Diez, que yo sepa —dice Marion—. Estadísticamente, probablemente hay al menos otros cinco que yo no conozco. Eso sin contar las entidades antimeméticas que deambulan libremente por los pasillos bajo ninguna contención. Hay al menos dos en esta sala con nosotros en este momento. No mires. ¡He dicho que no mires! ¡Es absurdo!

O5-8 hace un esfuerzo impresionante para controlarse y mantener su atención centrada en Marion. A Clay no le va tan bien y rápidamente barre toda la habitación, incluso revisando sus espaldas. Básicamente, haciendo el ridículo. No encuentra nada. Parece desconcertado.

—Hay un monstruo invisible que me sigue y a quien le gusta comerse mis recuerdos —explica Marion pacientemente—. SCP-4987. No lo busques, no está ahí. He aprendido a lidiar con ello. Es como una mascota exigente. Produzco recuerdos sabrosos a propósito para que no se coma algo importante, como mis contraseñas o cómo preparar café.

—¿Y cuál es el otro? —pregunta Clay.

Con otro asentimiento de O5-8, Marion vuelve a buscar en el bolso. Esta vez saca un arma y le dispara a Clay dos veces en el corazón.

Más horrorizado que dolorido, Clay se desploma contra la estantería detrás de él. Girando la cabeza para mirar a Marion, logra decir: —¿Cómo... lo supís...?

Marion se levanta, apunta con más cuidado y le dispara por tercera vez, esta vez en la cabeza.

O5-8, nuevamente, hace un esfuerzo impresionante para no reaccionar. — Esa es el arma de Clay —dice él, inexpresivo—. Se la robó usted.

—Es complicado robarle un arma de fuego tan pesada a alguien sin que se dé cuenta —explica Marion, descargándola y dejándola con cuidado—, pero robar un arma de fuego y luego robarles el recuerdo del robo es un poco más fácil. Como dije: una mascota. Algunas mascotas son suficientemente tontas como para poder entrenarlas.

—Sí —dice O5-8—. Eso ya lo había adivinado. Pero ¿por qué?

—Porque debías estar bajo los efectos de los mnésticos de clase W —dice Marion—. Uno no puede saltarse una dosis de mnéstico de clase W. Ya lo he intentado. Puedes posponer una dosis, pero no puedes olvidarla a menos que alguien te impida tomarla activamente. Sólo hay una persona que habría podido acercarse lo suficiente a ti para hacer eso, y esa persona es tu asistente. ¿Y recuerdas cuando le pregunté cuánto tiempo llevaba trabajando aquí?

—No respondió —dice O5-8—. Creí que estaba usted siendo retórica.

—Él no trabaja aquí —dice Marion—. Es un antimeme. ¿Desde cuándo tienes un asistente? Tú no tienes asistente, Brent. Mira esta oficina. Sólo hay un escritorio. Tienes una recepcionista fuera: es ella quien filtra tus llamadas y programa tus reuniones. ¿Dónde se sienta Clay? ¿Dónde encaja? No te culpes. Tú eres humano y estas cosas son la censura encarnada. Tienes que pensar como un extraterrestre del espacio para sortearlas.

O5-8 hace una pregunta que, en cualquier otro lugar de trabajo, sería absurda. —¿Está muerto?

—Tal vez —dice Marion—. Puedo poner su cadáver en nuestra cola de investigación y comprobar qué podemos ver cuando lo destripemos. Aunque hay una dualidad en este caso, como universos paralelos compartiendo el mismo espacio. Es conceptual *versus* concreto, figurativo *versus* físico. Es muy inusual que las cosas se crucen. No sé lo que era Clay, pero tenía un cuerpo humano, lo cual lo convierte instantáneamente en raro incluso para nuestros estándares. Como siempre, la búsqueda de un empate continúa. Te avisaré si nos acercamos a algo.

—¿Algún efecto secundario de estas pastillas? —pregunta O5-8.

—Náuseas, y un riesgo dramáticamente aumentado de cáncer de páncreas —dice Marion—. Y muchas pesadillas.

3. Antimeméticos Introdutorios

El Investigador Junior Kim lleva trabajando para la Fundación cuatro horas enteras y se siente pulverizado, como si le hubieran dejado caer un yunque en la cabeza en esa primera conferencia introductoria. Es la hora del almuerzo y ha encontrado un rincón en la cafetería, tan apartado que nadie le molesta y donde puede masticar y tragar alimentos no anómalos, beber un café apocalípticamente fuerte y digerir las duras lecciones de la mañana.

En el teléfono proporcionado por la Fundación, hojea con inquietud los pocos archivos SCP a los que tiene autorización. La mayoría tienen que ser bromas. Eso es lo que parecen. Bromas muy malas, oscuras y aterradoras.

Kim es uno de los once Investigadores Junior de la nueva incorporación, y los otros diez están sentados a una mesa separada, en un grupo separado, charlando animadamente entre ellos. Hay algunos instructores aquí y allá masticando sándwiches. Aparte de ellos, la cafetería, lo bastante grande como para albergar a doscientas personas o más, está desierta. A Kim eso le parece extraño. El Sitio 41 consta de tres edificios grandes, escondidos, con un importante espacio en el sótano, enterrado casualmente en los bosques del centro de Colorado. ¿Donde está todo el mundo?

Un hombre con traje gris entra a la cafetería, hace contacto visual con Kim y se acerca con paso decidido. El traje del hombre está tan planchado que puede cortar. Lleva un alfiler de corbata y un reloj de pulsera de platino del tamaño de un ladrillo. Parece muy fuera de lugar. El Sitio 41 es un sitio de trabajo. Aquí se llevan a cabo capacitación, educación, investigación, desarrollo, análisis e incluso la contención de unos pocos SCP Seguros. Los ejecutivos no deberían estar aquí. ¿Qué es este tipo entonces? ¿Un ejecutivo perdido tratando de encontrar el helipuerto? ¿O un investigador o instructor vestido para el empleo que quiere, no para el empleo que tiene?

—Vaya infierno de primer día —dice el hombre extendiendo una mano—. Alastair Grey. Con E.

—Kim —dice Kim—. Paul Kim.

—Me alegra conocerte. ¿De dónde es ese acento, si no le importa que se lo pregunte?

Kim parpadea. —De Nueva York —dice—. Soy de Nueva York. ¿Es usted el director del sitio?

—Pareces estar al límite.

—Bueno, figúrese, ¿verdad? —pregunta Kim—. Usted debe de saber cómo va esa introducción. Es como una bomba atómica para el ego. Me acaban de cambiar casi todo lo que sé. Resulta que he pasado toda mi vida adulta protegida de conocimientos peligrosos, como si todo el mundo exterior fuera una... un parque de bolas para niños menores de siete años. Salir de eso ha sido... humillante. Para empezar. Y... —Vuelve a parpadear—. Ey, ¿qué hace usted aquí exactamente? No ha respondido a mi pregunta.

—Usted no respondió a la mía —dice Grey.

—Por supuesto que sí —dice Kim—. Soy de...

Y luego simplemente se detiene, se le va el santo al cielo. Tiene la respuesta a la pregunta de Grey en la punta de la lengua, pero no puede pronunciar las palabras. —Qué extraño —dice sacudiendo la cabeza.

En este punto, también se percata de que Grey no lleva la placa. Podría ser un error honesto, aunque uno extremadamente grave. Pero es seguro que los ejecutivos no llegan al nivel ejecutivo sin ser escrupulosamente correctos en todo lo que hacen.

-¿Quién es usted? —pregunta Kim de nuevo.

—La historia de su vida fue fascinante.

—¿Qué?

—Hablaba usted cuatro idiomas —le dice Grey—. Ahora habla uno y, pronto, cero. Con un intelecto demasiado inmenso para especializarse, su educación fue una fusión de bioquímica y literatura comparada. Sentía usted que moriría si no podía encontrar más pensamientos extraños que

meterse en la cabeza. Has estado por todo el mundo, hambriento, y cada país en el que has estado fue como aterrizar en otro planeta. Jugueteeó usted con la antropología, pero hay demasiado mundo como para comprender siquiera una raza humana, y mucho menos un ser humano. Hay demasiada raza humana. Deberíamos reducirla.

Kim asiente. —¿Me disculparía sólo un segundo? —Se levanta y corre hacia otra mesa, hacia la instructora que ha conocido ese mismo día. Cuando Kim se acerca a ella, siente que se acumula una especie de sensación de estática. Él intenta zarandearle el hombro y logra moverlo un poco, pero es como mover alquitrán. —¡Ey! Hay un problema. Hay un intruso. Creo que podría ser un SCP. ¡Doctora, míreme! ¿Hola? —Ella no reacciona. También prueba con el grupo de compañeros recién llegados, pero ellos siguen charlando e hipotetizando, ajenos a él, gritando y aplaudiendo en sus oídos. —¡Ey! ¡Gente! ¡Escuchadme! No no no no.

Él mira hacia atrás. Grey se ha levantado y comienza a moverse hacia él, todavía con esa sonrisa confiada. Y definitivamente algo va mal con él ahora porque es visible a través de las mesas, como una holoproyección de realidad aumentada metida dentro del globo ocular de Kim.

Kim nota, con una punzada de miedo, que incluso puede ver a Grey al parpadear. Él cierra los párpados, pero Grey sigue ahí, como una aparición en lo que durante toda la vida de Kim ha sido una oscuridad totalmente personal y privada. La única manera de evitar ver a Grey es darse la vuelta, e incluso entonces siente un cosquilleo radiactivo en la parte posterior de los globos oculares.

Kim intenta llamar a uno de los nuevos. Suena el teléfono en el bolsillo del nuevo y, aparte de eso, no pasa nada. Nadie reacciona.

—Esto no tiene sentido —dice Kim.

—¿Recuerda usted a su padre? —dice Grey.

—Nunca conocí a mi padre —dice Kim, alejándose—. Me crió mi madre.

La sonrisa blanca de Grey es perenne. —A estas personas les encantó su perspectiva. Lo iban a poner a trabajar en antimemes anómalos. Pero no recuerdan que usted existe. Usted no existe.

Kim dice, principalmente para sí mismo: —No hay ningún SCP peligroso en este sitio. Éste es un sitio Seguro. De modo que o bien no eres peligroso o nadie sabe que existes. Y si nadie sabe que existes, eso significa que eres nuevo o que eres... ¿Qué es un antimeme?

—Vaya infierno de primer día —dice Grey.

—¿Eres inteligente? —pregunta Kim.

—Parece usted estar al límite —dice Grey.

Kim corre. Sale de la cafetería, dobla una esquina y corre diez u once pasos por el pasillo hasta donde hay un ascensor. Golpea el botón "Bajar" y espera. La puerta del ascensor está muy pulida y es reflectante. Kim ve un rostro en la superficie del espejo y casi se cae por la conmoción, porque es un rostro que nunca antes ha visto y, al parecer, es el suyo. —¡Jesús! Oh, no no no —balbucea—. Qué demonios, qué demonios...

Grey dobla la esquina, todavía paseando, justo cuando se abre la puerta del ascensor. Kim se lanza al interior y pulsa el botón de la planta más baja, el nivel 8 del sótano. Es instintivo, aunque en retrospectiva podría racionalizar la decisión. No puede irse conduciendo en su coche sin más. Es mejor que Grey permanezca en el sitio que suelto en la "realidad" racional. Y para hacer eso es mejor que Kim se retire al rincón del sitio más bajo y oscuro al que tiene acceso y espere a Grey, y luego cierre todas las puertas detrás de ambos a esperar la muerte. El ascensor comienza a descender y la aparición de Grey, visible a través de puertas y pisos, desaparece hacia arriba, encogiéndose con la distancia y la perspectiva, pero aún sonriendo a Kim ampliamente.

Kim pasea en el ascensor.

No recuerdo cómo es mi cara. Eso dijo que se había comido todos mis segundos idiomas, pero yo no recuerdo haber aprendido otro idioma aparte

del inglés. De modo que... Eso me está devorando los recuerdos. Está consumiendo información. Y no puedo contactar con nadie directamente, lo que significa que estoy solo.

No estoy entrenado para esto.

Se golpea la cabeza una vez contra la pared del ascensor, se mira los zapatos.

Pero eso no lo sé. ¿Y si he sido entrenado, pero ya no recuerdo mi entrenamiento? ¿Y si llevo años trabajando aquí y sólo creo que éste es mi primer día? ¿Y si me he encontrado con esta cosa antes? ¿Y si todos en el sitio la han visto varias veces y... nadie la recuerda? ¿Es esto lo que es un antimeme?

Kim recuerda la cafetería casi vacía; y kilómetros de pasillos totalmente desocupados y espacio vacío para oficinas y laboratorios.

Quizá no sea sólo que está devorando mis recuerdos. Tal vez devore a las personas por completo y las elimine de la historia. Quizá lleva años rondando el sitio y por eso todo está tan vacío, porque casi ha terminado de exterminarnos a todos.

Tengo que buscar ayuda. Tengo que advertir a alguien. ¿Cómo? No puedo hablar con la gente, no puedo llamarlos por teléfono. Debería... debería escribir un SCP.

Pero alguien ya habrá pensado en eso seguramente.

Saca el teléfono. Saca el listado. Casi diez mil entradas de SCP. Un centenar de ellas están etiquetadas únicamente como "antimeméticos".

Kim se despeja la cabeza. Grey con E. G R E Y. 4 7 3 9.

SCP-4739

Clase de objeto: Kéter

Procedimientos Especiales de Contención: No tengo en cuenta el formato, porque el tiempo es un factor. Si estás leyendo esto, ya has sido aislado de la Fundación en general. Los intentos de pedir ayuda son inútiles. Ahora estás dentro de la garganta de 4739, después de la ingestión y antes de la digestión. Debes llegar al laboratorio S041-B08-053 lo antes posible y continuar la investigación hasta hallar un modo de detener o matar a Grey antes de que te mate a ti. No leas el resto hasta que estés en el ascensor.

Descripción:

En ese momento se abren las puertas del ascensor en el nivel 8 del sótano. Alastair Grey está esperando, todavía con una sonrisa encantadora. Da un paso adelante.

Desesperado, Kim arroja el teléfono a la frente de la criatura. Es un trozo sólido de metal y el golpe es directo. Grey retrocede y se golpea el cráneo contra la pared. Cuando se recupera, Kim ya no está a la vista, se aleja corriendo por el pasillo izquierdo, con el eco de sus pasos perdiéndose sobre el cemento.

Dos giros de cuarenta y cinco grados y la sala 53 aparece a la vista, con la puerta en el extremo más alejado. Parece la compuerta de un submarino. Kim ve el teclado a lo lejos. Cuatro dígitos. Prueba 4739 y funciona a la primera. El mecanismo de la compuerta tarda unos angustiosos segundos en abrirse.

—¡Vamos vamos vamos!

—¿Recuerda usted a su madre? —oye exclamar a Grey por el pasillo.

—Nunca conocí a mis padres, era huérfano. —sisea Kim en voz baja. Por una fracción de segundo se pregunta qué podría querer decir Grey con eso, pero no tiene tiempo para pensar en ello.

Se abre la compuerta. Kim entra y la cierra detrás de él, bloqueando el mecanismo de nuevo, como si eso fuera a darle al menos un segundo. El laboratorio interior es de tamaño considerable, sin ventanas, por supuesto, y repleto hasta el techo de un revoltijo de equipos que Kim apenas reconoce.

agosto de 2013. (Si estás leyendo esta entrada por primera vez, añade una marca). Estimamos que al menos el 50 % de las víctimas nunca llega hasta esta entrada de la base de datos, por lo que el verdadero número de víctimas es más del doble de esta cifra.

—Pero ¿cómo lo mato? —grita Kim. Consulta y consulta la investigación, que es caótica y desordenada, porque nadie ha encontrado los segundos libres para resolverla. Hay docenas de líneas de investigación separadas, aportadas en mosaico por una sucesión de víctimas, y todas terminan con variaciones de la misma línea final: "Voy a probar X. Si estás leyendo esto, X no funcionó y estoy muerto, lo que significa que el enfoque X es un callejón sin salida y tienes que pensar en otra cosa".

Kim lee. Nadie ha logrado interactuar físicamente con Grey. Nadie puede detenerlo, evadirlo, frenarlo, razonar con él o redirigirlo hacia algún otro objetivo. La gente ha intentado envenenar sus recuerdos con ideas no digeribles, alimentar a Grey con sus recuerdos por goteo para ralentizarlo, reemplazar sus recuerdos más rápido de lo que Grey puede devorarlos y alimentar a Grey a la fuerza con demasiados recuerdos a la vez para sobrealimentarlo y hacerlo explotar. Han intentado suicidarse con una sobredosis de amnésicos de clase A. Nada de eso funcionó. Más de cien personas, la mayoría de ellas aparentemente con doctorados, han caído en las fauces de esta cosa, han luchado brevemente y, con mayor o menor grado de dignidad, han muerto.

No quedan cabos sueltos sin probar.

—¡Estoy jodido! —concluye Kim. Alza la vista. Grey aún no está en la habitación, pero Kim puede verlo caminando por el último tramo del pasillo. Es un ser totalmente intangible, las obstrucciones físicas son irrelevantes para él. Nada puede herirlo.

Kim agarra el bolsillo donde solía guardar su teléfono.

Espera un segundo.

Vuelve a consultar. Encuentra a los tres o cuatro desgraciados, tristes y desesperados, que murieron enfrentándose físicamente a Grey. Cuchillo de

combate y Glock. Bate de béisbol. Kim mira hacia arriba y revisa la habitación; efectivamente, el bate está allí, ha rodado bajo una mesa. Un hombre, un botánico anciano muy superado por la situación, dijo que iba a probar cualquier cosa que pudiera encontrar que fuera más pesada. Eso explica el televisor CRT destrozado y la ligera capa de vidrio grueso en el suelo cerca de la compuerta. Incluso hay imágenes de CCTV del intento del botánico. Literalmente no logra nada. Grey es un fantasma holográfico y el CRT cae a través de él, implosionando al golpear el suelo a los pies de Grey. El botánico pasa el resto del tiempo de reproducción del video acurrucado en un rincón, perdiendo gradualmente la cabeza mientras Grey observa plácidamente.

La diferencia es que, nota Kim con ojos atónitos, un teléfono es un ladrillo sólido lleno de información. Y antes que yo, nadie intentó utilizar la información como misil.

Kim consulta los experimentos, varios de ellos dispersos, donde la víctima había intentado desviar a Grey hacia una fuente de datos diferente. La idea general parecía ser sobrecargar a Grey señalándole algo que contuviera demasiada información: Internet, o la entrada de terabits de un experimento con un acelerador de partículas en directo, o una pila de discos duros con los primeros billones de dígitos binarios de pi. Pero nadie había podido encontrar un modo de distraer la atención de Grey. Las pantallas llenas de datos ubicadas en lugares destacados, Grey las ignoraba. Los datos transmitidos electromagnéticamente (radio, láser) no tenían ningún efecto. Y nadie había podido hallar un modo de canalizar información externa dentro de la mente de la víctima en forma de recuerdos adicionales. Eso se había descartado como imposible, estaba cerrado como línea de investigación.

Kim descubre que los discos duros están allí, en la mesa de trabajo, al lado de la computadora. Es una unidad de media estantería, un bloque cúbico de metal tan grande y pesado como una bola de bolos. Una de las armas cuerpo a cuerpo concebibles más ineficaces.

Kim toma los tres trozos más largos de cable Ethernet que puede encontrar y comienza a trenzarlos en una cadena.

Entonces recuerda quién es, dónde está y cuáles son sus responsabilidades. Va hasta la computadora, hasta la entrada SCP, se suma él mismo al recuento de víctimas y escribe exactamente qué es lo que está a punto de intentar. Porque puede que él no sea el último y el mundo necesita saber que esto no funcionó.

Grey atraviesa la compuerta del laboratorio y encuentra que Kim a tirado al suelo casi todo el equipo en la sala y así crear espacio para el arreglo de unidades negras y plateadas que Paul Kim hace girar alrededor de su cabeza. Es una cadena de dos metros hecha de cable de red trenzado y que emite un zumbido grave al girar. Grey no es lo bastante inteligente como para dejar de avanzar y se golpea con el arreglo directamente en el lateral de la cabeza, con el punto de montaje en el rack primero como si fuese una maza de púas.

Grey absorbe unos pocos billones de dígitos del impacto, pero no es suficiente. Se produce un chasquido de luz verde y un ruido como el de un tren de metro en cortocircuito, y Grey acaba hecho un montón en un rincón, con la cabeza hundida y el conjunto de unidades parcialmente demolido en pedazos a su alrededor.

Kim decide que la historia puede completar el giro sarcástico que más le guste.

—Eso se estaba abriendo camino en la jerarquía de la División de Antimeméticos —le dice Wheeler después—. Era sólo cuestión de tiempo que mordiera a alguien peligroso. Enhorabuena por demostrar un nivel básico de competencia en un momento clave. Docenas de otros no pudieron.

Kim todavía está azogado, pero el trauma se está disipando, y más rápido de lo que esperaba.

Resulta que Marion Wheeler es la jefa de la División de Antimeméticos. Es la nueva jefa de Kim.

—Me gustaría decir que fue la suerte del novato —dice Kim—. Me gustaría decir que simplemente le lancé mi teléfono, que fue instinto, que fue memoria muscular. Era mi primer día y tuve mucha suerte. Me gustaría decir esas cosas, pero aquí estoy sentado dándole vueltas a esas declaraciones y ninguna de ellas sería cierta, ¿verdad?

Wheeler espera expectante, sin decir nada.

—Usted no es mi nueva jefa —dice Kim—. Es sólo mi jefa. Éste no es mi primer día. Llevo trabajando aquí... bueno, debe de ser más de una década, ¿verdad? Creo que he sido Investigador de Antimeméticos profesional desde al menos mediados de la década de 2000. Sólo que lo primero que devoró Grey fueron mis recuerdos de todo lo ocurrido después del primer día. Y aún así...

—Yo veo muy poca suerte en lo que pasó hoy —dice Wheeler—. El instinto y la memoria muscular sólo son formas profundas de entrenamiento. Como dije, un nivel básico de competencia: la capacidad de reconstruir tu propia vida y todos tus conocimientos pasados más rápido que casi cualquier otra persona. Esto es lo que intentamos instruirte. Y a veces, por suerte, tiene su recompensa.

—Ni siquiera es la primera vez que tenemos esta conversación —continúa Kim—. Ha habido otros incidentes. Con otros SCP con poderes amnésicos. Usted ya se ha sentado ahí y me ha visto recuperarme antes.

—Y eso aún no ha envejecido. —admite Wheeler, con algo que podría acercarse a una sonrisa de satisfacción.

—¿Cuánto tiempo necesito para recuperarme usualmente?

—Unos meses —dice Wheeler—, pero si quieres la verdad, la gente de esta división es tan competente el día uno como lo será siempre. O llegas al empleo a toda máquina, o nada en absoluto. El resto es sólo puesta a punto y química.

—En realidad me está diciendo que no le importa mi estado mental y que necesita que vuelva al trabajo ahora —dice Kim.

Wheeler asiente. —Para empezar, necesito una entrada SCP actualizada. Necesito que determines el modelo del patrón depredador de Grey y cómo lo derrotaste exactamente. Quiero que averigües qué hizo con los cuerpos: si los incineró, los desintegró o los dejó tirados por el lugar en montones podridos, perceptivamente envueltos. Y necesito contramedidas para cuando eso regrese.

—¿No está muerto? Un momento —dice Kim—... Creo que sé la respuesta a ésta. Me voy acordando. Las ideas no mueren.

4. Inolvidable, eso es lo que eres

—El, está terminado.

Lyn Marness tiene más de noventa años y no se ha erguido hasta su altura máxima desde hace diez. Era una torre de hombre en su mejor momento, de dos metros de altura y constitución de boxeador. Casi nadie que él se había encontrado era capaz de mirarlo directamente a los ojos, al menos no y decirle: "No". La enfermedad ha ido devorando esto gradualmente a lo largo de los años. Se siente como si viviera en el fondo de una bañera profunda, con todas las personas que conoce mirándolo desde paredes resbaladizas e inescalables, y ninguno de ellos capaz de agacharse para ayudarlo. Ha pasado sus últimos meses en cama, acurrucado como una araña moribunda, cambiando al color de un cadáver prematuro. Esto podría haber sido soportable si hubiera perdido la cabeza, pero él recuerda lo que solía ser: un líder, una potencia. Solía ser capaz de alterar para mejor el curso de acontecimientos terribles, de obtener justicia. Solía proteger a la gente.

—El. Ya puedes despertarte.

Pero hay un viento cálido a través de su fino cabello incoloro, ahora la luz del sol le cae directamente encima y el calor lo está llenando como un tónico. Está en el exterior. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que estuvo fuera. Cuando abre los ojos ve su lago, el del noroeste que solía tener para él solo todos los veranos. Está en un barco, su barco, tumbado sobre una manta tendida en la cubierta. A pocos kilómetros detrás de ellos se halla la casita del lago, vacía.

Todo es perfecto. Él no sabía que le quedarán fuerzas para salir del hospital de forma segura, y mucho menos para viajar tan lejos. Pero si se lo hubiera propuesto y hubiera elegido un momento final, podría haber sido éste.

—¿Me recuerdas?

Marness mira con ojos que se están fortaleciendo. La mujer que habla está sentada en la cubierta junto a él, atenta. Ella tiene delante una gran caja abierta de plástico llena de suministros médicos y, al lado, una ligera chaqueta de traje colocada en la cubierta, y tiene las mangas arremangadas para poder trabajar. Mientras él observa, ella tira una aguja a la basura con cuidado.

Un vago recuerdo emerge y comienza a tomar forma. La mujer tiene ahora el doble de edad que cuando él la conoció por última vez y, visiblemente, el doble de confianza. Sería difícil olvidarla. Él le enseñó todo lo que... bueno, todo lo que podía recordar en aquel momento. La recuerda como una agente de campo. Recuerda haberla enviado al infierno, un puñado de veces: Marion.

—El —explica en voz baja la mujer—, moriste. Moriste rodeado de una familia afligida. Te querían mucho y lloraron por ti. El funeral falso será dentro de unos días, pero lamentablemente no podrás verlo tú mismo. Ahora estás muerto y esto es lo que viene después.

—Marion. Hutchinson. —Marness siente oro extendiéndose por sus huesos, jugo milagroso.

Es Wheeler ahora, pero ella no lo corrige. —Cuando te jubilaste de la Fundación, El, hicimos lo que hacemos con todos los que nos jubilamos. Lo que todos aceptamos cuando firmamos. Te dimos una medicina que te hizo olvidar. Cuando saliste por la puerta por última vez, todo el trabajo que hiciste por nosotros, un gran trabajo que salvó vidas, se evaporó, y tu historia de tapadera se selló durante esos años y se convirtió en realidad. Por eso pasaste toda tu jubilación creyendo ser un exjefe de sección del FBI. Eso es lo que tú quisiste, es lo que nosotros quisimos, es lo que aceptaste.

—Pero por tu propia voluntad accediste también a otra cosa. Y ahora debes de estar empezando a recordar qué era esa otra cosa. Te he inyectado un suero que invierte bruscamente el proceso de envejecimiento humano y afecta a todo: órganos, tejidos, recuerdos. Lo descubrirás pronto. ¿Recuerdas?

—Sí —grazna Marness, recordando, mareado.

—Nos cediste tus últimas doce horas. Pediste una jubilación plena, feliz y merecida, pero ahora, para el último día, vuelves a trabajar para nosotros para un trabajo particular. Lo tengo escrito aquí, ¿ves? ¿Reconoces tu firma y la mía? Yo fui testigo.

—Sí.

—¿Recuerdas quién eres?

—Doctor Lyn Patrick Marness, de la Fundación —dice él—. Fundador de la División de Antimeméticos.

Wheeler sonríe aliviada. Es bueno verlo de nuevo.

—Necesitamos algunos recuerdos tuyos —explica ella—. Recuerdos a los que nadie más en el mundo tiene acceso y que están enterrados tan profundamente que no podemos extraerlos sin matarte. Así que esta tarde eso es lo que vamos a hacer. Vamos a extraer esos recuerdos y, una vez que hayamos terminado, estarás muerto.

Marness ya ha comenzado a retroceder al tiempo en que él mismo puso esta rueda en movimiento. Recuerda, muy claramente, haber descubierto el misterio en su propia cabeza, los espacios en blanco que no podía explicar y a los que no podía acceder de forma segura con ningún tipo de técnica química o física. Recuerda haber postergado el misterio hasta ahora.

—¿Qué pasó en 1976? —pregunta Wheeler.

Marness se sienta erguido. Su piel está empezando a aclararse y su respiración está mejorando.

Siente como si su cerebro estuviera partido en dos por un agujero de gusano, de modo que sus ojos se enfocan en diferentes períodos de tiempo. En su ojo derecho ve el lago y el barco en el que muere; a su izquierda ve

un mosaico de rostros y lugares del pasado electrizantemente familiares. Bart Hughes, con su sonrisa, sus gafas gruesas y su cara de bebé, que parecía un niño disfrazado de investigador de la Fundación; el equipo original del Sitio 48, grandes técnicos, pero una excusa desesperada como equipo de softbol; la joven Marion de nervios de acero y mente como un láser; trajes y batas de laboratorio y agentes de DM. Y por todas partes papeleo y avalanchas de números de serie.

Él comienza a hablar.

1976 fue el año en que él fundó la división. Organizó una lluvia de ideas sobre todo el asunto en una semana legendaria, desarrolló la ciencia y luego destiló el primer mnéstico químico con la ayuda de un trío de asistentes cuidadosamente seleccionados, los primeros investigadores de Antimeméticos. Hasta ese momento ni siquiera se habían observado SCP antimeméticos —la operación entera fueron palos a ciegas— y, sin embargo, el equipo encontró oro de inmediato. Agujeros negros pasivos de información, infóvoros depredadores activos, gusanos inrecordables que cubrían la piel humana como los ácaros del polvo... malas noticias contagiosas, secretos autosellantes, asesinatos vivientes, barrios chinos.

Wheeler se pregunta si podría haber algo más grave en la cabeza de Marness. La versión de los hechos de Marness es irremediamente romántica. Según la experiencia de Wheeler, nadie recuerda con cariño el trabajo de la Fundación.

—Pero fue todo demasiado rápido —dice Marness—. Se necesita tiempo para desarrollar procedimientos especiales de contención, mucho más tiempo del que yo tomé. La Fundación en su conjunto adquiere alrededor de una docena de nuevos SCP al año. Yo encontré muchos en un año, esencialmente sin ayuda de nadie. Era demasiado fácil. Era como si ya lo supiera todo y simplemente estuviera poniéndome al día.

—Y entonces... un día me di cuenta de que no podía recordar mi vida antes de Antimeméticos. Sabía que había sido un agente de la Fundación durante décadas, de ahí fue donde obtuve la autoridad para iniciar mi propia división, pero no había nada más allí. Era un muro en mi mente que ni

siquiera los mnésticos podían superar. Fui a los archivos en papel y miré mi propio expediente personal y...

Marness se interrumpe. No porque haya olvidado qué decir a continuación, sino de forma deliberada. La interrupción es exactamente lo que sucedió.

—Despertaste de nuevo en tu escritorio medio día de trabajo después y sin recordar nada —dice Wheeler—. Recorriste el bucle una docena de veces antes de que alguien se diera cuenta de lo que estaba pasando y te sacara de él.

Wheeler sabe todo esto. El archivo todavía existe y el efecto antimemético aún nubla la última mitad del mismo. Todo esto terminaría en un segundo si se pudiera leer algo de esa última mitad.

Marness continúa. —Cuando reuní las pruebas, lo que encontré fue... bueno, un agujero. Como un rompecabezas con sólo los bordes y las esquinas. Así que hice lo único que podía hacer: miré la forma del agujero. Y, junto con Bart Hughes y otros, formé una teoría.

—Ésta no es la primera División de Antimeméticos. Antes de 1976 había otra. Yo formaba parte de esa división; posiblemente yo la dirigía. Es seguro que soy el único superviviente conocido. Algo le pasó a ese equipo. Alguna fuerza antimemética masticó y se tragó la idea de la propia División de Antimeméticos. A mí no me castigaron tanto. Viví. El resto de esas personas, sean quienes fueran y cuantas fueran, siguen desaparecidas sin dejar rastro.

Wheeler asiente. —Eso ya lo sabemos. Yo estuve allí cuando escribiste la nota, ¿recuerdas? La pregunta es conocida. Es la respuesta lo que no podemos alcanzar sin matarte. Es la respuesta lo que hemos esperado todos estos años. Estoy aquí para preguntarte: ¿Qué... sucedió?

Marness se cubre el ojo derecho y hace una mueca, intentándolo. Fracasa. —No lo tengo. No me has enviado lo bastante atrás, todavía hay ese muro en mi cabeza. Recuerdo por qué existe la pregunta, pero no recuerdo la respuesta. Necesito más.

Wheeler le limpia el brazo y le da otros diez años.

Extracto del documento 180047109-L4799-098, Guía de Usuario a los Mnésticos Químicos:

La droga mnéstica de Clase X es un suero de eterna juventud fallido. X rejuvenece tanto la mente como el cuerpo hasta [REDACTED] años, pero sus efectos son temporales y desaparecen en cuestión de horas. Además, a medida que la droga desaparece, el tiempo suprimido se reafirma de repente, provocando un efecto nocivo (latigazo cervical) en la fisiología del sujeto. X puede rejuvenecer a un individuo de forma segura hasta treinta días, pero con dosis más fuertes el efecto latigazo se vuelve peligroso y, pasado un umbral de 16 a 18 meses, es fatal en todos los sujetos conocidos.

El efecto restaurador de X sobre la memoria humana es esencialmente un efecto secundario de todo esto. Sin embargo, este efecto secundario es tan útil que se ha convertido en el principal objetivo práctico del fármaco. La División de Antimeméticos utiliza pequeñas dosis de X para agudizar o restaurar temporalmente recuerdos del pasado reciente. Esto ayuda a los agentes de la Fundación a recordar con precisión incidentes que involucran entidades corruptoras de la memoria.

Marness parece otro hombre una vez que la segunda dosis X hace efecto. Las arrugas se estiran en su rostro, la masa muscular regresa a sus extremidades, pero a Wheeler le toma un segundo darse cuenta de la verdadera razón: acaba de regresarlo a la transición de agente de campo/escritorio. Marness ha retrocedido un poco más allá de la alta dirección, el ámbito donde la mayoría de los problemas se resolvían diciendo las palabras correctas, y ha retorcedido hacia una época en la que él había sobrevivido gracias a la aptitud física, el estado de alerta situacional y la experiencia práctica.

Marness se pone en pie por primera vez en años. Escudriña sus alrededores, examina el plácido lago dorado, el cielo y el barco mismo. No vuelve a sentarse. Se alisa la bata de hospital, desearía tener un suéter y, ya de paso, algo de equipo de pesca. Se pasa una mano por el viejo cabello nuevo. Sus patillas han vuelto.

—Al principio no éramos Fundación —dice él—. La primera División de Antimeméticos fue un proyecto del ejército estadounidense. Operaba paralelo al proyecto Manhattan durante la Segunda Guerra Mundial. Nos llamábamos los Impensables.

—Comenzó como un experimento de propaganda avanzada. El objetivo era cruzar el conflicto físico y hallar un modo de quebrar la maquinaria ideológica, de borrar la idea del nazismo. Después de dos años se había desarrollado suficiente teoría como para que la tarea se redujera a un problema de ingeniería. Dos años más y el problema de ingeniería también se había reducido. Lo que habíamos construido era un tipo de bomba muy especial.

—Lamentablemente no entendimos lo que habíamos construido. En aquel entonces no teníamos mnésticos ni escudos que poder usar para protegernos. No entendíamos hasta qué punto hay que pensar con antelación cuando se trabaja con este tipo de tecnología.

—Entramos en un bucle. Era un libro de texto. Construimos la bomba impensable y la detonamos en una prueba... y funcionó perfectamente. La bomba se destruyó a sí misma, borró su propia detonación exitosa y arrasó todo el conocimiento que se había reunido para construirla. Olvidamos que alguna vez habíamos construido la bomba y comenzamos de nuevo.

—Para crédito nuestro, nos percatamos bastante rápido de lo que debía de haber sucedido. Ahora había una brecha de cuatro años en nuestro progreso y no había otra manera de explicarlo. Pero cuando juntamos las piezas por segunda vez, la guerra casi había terminado. Los nazis habían sido derrotados por medios convencionales y los japoneses habían sido derrotados con los primeros bombardeos atómicos. Así que completamos la segunda bomba antimemética y, después, nos sentamos encima de ella.

Marion Wheeler guarda silencio durante un largo rato.

—¿El ejército estadounidense —dice ella dudosa— estaba desarrollando armamento antimemético en secreto ya en la década de 1940?

—Claro que lo estábamos —dice Marness, con más que una pizca de orgullo.

—Por supuesto, no hay nadie en todo el mundo que pueda respaldar eso.

—Así es —dice Marness, mostrando una sonrisa que no había mostrado en décadas—. Sólo tienes mi palabra. Bonito, ¿eh? Aún así, para eso me resucitaste, ¿no? Por el bien de una buena historia de guerra más. Dios, hecho de menos la charla de vendedor.

—Te resucité porque quiero que me respondas una pregunta muy específica —dice Wheeler—. Aunque veo que en cierto modo ya la has respondido. Esta bomba fue el medio, ¿no? La antigua División de Antimeméticos...

—Los impensables.

—Se bombardearon ellos mismos. De alguna manera.

—Así es —dice Marness.

—Por el contexto —prosigue Wheeler— supongo que sabían lo que estaban haciendo en aquel momento. Supongo que no fue un accidente.

—No lo fue —dice Marness.

La mitad desplazada del cerebro de Marness está ahora anclada en los años setenta, por lo que la Verdadera historia de los nuevos originales impensables es un libro abierto para él. Y él lo lee:

—Después de la guerra, la segunda bomba acumuló polvo durante años. Empezamos a esbozar diseños mejorados para una tercera bomba, pero en

esa época la supervisión empezaba a fallar. Completamos nuestros objetivos de investigación y producción y no se nos asignaron más objetivos. La financiación se volvió inestable y nosotros no podíamos entender por qué. No estaba del todo claro que los supervisores del proyecto supieran lo que estábamos haciendo. O que recordaran siquiera que existíamos. Eso fue un efecto secundario de la investigación, por supuesto, uno que no teníamos forma de gestionar en aquel momento.

—En 1951 comenzó un movimiento de culto en Ojai, California. Fue... incorrecto, todo en ello fue incorrecto simplemente. En cuestión de días fue un fenómeno nacional y seguía creciendo. Estaba en todas las noticias. Habría sido creíble que se extendiera tanto en unos meses, pero en unos días era simplemente imposible. Nosotros, en el equipo, podíamos ver que la filosofía detrás del culto era anormalmente contagiosa. Era todo lo contrario de impensable, era inolvidable. Sabíamos que para eso estaba diseñada nuestra bomba. Solicitamos directrices a los supervisores, pero no hubo órdenes.

—En el momento en que comenzó el brote éramos un laboratorio del ejército estadounidense, de principio a fin. A los ocho días de crisis la Fundación nos "adquirió": toda la investigación clasificada, todos los recursos materiales y todo el obediente personal superior, incluido yo mismo. A cualquiera que no cumpliera se le borraba la mente y se lo enviaba de regreso al ejército. Veinte horas después de la adquisición, colocamos la segunda bomba y el culto desapareció. Nadie lo recordaba, nadie recordaba haber sido parte de ello, cero pérdidas de vidas. Una detonación completamente limpia.

—Después de aquello fue cuando empezó todo en realidad. Una vez que empezamos a trabajar para la Fundación, el ritmo de la investigación se aceleró. Cada nuevo avance tecnológico descubría nuevos SCP ocultos. Yo aprobé los exámenes de campo de la Fundación y salí a cazar fantasmas. Mi vida se convirtió en la Dimensión desconocida. Yo...

Marness parpadea con fuerza. Se tapa uno de los ojos y luego el otro.

—Ahora recuerdo a todas estas personas diferentes —dice él—. Siento como si mi memoria estuviera en estéreo. Casi todos los SCP

antimeméticos que capturamos antes de la eliminación en el 76 los capturamos nuevamente poco después del borrado. Eso significa que recuerdo dos registros de adquisición para cada uno. Recuerdo dos equipos de Antimeméticos y no recuerdo quién pertenece a qué lado del muro. ¿Recuerdas a Goldie Yarrow? ¿El neurólogo? Estudió el mecanismo de la pérdida de memoria anormalmente acelerada... escribió una biblioteca sobre el tema...

Wheeler no lo recuerda.

—¿Al Dr. Ojobiru? ¿Julie Still?

—El, esto es importante. ¿Estás en el lugar correcto en tu propia línea de tiempo para recordar lo que pasó?

Marness se concentra. Y descubre que lo está. Algo cambia en sus ojos y él deja de recordar. Ahora habla más despacio y su voz desciende hasta convertirse en casi un susurro:

—Hay un SCP que tu división no ha visto nunca. El SCP que mi división no pudo contener. El fugitivo. Esto es lo que querías, ¿no, Marion?

—Sí —dice—. Estos son los datos por los que te estoy matando. —Ella deja un espacio en el que, si sintiera que había algo por lo que disculparse, se disculparía.

Marness la mira a los ojos. —Se estaba comiendo viva a mi división. Se abalanzó sobre nosotros con tanta fuerza y rapidez que la única manera de detenerlo fue autodestruirnos. Pero no teníamos un sitio de detonación nuclear y, en retrospectiva, es obvio para mí ahora que esto se debió a que el SCP había consumido nuestro sitio nuclear en primer lugar.

—Si sabes que eso existe, eso sabe que existes. Cuanto más sabes sobre él, más sabe él sobre ti. Si puedes verlo, él puede verte a ti. Y puedes verlo. Llevas mirándolo toda la tarde.

De repente, Wheeler es muy consciente de lo que la rodea.

Sólo hay dos personas en el barco. El barco se encuentra fondeado a más de un kilómetro de cualquiera de las orillas del lago. Ella no ha traído ningún refuerzo con ella. Siente un cosquilleo radioactivo en su cerebro. Ella no...

Alerta roja.

¿Por qué no traje ningún refuerzo conmigo? Eso no tiene sentido.

Debería haber un equipo en la casa del lago. Debería haber un operativo del DM y un médico aquí en el barco conmigo. Y un segundo barco. Como mínimo. ¿Estoy sola aquí? ¿Por qué hice eso?

Ella saca el arma, pero aún no apunta a Marness. —¿Dónde está? ¿Está en ti?

La voz de Marness se vuelve urgente. Él se tapa ambos ojos nuevamente. —Destruir todo conocimiento sobre él era la única manera de destruirlo. ¡Y restaurar mis recuerdos era una forma infalible de recuperarlos!

Está en sus ojos. Probablemente en su ojo izquierdo. Wheeler retrocede hasta el otro lado del barco, dibuja una perla en el centro de la cabeza de Marness y dice: —El. ¿Sigues ahí?

—Hay una manera de arreglar esto —sisea Marness, cayendo de rodillas. Mantiene los ojos entrecerrados y avanza a ciegas, sobre manos y rodillas.

—El, tienes que decirme qué es esta cosa.

—Eso es lo contrario de lo que tenemos que hacer —dice Marness—. Tienes que hacer estallar otra bomba.

—No tenemos esa bomba. Perdimos esa tecnología... —comienza Wheeler.

—¡Siempre la habéis tenido! Hay un laboratorio de ingeniería en el Sitio 41. Tú lo sabes. Un complejo subterráneo del tamaño de un campo de fútbol. En impecables condiciones y totalmente en desuso. ¿Por qué? Piénsalo. Ahí es donde está instalada vuestra bomba.

—Pero eso nos devuelve al punto de partida. Si hago estallar la bomba —dice Wheeler, sabiendo muy bien que ella está a miles de kilómetros de allí y que, de todos modos, no puede esperar llegar a tiempo—, ¿cómo contenemos esta cosa?

—No la contendremos —grita Marness—. ¡No podemos, nunca! ¿No lo entiendes? ¡Toda la división está en bucle! Comenzamos la división, nos topamos con esta cosa y, o nos devora o nos aniquilamos por autoconservación. La idea de los antimemae es tan antigua como el olvido mismo. Los seres humanos han estado dando vueltas sobre este problema una y otra vez desde mucho antes de los años cuarenta. ¡Quizás durante siglos!

Él explora a ciegas con los dedos y encuentra el botiquín médico. Es demasiado tarde.

Mientras Wheeler observa, un pedipalpo negro ondulante cubierto de pelos oscuros se abre paso a través del ojo izquierdo de Marness. Marness grita. Aún de rodillas, agarra el pedipalpo con ambas manos e intenta romperlo, pero es sólido, como si tuviera huesos en su interior.

—¿Qué es? —le grita Wheeler—. Esa no puede ser toda la historia. ¿De dónde viene, qué quiere? ¿Puede razonar, puede hablar?

—Ayúdam...

Una segunda pata de araña, significativamente más larga y delgada, se desliza por la tráquea de Marness, arruinando su garganta y laringe y produciendo una gota de sangre. Él gorgotea. Una tercera pierna sale disparada de su abdomen, como una lanza.

Wheeler dispara a Marness en la cabeza. Marness cae hacia adelante, inerte, luego se levanta, levantado por los tres apéndices de araña como si fuera una marioneta controlada por algo gigantesco e invisible. Sus brazos se alzan como suspendidos por cables.

Wheeler entorna los ojos. Dispara otros cuatro tiros por encima de la cabeza de Marness, hacia la probable masa corporal del titiritero invisible, y

dispara el resto de su cargador casi directamente al cielo. Todo el barco vibra, junto con la superficie del lago, como si respondiera a un infrasonido o a un terremoto localizado. Entonces el barco se estremece violentamente y empieza a elevarse fuera del agua, elevado por otros apéndices invisibles.

Wheeler enfunda el arma y va hacia el botiquín médico, alejándolo de los pies flotantes de Marness. Hay un compartimento con amnésicos de clase B, los de acción rápida, en forma de suero. Hace un rápido cálculo mental, mide la dosis correcta en una jeringa y, con las manos temblorosas, la introduce en una vena de la muñeca. El barco sigue subiendo. Cualquiera que sea el monstruo, es colosalmente alto, o tal vez vuela.

Ella, por supuesto, ya está dopada hasta los globos oculares con medicamentos mnésicos. De lo contrario no habría podido percibir nada de esto. La literatura médica de la Fundación advierte en los términos más enérgicos posibles contra la introducción de ambos tipos de fármacos en el mismo cerebro. En el mejor de los casos, esto termina con ella en el hospital.

Ahora están a treinta metros de altura, diez pisos. Ella siente un dolor punzante en el ojo izquierdo. Se quita los zapatos y tira el arma. Se acerca al borde y contempla la caída durante un segundo de incredulidad. Y salta.

Tarda dos cardíacos segundos de caída libre en llegar al agua. El martillazo helado del impacto basta para dejarle la mente en blanco. Cuando sale a la superficie no recuerda de dónde ha caído ni por qué. Y, de la misma manera, el ser del tamaño de un rascacielos que reclamaba a Marness y al barco se ha olvidado de ella.

—¿Qué diablos? —jadea ella, flotando en el agua—. ¿Qué diablos, dónde diablos?

No hay nada por encima de ella, ninguna explicación. Sólo los síntomas del cóctel de drogas le dan alguna pista de lo que acaba de suceder: una sensación como de cientos de bultitos de soldadura caliente en su cerebro, y el dolor y el cansancio se extienden a todos sus tendones. Ella se quiere morir.

Nada, dice una parte de ella. Llega primero a la orilla. Luego te puedes morir.

El equipo de extracción la encuentra al anochecer inconsciente en la orilla del lago. La estabilizan en el helicóptero y la llevan al Sitio 41 para examinarla y purgarle el cuerpo.

Ella pasa ocho días completos en casa, desintoxicándose: sin mnésticos, sin amnésicos, sin exposición a SCP peligrosos que corrompen la memoria, sin visitas de trabajo. —Nada de trabajo —le dice también el médico, inútilmente.

No es ni de lejos el primer evento perdido en la vida de Wheeler, ni es la primera persona del personal de Antimeméticos en tener una experiencia así, pero la sensación no es menos inquietante por su familiaridad. Según el procedimiento, ella escribe un informe que resume todo lo que puede recordar. La brecha en su memoria es de unas trece horas.

Luego añade su informe al extenso y complejo mapa de Tiempo Perdido que toda la división mantiene colectivamente. Es un mapa de agujeros, y el mapa se está volviendo lo bastante grande como para que se formen patrones muy débiles gradualmente. Se hace visible la silueta de un enemigo, o quizá de un grupo de enemigos.

Cuando más tarde interroga al equipo de extracción, ninguno de ellos recuerda quién activó la baliza de emergencia que los llamó. De hecho, la propia baliza se apagó mucho antes de que ellos aterrizaran en el lago. Wheeler compara el tamaño actual de su división con su mejor estimación de lo que debería ser. Tal vez necesite algunas personas clave más aquí y allá... Luego, suponiendo que la división tuviera todo el personal antes del evento, tal vez esos roles vacíos sean las personas que murieron esta vez. Quizás uno de ellos activó la baliza. Un acto encomiable realizado por alguien que ahora sólo se sabe que existe gracias a ese único acto.

Semanas después, Wheeler descubre el nuevo agujero más grande en su memoria:

¿Quién fundó la división? ¿Cuándo?

5. CASO VERDE INCOLORO

Número de artículo: SCP-3125

Clase de objeto: Kéter

Procedimientos Especiales de Contención: SCP-3125 se mantiene dentro de la Unidad de Contención de Cognitopeligros 3125 en el primer piso del Sitio 41. Esta unidad de contención es una habitación cúbica de 10 m por 15 m por 3 m revestida con capas de plomo, insonorización y blindaje telepático. El acceso es a través de un sistema de esclusa de aire en un extremo de la unidad de contención. Esta esclusa de aire está programada para permitir que sólo una persona ingrese a la unidad de contención a la vez y para permanecer cerrada hasta que esta persona salga antes de permitir que otra persona entre.

En ningún caso se permitirá que ninguna información coherente salga de la unidad de contención. Esto incluye notas escritas y electrónicas, fotografías, grabaciones de audio y video, señales sonoras, electromagnéticas y basadas en partículas y emanaciones psi. Durante el ciclo de salida, un sistema de purga instalado en la esclusa de aire limpia la memoria del ocupante inundando la esclusa con gas amnésico durante tres minutos.

Un miembro superior del personal de la División de Antimeméticos debe visitar SCP-3125 cada seis semanas (42 días).

FIN DEL DOCUMENTO

—Está de broma. ¿Esa es toda la entrada?

—Esa es toda la entrada —dice Wheeler.

No es ni siquiera la quincuagésima cosa más extraña que Paul Kim ha visto en la base de datos, pero aun así: —¿Sin descripción, sin informe de adquisición, sin registro de pruebas, sin adendas? ¿No tienen ni idea de quién construyó la unidad ni cuándo ni cuántas veces ha sido visitada ni

quién llevó a cabo las visitas anteriores ni qué se llevaron con ellos ni cuánto tiempo estuvieron allí?

—Bueno, obviamente Bart Hughes construyó la unidad. —dice Wheeler, y esto no se puede negar. El estilo arquitectónico de contención característico del hombre es reconocible a una milla de distancia. Elegante, blanca, claramente inexpugnable sin la ayuda de herramientas extremadamente pesadas—. Lo que hace que tenga al menos siete años. Eso son sesenta visitas o más. Supongo que hay buenas razones para el resto de esas omisiones. De todos modos... la alerta de tiempo dice que es la hora de nuevo.

—No me gusta la idea de exponerse rutinariamente a un cognitopeligro tan peligroso que ni siquiera podemos describir la razón por la que no podemos describirlo —dice Kim—. Especialmente porque nos resulta imposible recuperar información utilizable de esta manera. Uno entra, pasa dos horas incomunicado y sale hecho un sonriente amnésico. ¿Qué ganamos con eso? No es más que un riesgo de seguridad.

Wheeler escucha cada palabra de esto y decide ignorarlo todo. Hay una vaga forma de familiaridad en cómo está escrita la entrada. Hay algunas opciones de palabras que le aseguran, de manera intangible, que fue escrita por alguien que sabía lo que estaba haciendo. Posiblemente ella.

Kim sigue hablando. —Deberíamos borrar de la base de datos esa última línea de la entrada. No puede haber nada bueno en esa sala.

Wheeler coloca su tarjeta de acceso en la ranura. La esclusa de aire la recompensa con LED verdes antes de empezar a abrirse. Está construida como un fino cilindro vertical con una única abertura. Todo gira sobre su eje. En el interior apenas hay espacio para que una única persona permanezca de pie sin que sus hombros toquen las paredes.

—¿Qué está tomando usted? —pregunta Kim.

Wheeler se agacha para entrar, se vuelve hacia él y se encoge de hombros. —Un chicle.

—Puedo conseguirle equipo de campaña —dice Kim, mientras la esclusa de aire comienza a girar nuevamente, emitiendo un zumbido bajo y silencioso únicamente como una advertencia audible de que hay maquinaria en movimiento—. Haremos un saqueo en el inventario. Deme quince minutos y la convertiré en una guerrillera.

Si Wheeler dice algo en respuesta a esto, la insonorización lo interrumpe mientras la esclusa de aire gira.

Kim queda solo en la antecámara. Contempla la puerta exterior durante un momento de preocupación. Pega la oreja a la puerta durante un rato, pero no oye nada. Ni siquiera un leve temblor en el mecanismo de la esclusa de aire.

El interior está completamente oscuro durante unos segundos, luego un sensor invisible detecta la presencia de Wheeler y enciende las luces fluorescentes. La mitad de ellas, al menos. Las demás permanecen inertes o parpadean de manera irritante.

Las paredes interiores de la habitación son de cristal blanco lácteo (a prueba de balas, conociendo a Hughes) y empastadas de papeleo con cinta adhesiva y marcador azul en masas vagamente coherentes. Donde no hay papeleo, la gente ha dibujado directamente en las paredes con rotulador. Hay una mesa de conferencias, larga y elíptica, llena de más papeleo y una maraña de computadoras portátiles y serpenteantes cables de suministro de energía. La energía ha regresado a las máquinas, que están arrancando lentamente. Un proyector de datos se calienta y proyecta un mapa del mundo sobre la pared del fondo, casi alineándose con una red de anotaciones garabateadas en la misma pared. Notas Post-It de todos los colores cubren la alfombra como hojas de otoño.

Aparte de eso, la sala está vacía.

Al hojear el papeleo, Wheeler descubre que casi todo está escrito a mano y la mayoría registra el progreso de las conversaciones. Casi todas las entradas están fechadas y firmadas, y la mayoría de las fechas tienen semanas de diferencia. Las conversaciones son de pánico y de temerosas

idas y venidas sobre docenas de SCP, algunos de ellos de naturaleza antimemética, pero ninguno de ellos obviamente relacionado entre sí. Ninguna de las notas menciona SCP-3125.

El único nombre que Wheeler reconoce es el suyo, que aparece en una de cada diez o veinte notas. Las notas parecen auténticas y la letra es suya. Pero sus notas también parecen de tono tan desesperado e incierto como las de todos los demás. Esto la pone nerviosa.

También hay diagramas en las paredes, demasiado complejos para decodificarlos de un vistazo, pero lo bastante complejos como para que a ella le duelan los ojos al mirarlos.

Aún sin encontrar un punto de entrada lógico a los datos, Wheeler maldice a todos sus predecesores. La investigación asincrónica (donde el tema de investigación se olvida por completo entre iteraciones y se redescubre una y otra vez) es una práctica perfectamente estándar en la División de Antimeméticos, y su gente debería estar mejor capacitada. Debería haber un único documento obvio para leer primero que tenga sentido para el resto. Un primer...

—Marion, soy yo.

Wheeler reconoce la voz como la suya. Se mueve alrededor de la mesa hasta que encuentra la computadora portátil que emite el ruido. Se está reproduciendo un vídeo, aparentemente grabado con la propia cámara del portátil en esta sala.

La Marion Wheeler en el video está sentada y no parece familiar, de tal manera que a la observadora le toma un momento identificarla. No está exhausta ni enferma ni herida físicamente; ella se ha visto así antes, en el espejo. La fuerza de voluntad de esta mujer ha desaparecido. Está vencida.

—Ya habrás adivinado que SCP-3125 no está en esta sala —dice ella—. De hecho, esta es la única sala del mundo donde SCP-3125 no está presente. Se llama "contención invertida". SCP-3125 impregna toda la realidad, excepto los volúmenes específicamente protegidos de su influencia. Eso es todo.

Éste es nuestro único puerto seguro. Esta sala representa la longitud y la amplitud de la guerra.

—Todo proyecto de investigación antimemético competente encuentra tarde o temprano las huellas dactilares de SCP-3125. Se manifiesta en todo el mundo en miles de formas diferentes. La mayoría de ellos ni siquiera son anómalos. Algunos de ellos ya los tenemos catalogados por separado en la base de datos principal. Un número muy reducido de ellos se encuentra incluso bajo contención. Cultos increíblemente virulentos, aritmética rota, arañas invisibles tan altas como rascacielos, personas que nacen con órganos adicionales que nadie puede ver. Esos son los datos sin procesar. Esas manifestaciones son lo bastante problemáticas como para lidiar con ellas por sí solas...

La Wheeler del vídeo mira a su alrededor, toma un rotulador verde brillante y una hoja de papel en blanco. Comienza a dibujar una forma, que no es visible desde la perspectiva de la cámara, mientras sigue hablando.

—Pero una vez que avanzas un poco más en el camino, empiezas a ver que emerge un patrón en los datos. Hay que tener formación en ciencia memética, pero una vez que se tiene esa formación y se tienen los datos delante, sólo se necesita un pequeño esfuerzo adicional para organizar esos puntos de datos en el espacio conceptual y dibujar un contorno a través de ellos. Esos puntos de datos son puntos en el casco de SCP-3125. Esas manifestaciones son las sombras que arroja sobre nuestra realidad. Si enlazas cuatro o cinco SCP diferentes en una sola forma lo ves... Y eso te ve.

Ella sigue dibujando. El dibujo es detallado. Ella alza la vista y su tono de voz es distante, casi como si estuviera narrando el final de un cuento de miedo para niños.

—Cuando eso pasa, cuando haces contacto visual, te mata. Te mata a ti y mata a cualquiera que piense como tú. No importa la distancia física, lo importante es la proximidad mental. Mata a cualquiera con las mismas ideas, cualquiera en el mismo espacio mental. Mata a tus colaboradores, a todo tu equipo de investigación. Mata a tus padres, mata a tus hijos. Os convertís en humanos ausentes, en conchas con forma humana que rodean

agujeros en la realidad. Y cuando acaba, tu proyecto es un agujero en el suelo y nadie sabe ya qué es SCP-3125. Es un agujero negro en la ciencia antimemética, uno que consume investigadores desprevenidos y no proporciona información. Sólo es detectable mediante observación indirecta. Una descripción verdadera de lo que es SCP-3125, o una alusión siquiera a lo que es, constituye una brecha de contención y un cognitopeligro indirecto letal.

—¿Ves? Es un mecanismo de defensa. Este comportamiento de deglución de información es sólo la capa exterior, la capa de veneno. Protege a la entidad del descubrimiento mientras infesta nuestra realidad.

—Y a medida que pasen los años, las manifestaciones continuarán haciéndose más densas y trenzándose... hasta que el mundo entero se ahogue en ellas, y todo el mundo gritará: "¿Por qué nadie se dio cuenta de lo que estaba pasando?". Y nadie responderá porque todos los que se dieron cuenta fueron asesinados, por este sistema...

—¿Lo ves, Marion? Míralo ahora.

Wheeler está en el núcleo de la ciencia antimemética de la Fundación. Había tenido todos los datos en bruto y con acceso de lectura. Hay extensos cálculos escritos en las paredes, pero ella no necesita leerlos, puede hacerlos mentalmente. Lo único que había hecho falta era ese mínimo impulso, esa mínima sugerencia. Mirando por la pantalla del portátil, con ojos muy abiertos y desenfocados, comprende cómo se relaciona todo. Ve a SCP-3125.

Se siente empujada por él. Ella ha encontrado ideas terribles y poderosas antes, en todos los niveles de memeticidad, y las ha dominado, o reclutado incluso, pero lo que se imagina ahora está en otro orden de magnitud de lo que ella sabía que era posible. Ahora que sabe que eso está ahí, puede sentirlo como radiación cósmica perforando agujeros en el mundo con sus miles de manifestaciones y depositando libremente residuos sobre cualquiera que reconozca el patrón más amplio. Eso no es de la realidad, no es de la humanidad. Viene de un lugar superior, peor, y está descendiendo.

La otra Wheeler presenta su diagrama terminado. Ha dibujado una mano en garra, mutada, fractalmente compleja, con simetría quíntuple. No tiene muñeca ni brazo, sólo cinco largos dedos humanos que apuntan en cinco direcciones. En su núcleo hay una abertura pentagonal que podría ser una boca.

Pero el diagrama ya estaba ahí. Está pegado a la pared al fondo del vídeo, llano como el día, un meticuloso mosaico en verde, fácilmente de dos metros de diámetro y que muestra el mismo complejo de memes con un nivel de detalle cien veces superior. Hay diagramas más pequeños de diferentes elevaciones dispuestos a su alrededor, como esporas, y sus brazos están extendidos alrededor de la Wheeler sentada, quien se sienta directamente frente a la boca, dando la espalda a la misma.

Wheeler, observando, no se da cuenta de esto y no se da vuelta.

—¿Cómo luchas contra un enemigo sin descubrir siquiera que existe? — pregunta la Wheeler del vídeo—. ¿Cómo ganas sin siquiera darte cuenta de que estás en guerra? ¿Qué hacemos?

—Hace siete años había más de cuatrocientos grupos de investigación de antimeméticos en todo el mundo. Agencias gubernamentales, ramas militares, corporaciones privadas, proyectos universitarios. Muchos de ellos eran GDI o subdivisiones de GDI. Estábamos aliados con la mayoría de ellos. Estábamos a la cabeza de una Coalición de Antimeméticos que abarcaba todo el mundo, y a miles y miles de personas. Ninguno de esos grupos existe ya. El último dejó de existir en algún momento de las últimas setenta y dos horas.

—Hace tres años, la Fundación Antimemética era una organización de más de cuatro mil personas. Ahora son noventa.

—No hay guerra. Hemos perdido la guerra. Se ha terminado. Ésta es la operación de limpieza. La única razón por la que aún existimos es porque tenemos una bioquímica amnésica mejor que cualquier otra persona en el mundo. Porque eso es lo único que puedes hacer cuando ves a SCP-3125: huir y tratar de olvidar lo que viste... buscar el olvido en productos químicos, en el alcohol o en traumatismos craneales. Y ni siquiera eso

puede funcionar siempre. Eso está dando vueltas. Lo encontramos una y otra vez y no nos damos cuenta. ¡No hay forma de que podamos evitar redescubrirlo! ¡Maldición, somos demasiado inteligentes!

Ella señala algo en la pared, fuera de la vista de la cámara de la computadora portátil. Wheeler, observando, se gira para mirar. En una esquina superior de la sala hay una constelación de esquemas vertiginosamente complicados. Las iniciales de Bart Hughes están en cada página.

—Hay una máquina que podríamos construir. Lo único que se necesitarían serían ocho años, un laboratorio tan grande como Virginia Occidental y todo el dinero del mundo. Nada ante lo que el Consejo O5 pestañearía si acudiéramos a ellos. Pero ¿cómo construimos esa máquina sin que ninguno de nosotros descubramos para qué sirve? Sería como construir y lanzar el Apolo 11 sin que un solo ingeniero dedujera la existencia de la Luna. La logística sería una locura, pero el secreto sería más que imposible. Alguien empezaría a hacer preguntas y entonces todo terminaría. Así que, ¿qué hacemos?

—Encuentra otro modo —dice Wheeler ante la grabación sorda. El tono fatalista de la voz la enoja—. ¿Qué diablos te pasa?

—...Podría decirles a todos que se fueran. Podría enviarme un mensajito diciendo: "Hay peligro por este camino, deberías disolver la División de Antimeméticos y dedicarte a otros proyectos". Pero yo sospecharía. Empezaría a hacer preguntas. Y entonces todo terminaría.

Wheeler ahora está agachada frente al video, tratando de entender lo que está viendo. —¿Qué te pasa, Marion? ¿Estás bien?

—Podría matarme aquí dentro —dice la grabación—, pero mi equipo encontraría a SCP-3125 sin mí y luego tendrían que luchar contra SCP-3125 sin mí. Eso sucederá pronto, pase lo que pase. En los próximos dos meses como máximo. Este año se acabará. Puedo morir aquí de todos modos. Estoy tomando tantas drogas mnésicas que mi sistema endocrino se está desactivando. Tomar amnésicos al mismo tiempo es el equivalente químico a la trepanación. No recuerdo la última vez que dormí sin tener una

pesadilla sobre Adam, y estoy empezando a olvidar si SCP-4987 es real o sólo el número que le di a mi vida.

—Tú no eres así —susurra Wheeler—. Eres más fuerte. ¿Qué te pasó? ¿Quién es Adam?

—No sé cómo sobrevivimos a esto. No sé cómo ganamos. Somos los últimos en el mundo. Después de nosotros no hay nadie.

Wheeler niega con la cabeza, incrédula.

—Así que, he terminado. Voy a salir por esta puerta, a olvidar quién soy y luego seré tú, Marion, y tú tendrás que hallar un modo de salir de ésta, porque yo no puedo. —Se levanta y se mueve fuera de la pantalla. Se la puede oír respirando profundamente. Su discurso está empezando a distorsionarse—. Dios, me duelen los ojos. Creo que empiezo a *infth mlaei* por dentro.

Se oye el sonido de una puerta abriéndose y luego un penetrante pulso de sonido y luz que finaliza la grabación.

Wheeler mira fijamente la pantalla oscura durante un largo minuto.

Nunca se había visto tan débil, y le daña mucho el ego ver que eso es posible. Se siente desconectada de lo que ha visto, como si hubiera sucedido en un universo alternativo. Se siente revulsiva y consternada por esa versión de ella, más aún al saber que esa versión todavía está dentro de ella en alguna parte.

No tiene sentido. Estoy viendo todos los mismos hechos. ¿Qué la hizo darse por vencida? ¿Qué sabía ella que yo no sé?

¿Quién era Adam?

La respuesta a esta pregunta es tan obvia y enfermiza que instintivamente desconfía de ella. Da vueltas a la respuesta, sondándola, tratando de

encontrar razones para rechazarla, pero es ineludible. Adam era alguien a quien conocía cuando se grabó el vídeo, alguien ahora completamente eliminado de su memoria. Adam era alguien cuya seguridad la paralizaba de miedo. Alguien en el mismo espacio mental. Alguien que ella no podría soportar perder.

Y que luego ella había perdido.

Pero ¿y si...?

Pero ¿cómo se construyó la sala en primer lugar? Cualquiera sabe. Wheeler imagina a Hughes construyéndola como una prueba de concepto seguida de una serie de casualidades afortunadas que la llevaron a convertirse en la sala de guerra. Alguien descubrió SCP -3125 al azar mientras estaba sellado en la sala; se escribieron notas a sí mismos que configuraron el almacén externo de la entrada de la base de datos SCP y los procedimientos de contención; casi todo el papeleo y el hardware de la computadora fueron abandonados por visitantes posteriores... Podría haber sucedido eso...

Pero ¿y si hay otra sala?

Espontáneamente, un bonito dato curioso se le ocurre en ese momento. El Sitio 41 está casi completamente vacío. En particular, doscientos metros debajo del Sitio 41 hay un laboratorio de ingeniería pesada vacío, un complejo subterráneo del tamaño de un estadio de hockey. Autónomo, en perfectas condiciones, totalmente en desuso. Sellado, de propósito original ya olvidado. Nadie ha entrado en él desde que se tiene memoria. Construido quién sabe cuántas décadas atrás por una generación muerta de antimeméticos.

¿Y si ahí es donde construimos nuestra arma?

¿De verdad creo ser tan inteligente? ¿Que mi equipo y yo tuvimos tanta previsión? ¿Que tuvimos tanta suerte?

Se gira para mirar la esclusa de aire y hace los cálculos en su cabeza.

Personal de la División de Antimeméticos, aparte de mí: treinta y ocho. Cuarenta y dos días hasta la próxima iteración. Eso pasa del fin de año. Será demasiado tarde. Si salgo de esta sala ahora, nunca volveré. El plan que tengo ahora es el mejor plan que jamás haya existido.

Somos los últimos en el mundo. Después de nosotros no hay nadie.

Kim está tan profundamente sumergido en el trabajo en su terminal y la esclusa de aire está tan silenciosa que casi no se da cuenta cuando ésta comienza a abrirse nuevamente.

—Tenemos que revisarte en busca de notas. —empieza él, pero luego ve que Marion Wheeler está acurrucada en el fondo del estrecho cilindro, jadeando como si acabara de terminar una carrera de maratón. Kim extiende una mano, pero ella niega con la cabeza y elige quedarse acostada, con las rodillas dobladas hacia el pecho, aspirando bocanadas de aire.

—¿Qué diablos pasó ahí dentro? —pregunta Kim.

—Sólo necesito —jadea ella—... respirar. Estaré bien en un... segundo. Haaaaah. Creo que me desmayé por un momento, tal vez haya inhalado un poco. Haaaaah. Creo que estoy bien. Recuerdo el plan.

Kim parece confundido y preocupado durante un segundo, luego se recupera. —No debería poder recordar nada... ¿qué hizo?

—Golpearme la cabeza. —dice Wheeler, luego vuelve a concentrarse en respirar adecuadamente. De pronto nota que Kim la tiene efectivamente acorralada. Como no le gusta esta configuración por razones que ella está recomponiendo sólo gradualmente, se levanta sobre un hombro e intenta ponerse en pie. Kim le pone una mano en el hombro y la empuja hacia abajo.

—Tienes un aspecto terrible —dice él—. Tiene algo en el cuello. ¿Ve eso?
—Le señala la garganta, luego se toca él en el mismo lugar.

—¿Qué?

—En su cuello. Yo *nefth hlai* que ha sido infectada por lo que sea que hay ahí dentro. Tenemos que actuar con rapidez. —Echa mano a su llavero, desenrosca una navaja suiza y despliega una hoja corta y reluciente. Lo hace de una manera tan metódica y ordinaria que Wheeler casi se olvida de reaccionar cuando él se inclina hacia ella para cortarle la garganta.

Casi. Ella le agarra la muñeca. Quedan bloqueados así por un momento, un cuadro. Ella mira a Paul Kim a los ojos, pero ya no son los ojos de Kim. Marion entorna los ojos, preguntándose si está haciendo contacto visual con algo que no sea un agujero en el espacio. Ya siente la fuerza presionándole el cráneo, tratando de taladrarlo, pero ella conoce la forma de ello y eso significa que puede aguantar, tal vez durante unos minutos. Había esperado, rezado, para que Kim no sucumbiera tan rápidamente. Y, de cierto modo enloquecido, había pensado que habría al menos una señal, una teatral superposición mientras la mente de Kim era dislocada de su lugar.

La muñeca de Kim sufre espasmos mientras él intenta abalanzarse con el cuchillo. Wheeler para y la punta rebota con un chirrido en la pared interior de la esclusa. Ambos pelean durante un incómodo segundo, luego ella pateo a Kim en el estómago con ambos pies, enviándolo al suelo dentro de la antecámara. Ella se lanza fuera de la esclusa de aire, saltando sobre él, y sale corriendo de la unidad de contención.

Siente que SCP-3125 la sigue mientras corre, como un foco de luz. Oye un estrépito en otra parte del sitio, cuando el primer trozo del techo se derrumba.

6. Tu Último Primer Día

Marion Wheeler está acurrucada en la esquina del montacargas principal del Sitio 41, descendiendo, sosteniendo una pistola de rayos rojo brillante casi tan larga como ella. El arma tiene una punta de dos púas en lugar de un cañón y su culata es una masa extrañamente asimétrica de tuberías, más parecida a un reloj suizo o a un tracto de intestino delgado que a un arma. El arma es SCP-7381 y proviene de un planeta largo tiempo muerto (un planeta no muy distante, al fin y al cabo) que la astronomía convencional aún no ha observado.

Un tornado de violencia y destrucción está arrasando tanto el Sitio 41 como las mentes de todos los que trabajan en el Sitio 41. Los techos se están derrumbando, la farmacia del sitio es un agujero de succión al costado del edificio. La armería está enterrada; por eso ella ha tenido que pasar por el Área 09 y ahora lleva armamento anómalo como alternativa. Los agentes de la División de Antimeméticos que encuentra en los pasillos están todos rotos: algunos de ellos acurrucados y delirando mientras sus mentes se evaporan y mueren un recuerdo a la vez, otros infectados con una colección de ideas que los obligan a gritar frases guturales en idiomas extraños y a conseguir espadas (nunca armas de fuego) para usarlas en esas víctimas dementes, en unos a otros y en ellos mismos.

Wheeler no reconoce a ninguna de las personas. Todos esos rostros son incorrectos, desgarrados por el odio, la miseria y la alegría vengativa. Ella ha estado tratando de evitar la pelea, pero ha tenido que matar a un hombre en defensa propia. Al disparar al corazón, SCP-7381 simplemente borró un cilindro de materia de medio metro de ancho, eliminando la parte superior del torso y la mandíbula inferior. El hombre había caído al suelo en cuatro pedazos. El rayo de SCP-7381 es invisible, silencioso y sin retroceso. Era como usar una pistola de juguete para niños.

Wheeler está petrificada, pero más que eso, enojada. —Esto es demasiado —dice en voz alta, deseando que su ritmo cardíaco vuelva a estar bajo control—. No puedo lidiar con esto. No debería tener que lidiar con esto. ¡Joder, es mi primer día!

Pero ¿qué sentido tiene esto?

Wheeler estudia su reflejo en el cristal oscuro del panel de control del ascensor, hace un recorrido por el interior de su propio cráneo y examina sus procesos de pensamiento. Hay pistas allí que serían difíciles de articular para alguien que no la conociera tan bien como ella misma. Ella no piensa como una novata. Está resolviendo instintivamente el problema, como debería hacerlo un agente experimentado de la Fundación. Demonios, un novato ni siquiera sabría cómo realizar un autoexamen psicológico detallado de este tipo. Un novato ni siquiera pensaría en ello, un novato simplemente se asfixiaría.

—Lo primero que eso hizo al verme —le explica a su reflejo— fue devorar todo lo que yo sabía sobre la División. Y todo lo que yo sabía sobre él. Todo plan que yo había tenido, lo devoró. Pero sigo siendo yo. Así que se me puede ocurrir ese plan de nuevo. Ya lo tengo justo delante, sólo tengo que verlo. Si yo fuera yo, ¿cuál habría sido mi plan?

Se rasca distraídamente la muñeca izquierda.

—Supongo que tomar algunas drogas mnésticas fuertes habría sido un primer paso inteligente —murmura—. Reforzar mi mente para que eso no pudiera borrar el resto de pasos. Maldita sea. —La fuente más cercana de medicina mnéstica es la farmacia del sitio, pero ya ha sido destruida, y en cualquier caso el ascensor se dirige hacia abajo, alejándose de la farmacia.

No. Detente. ¿La farmacia ha sido destruida? ¿Cómo sé eso?

Bueno, porque ella había estado allí. Ella recuerda haber encontrado al farmacéutico muerto aplastado debajo de un armario médico caído, con el cráneo convertido en una mancha escarlata irreconocible. Recuerda el suelo siendo arrancado bajo sus pies y lograr salir apenas con vida de esa parte del edificio.

Lo recuerda: un paquete modular de color Naraja Seguro, con una enorme Z negra. Casi se le para el corazón ante esto.

Oh, Dios. ¿Qué fue que lo que hice?

Recuerda las docenas de señales de advertencia que cubrían el paquete; recuerda el procedimiento de autorización de tres factores que había tenido que seguir para entrar al contenedor sellado donde el paquete estaba almacenado; recuerda el libro de un centímetro de grosor con información de asesoramiento médico, el cual ella descartó; y, arremangándose la manga izquierda, encuentra una nueva marca de aguja con una mota de sangre y recuerda haberse administrado la inyección.

¿Era éste mi plan? ¿Esto es lo que se requiere para luchar contra SCP-3125? Me he suicidado...

Los mnésticos de clase Z son la última palabra en el fortalecimiento de la memoria bioquímica. Los mnésticos de clase Z destruyen permanentemente la capacidad del sujeto para olvidar. El resultado es una memoria eidética perfecta y una inmunidad perfecta a interferencias antimeméticas arbitrariamente fuertes.

La dosis está haciendo efecto ahora. Wheeler no leyó el libro porque ya sabía cada palabra. Ella sabe todo lo que está va a sucederle. Ya puede sentir que su mente se refuerza, como el acero, y que se desarrollan síntomas de sobrecarga sensorial extrema.

Ella puede verlo todo.

Hay botones adicionales en el panel de control del ascensor, el más bajo de los cuales, el del piso treinta bajo el nivel del suelo, ya lo ha pulsado no sabe cómo. Las paredes del ascensor están cubiertas de graffitis garabateados por desesperados y moribundos, personas cuya presencia conceptual fue erradicada de la realidad años atrás por el agente asesino antimemético Alastair Gray, reduciéndolos al nivel de fantasmas. En una esquina del montacargas hay incluso medio cadáver, no identificable, con tantas capas alejadas de la realidad que ni siquiera las moscas pueden olerlo, y cuyas células desaparecen asintóticamente a lo largo de los años.

Hay un puñado de gusanitos blancos explorando el suelo de la cabina del ascensor, cerca de donde ella está sentada. Repelida, Wheeler se aleja de

ellos, sacudiéndose un par del pelo. Los gusanos se encuentran entre los organismos de capa antimemética más extendidos y exitosos del mundo. Están en todas partes, en cada bioma, en cada habitación.

Ella puede oír un largo y alarmante ruido de dron, un rugido continuo que tiene la textura del ruido ambiental y que se hace cada vez más fuerte. Es como si hubiera estado ahí toda la vida, y sólo ahora ella ha comenzado a oírlo.

Son demasiados datos. Demasiado sonido, demasiada luz. Tener los ojos abiertos es como llenárselos de agujas. Ella se tapa las orejas con las manos y entorna los ojos. Aún así, siente la vibración del lento descenso del ascensor, el calor del aire acondicionado averiado y el movimiento de su ropa sobre la piel, y entretanto su visión se inunda con lo que podrían ser alucinaciones. El sensorio humano genera rutinariamente enormes cantidades de datos y el cerebro humano está adaptado para descartar casi todos esos datos casi de inmediato. Alterar el comportamiento del cerebro para retener esos datos es extremadamente peligroso incluso durante períodos de tiempo muy cortos.

Wheeler aparta una mano de su oreja el tiempo suficiente para golpear la pared metálica de la cabina del ascensor, sangrándole dos nudillos. El dolor le da un punto focal, un recuerdo que grita un poco más fuerte que el resto.

Y ella encuentra el plan. No lo recuerda, lo inicia desde los primeros principios, en unos pocos minutos, tal como lo ha hecho cientos de veces antes.

—Sé cómo vencerte —dice.

—No —le dice SCP-3125—. No lo sabes.

El ascensor se detiene en el piso treinta bajo tierra y las puertas se abren con un chirrido. Esperan, abiertas, durante mucho tiempo. Más arriba en el hueco del ascensor se oyen los distantes ruidos de más partes del Sitio 41 siendo reducidas a migajas.

Todavía agachada en un rincón, Wheeler murmura: —SCP-3125 no tiene voz.

—Por supuesto que sí —responde eso.

—SCP-3125 es una anómala masa metastatizada pentadimensional de malos memes y malos antimemes y de todo lo intermedio, que se filtra a través de nuestra realidad física. No es coherente y no es inteligente. No puede comunicarse. Ésta es una alucinación auditiva.

SCP-3125 se burla. —¿Sabes lo que más odio de ti, Marion? Estás constante y eternamente equivocada... y aun así sigues viva. Todas esas batallas perdidas, cada año de toda esa guerra perdida, pero de alguna manera siempre reúnes suficiente suerte para salir ilesa. La eterna única superviviente. No mereces ese tipo de suerte. Nadie la merece.

Mientras eso habla, Wheeler se apoya con fuerza en la pistola de rayos para ponerse de pie. Apoya un hombro contra la pared de la cabina del ascensor, todavía con los ojos cerrados. Se prepara y abre los ojos. El pasillo que hay delante está vacío. Hay una esclusa de aire al fondo, lo bastante grande como para pasar un camión, construida con una aleación de metal blanco ultrarresistente según el estilo establecido de Bart Hughes. Hay un panel al lado de la esclusa de aire. Ella xcierra los ojos de nuevo y avanza cojeando, usando la pistola de rayos como muleta y extendiendo una mano delante de ella como guía.

—Alguien tiene que ser el último —dice ella apretando los dientes—. Alguien tiene que ser el mejor.

—Tu equipo está muerto —dice SCP-3125—. Les han arrancado la mente, como globos oculares. Son personas huecas, con agujeros en el espacio donde habían tenido sus cerebros. ¡La guerra terminó! ¡Por fin! ¡Sólo estás tú, Marion, una división de uno! Morir por una sobredosis mnéstica a doscientos metros bajo tierra, sin ser atendida por nadie, sin que nadie sepa que existes, contra una idea inmortal e imposible de matar.

Wheeler llega a la esclusa de aire y hurga a ciegas en el panel hasta hallar la ranura para su tarjeta de acceso. Durante unos segundos parece como si

nada estuviera pasando, luego una luz amarilla parpadea, los enormes enclavamientos mecánicos se desbloquean y la puerta se abre con todo el alboroto de los pétalos de una flor desplegándose. Hughes siempre sostenía que el ruido es un síntoma de una ingeniería imperfecta.

Detrás, ella oye que el montacargas se cierra y regresa al nivel del suelo, y sabe que alguien lo ha convocado con la intención de perseguirla.

—Las ideas se pueden matar —dice ella entrando en la esclusa de aire.

—¿Cómo?

—Con mejores ideas.

A medida que el ciclo de la esclusa de aire se cierra, también lo hace el sello hermético. SCP-3125 está encerrado fuera.

Si algo puede cruzar del espacio conceptual hacia la realidad tomando forma física, entonces algo puede cruzar en la dirección opuesta. Debe de ser posible tomar una entidad física, extraer mecánicamente la idea que encarna, amplificar esa idea y transmitirla al espacio conceptual. Una idea más grande. Una idea mejor, diseñada específicamente para luchar contra SCP-3125.

Un ideal. Un movimiento. Un héroe.

La máquina que Wheeler necesita construir es del tamaño de un estadio olímpico, y ella no tiene la menor fracción de la gran experiencia en ingeniería memética requerida para hacerlo, y mucho menos los recursos materiales o el tiempo. Pero ella sabe (alguien la enseñó, no recuerda quién) que un agente de la División de Antimeméticos es tan bueno en su primer día como lo será siempre. Y lo mismo debe aplicarse a la División en su conjunto.

Se dice a sí misma: *Ganamos esta guerra el día que comenzó. Cuando nos encontramos con SCP-3125 por primera vez construimos este búnker. Bart*

Hughes fingió su muerte y se recluyó aquí para poder trabajar sin interrupciones, mientras el resto de la División aguantó el mayor tiempo humanamente posible, ganando tiempo para este momento. Sé que esto es lo que hice porque es lo que yo habría hecho.

Yo soy el componente final. Él me está esperando.

El espacio más allá de la esclusa de aire es gigantesco, estructurado e iluminado como un hangar de aviones y lleno de aire caliente, viciado y seco. Wheeler, todavía casi ciega, avanza renqueando por una extensión de más de una hectárea de piso plano y polvoriento de epoxi. —¡Hughes! —grita ella al vacío—. ¡Es la hora! —No retorna más que el eco.

Alza la vista por un segundo. El espacio está vacío. La unidad memética de amplificación/transmisión del tamaño de un castillo que Bart Hughes debía construir está absolutamente ausente. El propio Hughes está ausente.

¿Es que toda la máquina está camuflada antimeméticamente?, se pregunta momentáneamente.

Esa sería una forma inteligente de ocultar la operación incluso al resto de la Fundación. Pero su cerebro se está coagulando con las drogas mnésticas más fuertes jamás fabricadas. No hay genuinamente nada aquí.

Casi nada. En el centro del espacio hay un puestecito, un grupo de mesas de caballetes con herramientas y cajas de herramientas esparcidas por el lugar. Aparcado detrás hay un camión militar sin distintivos y neumáticos pinchados. En la parte trasera del camión hay una máquina achaparrada y cuadrada del tamaño de un contenedor de mercancías, con cables sin blindar y tuberías expuestas, y un cable largo que conduce a un panel de control de alta resistencia en el piso. Para el ojo inexperto, no está del todo claro para qué está diseñada la máquina.

Es el equivalente antimemético de una bomba de hidrógeno: la respuesta de la División a una ojiva nuclear en el sitio. Activada, contaminaría con radiación antimemética el Sitio 41 y todo y a todos en él. Después no habría

ningún Sitio 41 ni División. Nada de lo que el personal infeccioso a la fuga hiciera podría tener algún efecto en el mundo real.

Ésta es la máquina equivocada.

La máquina no puede destruir ni contener a SCP-3125, ni siquiera dañarlo. Lo único que puede hacer es esterilizar el brote actual. Los demás síntomas persistirán. Dentro de cincuenta, diez o cinco años, o tal vez un año o tal vez mañana, SCP-3125 regresará trayendo consigo su escenario del fin del mundo clase MK. La civilización humana será completamente erradicada como concepto abstracto y reemplazada por algo inimaginablemente peor. No habrá nadie para luchar contra ello.

Wheeler se inclina sobre la pistola de rayos durante un largo momento. En su mente, la presión de la información, que aumenta continuamente, llega a un punto en el que ella ya no puede soportarla más y comienza a quebrarse. La Clase Z lleva en su sistema el tiempo suficiente para que ella sepa con certeza que tiene un daño cerebral irreversible. No existe antídoto. Estará lúcida durante una hora más y luego pasará las dos o tres horas restantes de su vida en estado vegetativo.

Así es, piensa ella. Es casi un alivio. Esto es bueno. Esto es lo correcto.

He sobrevivido demasiado tiempo. Olvidé qué universo era éste. Por un tiempo pensé, tal vez... que éste era el universo en el que ganamos a veces.

La agonía en su cabeza ahora es como un piolet. Ella deja caer la pistola de rayos con estrépito, cae de rodillas, se acuesta y espera la muerte o una idea mejor.

Un ser que se parece superficialmente a Paul Kim llega a la puerta exterior de la esclusa de aire. Examina la esclusa de aire sin comprender durante unos momentos, y luego encuentra la ranura para la tarjeta de acceso. Busca metódicamente en los bolsillos de Kim y recuerda la tarjeta de acceso que lleva colgada al cuello. La esclusa de aire gira una vez más y el no-Kim

pasa. Detrás de él, el montacargas regresa por tercera vez al nivel del suelo para recoger al resto.

En la sala de al lado, el ser que no es Paul Kim encuentra a Wheeler, inconsciente, con la pistola de rayos tirada a su lado. También hay un camión militar, que eso ignora.

No-Kim deja caer la tarjeta de acceso de sus dedos y levanta la pistola de rayos. Por un momento contempla a la Wheeler inconsciente, luego examina el arma y recuerda cómo funciona. Se vuelve hacia la esclusa de aire y dispara, perfora gruesos agujeros cilíndricos en el metal blanco de la puerta interior hasta que la puerta desaparece, luego también en la puerta exterior, rompiendo el sello hermético. Una leve sonrisa regresa al rostro de no-Kim cuando SCP-3125 y sus señales familiares y reconfortantes inundan el búnker.

En el montacargas llega otra docena de personas que no son personas, antiguos cuerpos de la División de Antimeméticos. —La he encontrado. — les grita no-Kim. Deja caer la pistola de rayos donde está, como si simplemente hubiera olvidado que llevaba algo, y vuelve a sacar su cuchillo. Sostiene el cuchillo entre dos dedos, de manera casual e improvisada, como si fuera un lápiz o un destornillador.

Las no-personas infectadas se reúnen con no-Kim alrededor de Wheeler, mirándola con expresiones extrañas de disgusto o lástima o malicia.

—¿Por qué no se está abriendo ella correctamente? —pregunta alguien—. Ella no podrá reunirse con ellos a menos que quiera las señales.

—Empieza por sus ojos —dice otro—. Hará que el resto de ella sea más fácil de corregir.

No-Kim se inclina para empezar a trabajar, luego duda, con el cuchillo a unos centímetros del ojo de Wheeler. Ella está susurrando algo, tan bajo que sólo él puede oírla con claridad.

—Nada de esto sucedió, Paul —dice ella—. Tú y yo nunca existimos. No hay División de Antimeméticos.

Se oye un clic agudo cuando la bomba termina su secuencia de encendido. Nadie en la sala puede oírlo, excepto Wheeler. Nadie en la sala puede percibir la bomba, excepto Wheeler. Lo único que ven es un camión vacío.

El mundo se vuelve negro.

7. Intermedio. SCP-2256: Cosas Muy Altas

Número de artículo: SCP-2256

Clase de objeto: Euclides

Procedimientos Especiales de Contención: La información sobre SCP-2256 está sujeta a un efecto gradual de corrosión antimemética. La corrosión se produce a diferentes velocidades según el nivel de detalle/precisión de la información y según la complejidad física del medio de almacenamiento. Los artículos académicos detallados, las fotografías y la información almacenada electrónicamente se deterioran rápidamente. Las descripciones amplias, los bocetos a lápiz y el papeleo se deterioran lentamente.

Por lo tanto, esta entrada de la base de datos electrónica debe describir SCP-2256 sólo en términos amplios. La información detallada sobre la apariencia de SCP-2256, su ascendencia evolutiva teorizada, su biología, su dieta, su comportamiento, sus vocalizaciones, su ciclo de vida, su inteligencia, su rol ecológico y su significado cultural deben almacenarse en forma impresa en el Sitio 19, cámara 1-053. La tasa de corrosión en ambas fuentes de datos debería monitorizarse cuidadosamente, aunque en la actualidad no se conoce ninguna técnica para detener o deshacer dicha corrosión.

Aunque estos efectos antimeméticos persisten y califican la clasificación Euclides, SCP-2256 mismo está extinto y no requiere procedimientos especiales de contención.

Descripción: SCP-2256 (*Cryptomorpha gigantes*) es una especie de gigafauna endémica del Océano Pacífico Sur alrededor de las islas de la Polinesia. SCP-2256 fue una de las pocas especies registradas que se conoce que desarrolló un rudimentario camuflaje perceptivo/antimemético, haciéndolo casi imposible de percibir o recordar para otros seres inteligentes. Se teoriza que esta adaptación surgió para eludir a los depredadores.

SCP-2256 fue la especie más grande que vivió en la Tierra. Los adultos de la especie, parecidos a jirafas o braquiosaurios larguiruchos y alargados verticalmente, crecían hasta más de 1.000 metros de altura. No pesaban más de 4 toneladas, estando la mayor parte de su masa camuflada por una adaptación muy similar. Con sus pies anchos y en forma de plato, podían caminar directamente sobre la superficie del océano sin hundirse.

SCP-2256 navegaba por el océano en soledad o en ██████████ de entre 2 hasta 2000 individuos. Se mostraban reacios a acercarse a tierra, especialmente a las islas habitadas, y normalmente permanecían a más de 30 kilómetros de la costa. Debido a su altura, eran visibles en el horizonte a esta distancia.

Adquisición: Los nativos polinesios de la isla de Maikiti utilizaban una sustancia, llamada *teùkoka*, con fines recreativos y religiosos. Además de ser un psicodélico moderado, esta droga tenía propiedades mnésticas, suprimiendo los efectos antimeméticos y haciendo que las entidades camufladas de este modo fueran más fáciles de ver y de recordar. Por lo tanto, los maikitianos fueron durante cientos de años las únicas personas capaces de ver a SCP-2256. En la mitología maikitiana, SCP-2256 eran espíritus errantes a quienes los dioses habían encargado mantener el horizonte para garantizar que el cielo y el agua no se mezclaran nunca. Se los caracterizaba como bien intencionados y amigables, pero poco inteligentes y a menudo deficientes en sus deberes, lo que provocaba tormentas y tifones. Se los llamaban *polo'ongakau*: los que caminan muy despacio.

En 1991, un estudio bioquímico interno reveló que la *teùkoka* tenía un fuerte parecido químico con el mnéstico clase W de la propia Fundación. Se asignó a un antropólogo de la Fundación para seguir ██████████ ██████████ la leyenda maikitiana y el mismo se convirtió en el primer forastero en observar ██████████-2256. Una observación ██████████ fue rápidamente ██████████ en la isla para estudiar a las criaturas. El análisis de contención de rutina encontró que SCP-2256 era Seguro y no requería procedimientos de contención especiales, ni siquiera un ██████████ ██████████ secreto particular.

Historia: SCP-█████ demostró de inmediato ser imposible de capturar fotográficamente. Los negativos fotográficos de la especie se desvanecían en transparencia durante los ██████ minutos. Una descomposición similar ██████ afectaba a las cintas de video, las cintas de audio, las películas de celuloide, los escaneos digitales y los electrónicos, ██████. El equipo de observación pronto devolvió la mayor parte de su equipo al inventario y procedió usando lápices y ██████. En aquel tiempo, ██████ creía que tales grabaciones serían efectivamente permanentes.

La población de SCP-2256 disminuyó ligeramente en 1992 y 1993, y luego cayó drásticamente a partir de 1994. Se observó una combinación de factores contribuyentes: enfermedad, infertilidad y una tasa de ██████ de muerte fetal.

En 2002 se desarrolló un generador de campo que podía penetrar y neutralizar el antimemético ██████ de SCP-2256, permitiendo la fotografía convencional. La primera y única fotografía en primer plano de una de las criaturas la mató instantáneamente. Se concluyó que la observación directa de SCP-2256 era perjudicial para ██████. Se cree que esta adaptación surgió como un medio para detectar depredadores, así como el camuflaje antimemético de SCP-2256 los protegía de esos mismos depredadores. El uso del generador ██████ fue restringido inmediatamente.

Posteriormente se planteó la hipótesis de que la continua observación pasiva de la especie por parte de la Fundación era lo bastante intensa como para tener efectos dañinos en SCP-2256, y que ██████ era lo que estaba impulsando la extinción de la especie ██████. Las opiniones diferían marcadamente sobre ██████ la veracidad de esta hipótesis, sobre ██████ a fondo que debería ser probada, y sobre lo que ██████ se debería hacer si resultaba ser cierta. Varias opciones extremas fueron ██████, incluyendo ██████ exterminar a ██████-█████ para preservar los datos y borrar completamente los datos para preservar ██████-2256. No hay conclusiones firmes ██████.

En 2003, la observación de SCP-2256 se redujo significativamente u la Fundación ██████ se centró desde la recopilación de datos ██████.

hasta el análisis de datos [REDACTED]. Sin embargo, la población de SCP-2256 continuó [REDACTED]. El último individuo murió cerca de Tokelau el 30 de octubre de 2006.

[REDACTED] 2010 [REDACTED] descubrió [REDACTED] el camuflaje antimemético [REDACTED], también caracterizado como "decaimiento" o "corrosión", se estaba propagando a través de registros en papel de [REDACTED]-[REDACTED]. A partir de [REDACTED], más [REDACTED] 60% de [REDACTED] documentos son [REDACTED], incluso con [REDACTED] fuertes dosis mnésicas. El efecto es incluso la entrada de [REDACTED] SCP en sí, a pesar de [REDACTED] blindaje y redundancia en el sistema [REDACTED].

Dado que [REDACTED]-[REDACTED] [REDACTED] extinto, [REDACTED] nuevos datos [REDACTED] pueden ser generados. Es [REDACTED] que la contaminación total [REDACTED] [REDACTED] tres a ocho años.

PARTE 2

Cinco Cinco Cinco Cinco Cinco

8. SCP-3125: El Escapado

Número de artículo: SCP-3125

Clase de objeto: Kéter

Procedimientos Especiales de Contención: SCP-3125 se mantiene dentro de la Unidad de Contención de Cognitopeligros 3125 en el primer piso del Sitio 41. Esta unidad de contención es una habitación cúbica de 10 m por 15 m por 3 m revestida con capas de plomo, insonorización y blindaje telepático. El acceso se realiza a través de un sistema de esclusa de aire en un extremo de la unidad de contención. Esta esclusa de aire está programada para permitir que únicamente una persona ingrese a la unidad de contención a la vez y para permanecer cerrada hasta que esta persona salga antes de permitir que otra persona entre.

En ningún caso se permitirá que ninguna información coherente salga de la unidad de contención. Esto incluye notas escritas y electrónicas, fotografías, grabaciones de audio y video, señales sonoras, electromagnéticas y basadas en partículas y emanaciones psi. Durante el ciclo de salida, un sistema de purga instalado en la esclusa de aire limpia la memoria del ocupante inundando la esclusa con gas amnésico durante tres minutos.

Un miembro superior del personal de la División de Antimeméticos debe visitar SCP-3125 cada seis semanas (42 días).

FIN DEL DOCUMENTO

Número de artículo: SCP-3125

Clase de objeto: Kéter

Procedimientos Especiales de Contención: SCP-3125 está sujeto a protocolos de contención invertidos y, en realidad, está presente en todas partes excepto en aquellos lugares que han sido específicamente purgados de su influencia. El interior de la Unidad de Contención de Cognitopeligros 3125 en el Sitio 41, donde reside este documento, es el único lugar del

mundo donde se sabe que ha sido purgado con éxito de esta manera. Esta unidad de contención es una sala cúbica de 10 m por 15 m por 3 m revestida con capas de plomo, material de insonorización y blindaje telepático. El acceso es mediante un sistema de esclusa de aire en un extremo de la unidad de contención. Esta esclusa de aire está programada para permitir que únicamente una persona ingrese a la unidad de contención a la vez y para permanecer cerrada hasta que esta persona salga antes de permitir que otra persona entre.

En ningún caso se permitirá que ninguna información coherente salga de la unidad de contención. Esto incluye notas escritas y electrónicas, fotografías, grabaciones de audio y video, señales sonoras, electromagnéticas y basadas en partículas y emanaciones psi. Un sistema de purga instalado en la esclusa de aire limpia la memoria del ocupante inundando la esclusa con gas amnésico durante tres minutos durante el ciclo de salida.

Se debe mantener una entrada SCP alternativa en la base de datos principal de la Fundación que proporcione sólo las especificaciones técnicas de la unidad de contención, disposiciones para que el personal superior de la División de Antimeméticos visite el interior de la unidad con regularidad, y ninguna descripción.

Descripción: SCP-3125 es un complejo meme metastatizado anómalo extremadamente grande (ver topología fractal Θ -dimensional completa, anexo 13), altamente agresivo, originado externamente a nuestra realidad y que ahora la cruza parcialmente.

SCP-3125 está adaptado para sobrevivir en una ecología ideática considerablemente más violenta y hostil que la nuestra. (Aquí la nuestra se refiere al espacio mental humano: el conjunto de todas las ideas que los humanos tienen o son biológicamente capaces de tener). Dado que los humanos no tienen una exposición natural a ideas tan agresivas como las de SCP-3125, las mentes humanas no tienen adaptaciones evolutivas de protección contra ellas. Los individuos poseídos por SCP-3125 se vuelven incapaces de pensar ideas convencionales más débiles y, en consecuencia, se vuelven totalmente subordinados corporalmente al propósito de servir y difundir los conceptos centrales de SCP-3125. Además, aunque no sufren

ninguna alteración física visible exteriormente, dejan de ser reconocibles externamente como humanos.

SCP-3125 aún no está del todo presente en nuestra realidad. A su llegada, la naturaleza altamente interconectada de los sistemas de intercambio de conocimiento humano implica que no tomará más de doce horas, posiblemente tan sólo cuatro horas, para abarcar, dominar y reemplazar todo el pensamiento humano. En este punto, la humanidad, como concepto abstracto, junto con todos los conceptos abstractos que lo acompañan, tales como civilización, cultura-, sociedad, comunidad y familia habrán dejado de existir. La Fundación califica tal eventualidad como un escenario de fin del mundo de clase MK.

La Fundación posee numerosas técnicas probadas para detener la propagación de complejos de ideas tan agresivas, pero todas ellas se vuelven inviables en la práctica debido a la capa límite/respuesta defensiva autónoma de SCP-3125. Ensamblar completamente una imagen mental de SCP-3125 y percibir su verdadera forma hace que SCP-3125 a su vez sea capaz de percibir al observador. Luego ataca al observador y lo mata. El mecanismo del ataque no está claro, pero parece ser al menos parcialmente físico. También son atacados los espectadores mentales, individuos cuyos pensamientos e ideas se asemejan a los del observador. Esto incluye invariablemente a todo el grupo de investigación extendido del observador y, a menudo, a su familia cercana (padres e hijos).

El ataque tiene el efecto neto de borrar todo conocimiento del mundo tanto sobre SCP-3125 como sobre su ataque. Este efecto informativo adormecedor realiza una función similar a la saliva anestésica de la picadura de un mosquito, permitiendo a SCP-3125 evadir la detección antes de su encarnación completa.

El personal de la Fundación que descubra a SCP-3125 puede escapar de su ataque mediante el uso rápido de medicamentos amnésicos para borrar su conocimiento sobre él.

En cualquier caso, el resultado neto es que el interior de una unidad de contención adecuadamente protegida es el único lugar donde es seguro observar, registrar o incluso reconocer la existencia de SCP-3125. Fuera de

dicha unidad de contención, una descripción escrita verdadera de SCP-3125 constituiría un cognitopeligro letal.

SCP-3125 podría neutralizarse eficazmente utilizando una máquina propuesta por el fallecido Dr. Bartholomew Hughes llamada amplificador de irrealidad (ver esquemas, anexo 129). Sin embargo, además de requerir enormes recursos materiales, esta máquina no podría construirse sin que sus constructores entendieran el motivo de dicha construcción, lo que requeriría una comprensión de SCP-3125, lo que resultaría fatal para el proyecto.

No se conoce ninguna forma de neutralizar a SCP-3125 utilizando únicamente los recursos de esta sala.

Historia: Debido al mecanismo de defensa descrito, el historial de observaciones de SCP-3125 se ha perdido casi por completo. En particular, no está claro exactamente cómo se construyó esta unidad de contención ni cómo se establecieron estos procedimientos de contención.

En esta unidad de contención se han acumulado muchos datos a lo largo de las sucesivas visitas de los investigadores de la Fundación. Estos datos fueron traídos del exterior con la esperanza de ser útiles y dejados aquí de acuerdo con los procedimientos de contención. Además de esta entrada de la base de datos, el lector encontrará múltiples copias electrónicas de la base de datos de la Fundación, conjuntos de datos académicos de todo tipo y extensos archivos públicos de noticias.

Como era de esperar, muchos de estos datos no guardan relación con el tema de la contención de SCP-3125. Sin embargo, la correlación y el análisis de los sucesivos visitantes han permitido que surjan los siguientes hechos:

Aunque SCP-3125 aún no está completamente presente en nuestra realidad, sus efectos/premoniciones indirectas (por ejemplo, SCP-█████, SCP-█████, SCP-█████ y SCP+█████) son fácilmente descubiertos por cualquier proyecto de investigación memética bien equipado.

La investigación en memética es, hoy en día, una ciencia muy disminuida respecto a cuando estaba en su apogeo. A mediados de 2008 existían más de

400 instituciones que llevaban a cabo investigaciones que probablemente descubrieran a SCP-3125, incluidas agencias gubernamentales, ramas militares, corporaciones privadas, laboratorios independientes, proyectos de investigación universitarios y notables grupos de aficionados. Muchas de ellas eran GDI o divisiones internas dentro de los GDI. Ninguno de estos grupos existe ya, excepto la División de Antimeméticos de la Fundación.

Casi nadie en el mundo es consciente de este declive y no se han avanzado explicaciones sobre la desaparición de estos grupos.

Una simple deducción indica que todos estos grupos descubrieron en algún momento SCP-3125 y fueron consumidos por el mismo, y que este es, de hecho, el destino inevitable de toda investigación memética competente.

La perseverancia de la División de Antimeméticos se atribuye a su formación especializada y a su fácil acceso a medicamentos amnésicos fiables. A pesar de esto, la División también se ha reducido considerablemente en los últimos años, de una plantilla de más de 4.000 personas en 2012 a 125 en septiembre de 2015. Esta cifra está en camino de llegar a cero antes de finales de 2015. Durante el mismo período, la presencia física mundial de la División se ha reducido de manera similar, desde una red de Sitios y bastiones más pequeños en cada continente hasta este único Sitio, el Sitio 41. En particular, el cuartel general de la División en el Sitio 167 se ha perdido de la memoria colectiva de la División y se presume neutralizada por la respuesta de ocultamiento de SCP-3125.

Adenda: Un análisis más detallado de los datos disponibles, específicamente diagramas arquitectónicos del Sitio 41 (anexo 38), indica la existencia de una segunda unidad de contención en el Sitio 41 que se ajusta a la misma filosofía de diseño básica que ésta. Esta segunda unidad, S041-B30-000, fue construida a 210 metros bajo el nivel del suelo; presenta idéntico revestimiento informativo de amplio espectro, pero tiene más de mil veces el volumen de la Unidad de Contención de Cognitopeligros 3125, junto con una esclusa de aire amnésica lo bastante grande como para ingerir un contenedor de mercancías de una Unidad Equivalente de Veinte pies.

La información relacionada con la fecha de construcción y el propósito de S041-B30-000 no aparece en los registros de la Fundación y se presume

que se borró deliberadamente. La unidad en sí está sellada herméticamente y lo ha estado por un período de tiempo indeterminado.

Independientemente del propósito previsto de S041-B30-000, como cualquier unidad de contención, es capaz de actuar como refugio contra SCP-3125.

Adenda 2:

Y el resto, con suerte, es deslumbrantemente obvio.

S041-B30-000 se construyó originalmente para albergar un proyecto a largo plazo a fin de construir el amplificador de irrealidad de Hughes. Mientras eso sucedía, el resto de nosotros hemos estado librando una guerra inconsciente para ganar tiempo. Hemos estado perdiendo, pero perdiendo tan lentamente como era humanamente posible.

El tiempo que hemos ganado se acabó ya. Es una extremadamente mala señal que nadie dentro de S041-B30-000 haya roto el sello todavía, pero no nos queda terreno que ceder y no hay más cuerpos que arrojar a las fauces de SCP-3125 para frenarlo. ¿Está aquí, estemos listos o no.

Voy a ir a S041-B30-000 para usar la máquina. Creo que puedo sacar la información a través de la esclusa de aire. Creo que puedo llegar viva a la cámara.

Éste era el plan. Se ha vuelto confuso en la renarración debido a las variables, pero sé que éste era mi plan porque me conozco a mí misma. ¿Qué otra cosa podría haber sido?

El procedimiento estándar dicta que tengo que decirte lo que hacer a continuación si esto no funciona. Ese es el convenio de investigación asíncrona.

Pero no tengo una buena imagen de quién puedes ser, leyendo esto y siguiendo vivo. En tu escenario no hay ninguna máquina, Hughes ha desaparecido, yo estoy muerta, el sitio está en ruinas y... ¿cómo llegaste

aquí? ¿Puedes ser Fundación? ¿Eres consciente? ¿Hay alguna palabra de esto que comprendas?

Vives en un mundo bañado por SCP-3125. Ésa es la condición de pérdida.

No puedo ayudar a alguien que no existe.

Marion Wheeler, jefa de Antimeméticos

30 de noviembre de 2015

Adenda 3:

Encontré tu cuerpo.

Y encontrar tu cuerpo fue una sensación poderosamente desorientadora para mí, no me importa admitirlo. Yo conocí a una Marion. Durante el breve período en que la conocí, ella no era de las que admitían la derrota tan fácilmente como tú. Aún así, eso fue hace mucho tiempo...

No soy quien para decirte cómo hacer tu trabajo, pero me temo que no viste el truco. Por la evidencia que puedo ver, éste no fue el único Sitio de la División de Antimeméticos. Hubo otros. Imagino que ahora son efectivamente invisibles para (la mayoría) de los viandantes, por supuesto, como éste, pero supongo que, como éste, todavía existen físicamente. Creo que tu plan estuvo vigente por más tiempo del que crees. Y como no tenías libertad para conservar los detalles del mismo, lo pusiste en acción más de una vez.

Hay otra cámara que encaja con la descripción, con esclusa amnésica del tamaño de un camión y todo. S167-001-6183.

El Sitio 167 es una no-entidad, por supuesto, y probablemente esa es la razón por la que lo pasaste por alto. Probablemente esté en ruinas, y está claro que hay un camino condenadamente largo a pie desde aquí. Pero ¡aún así! Creo que eso es mejor que media posibilidad.

Puede que yo también muera en esta tarea inútil, naturalmente, ya que el mundo se ha convertido en una especie de espectáculo de terror

últimamente. En cualquier caso, confío en que cualquiera que siga mis pasos y lea estas palabras adicionales tenga la presencia de ánimo para seguir la misma estrategia básica.

Aún existiendo a pesar de todo,

Adam Wheeler, intruso

4 de mayo de 2017

FIN DEL DOCUMENTO

9. ¿Dónde has estado toda mi vida?

¿Quién coño se infiltra en la casa de una alta funcionaria de la Fundación mientras está en casa?

Marion Wheeler vive en las profundidades de un bosque de coníferas, a un largo viaje en coche desde la ciudad importante más cercana y a un largo viaje en dirección opuesta al Sitio 41. Es tarde, por último, y ella está leyendo en la cama cuando oye el apagado e inconfundible clic de la puerta principal siendo desbloqueada. Ella alza la vista y mira fijamente la pared durante un segundo mientras escucha suaves pasos moviéndose por el pasillo.

Marca la página y toma el teléfono reglamentario de la Fundación. No tiene personal de seguridad permanente en casa (la División no tiene suficiente personal y los agentes capacitados se necesitan mucho más en el Sitio), pero el edificio y los terrenos cuentan con sólidas contramedidas electrónicas. Ella descubre que todas ellas han sido desactivadas, junto con los sensores y las cámaras. No se le ha notificado que esto había sucedido. Quien lo hizo tenía un código válido.

Aunque, ¿quién?

La Fundación tiene enemigos. Es cierto que la lista de enemigos motivados y creíbles es sorprendentemente corta, y la lista de grupos lo bastante estúpidos como para intentar matar o capturar a alguien del nivel de Marion es aún más corta. Pero esa lista está lejos de estar vacía y, en realidad, el asunto no es una tarea tan difícil. No muchas personas por debajo del nivel O5 tienen el privilegio de viajar en procesiones de vehículos oficiales. El verdadero truco, el truco imposible, es evitar las impías represalias. Pero ¿y si realmente crees que puedes? ¿Y si has decidido que vale la pena?

Wheeler activa la alarma silenciosa. Vuelve a dejar el teléfono en la mesita de noche y recoge su arma. Sale rodando de la cama, coloca algunas almohadas en su lugar, se acerca silenciosamente a la puerta del dormitorio y se queda junto a ella, escuchando y pensando.

Esta puerta, la puerta de su dormitorio, no se puede abrir silenciosamente. Cruje muchísimo. Así que, si la cruza, tendrá que estar preparada para llamar la atención. Hay un ático, pero el acceso está en el rellano y, nuevamente, el acceso no se puede operar en silencio. No hay ruta alternativa al nivel del suelo, sino saltar desde la ventana, y alguien tiene que estar cubriéndola. Aunque aterrizara viva entre los arbustos, todavía tendría que cruzar el perímetro con un esguince de tobillo.

Una pregunta mejor que ¿Quién? es ¿Cuántos? Puede que ella ya esté muerta sólo por la diferencia de número. Si los atacantes actúan con cautela e intentan obligarla a salir, ella calcula que podrá abrirse camino al estilo Solo en Casa a través de quizás ocho de ellos antes de que se le agote la suerte. Si suben corriendo al segundo piso y tienen blindaje, podría verse superada por tan sólo dos, incluso con la escalera actuando como cuello de botella. Todo esto, naturalmente, asumiendo que los atacantes no son anómalos. Si lo son, y no están, digamos, en el treinta por ciento de las anomalías que pueden neutralizarse simplemente disparándoles en el centro de masas y en la cabeza, ella puede estar fundamentalmente indefensa aun después de que aparezca el equipo de respuesta. Lo cual será, en el mejor de los casos, dentro de diez minutos.

Un crujido. Esta maldita casa. Alguien sube las escaleras sin hacer ningún esfuerzo por guardar silencio. Aunque de pisada suave. Como si se hubieran quitado los zapatos. ¿Sólo hay uno de ellos? Eso apenas tiene sentido.

Con cinco segundos de gracia, Wheeler busca una segunda arma en el oscuro cuarto. Sabe que hay agujas de tejer abajo, en el salón, y cuchillos buenos en la cocina. Pero no puede llegar hasta ellos. Es demasiado tarde. La puerta se abre. Parece que el hombre está tratando de decir algo mientras entra, pero sólo llega a decir: "Yo". Un golpe y listo. Él está boca abajo, con la mejilla presionada contra una alfombra color crema intenso, con Wheeler encima de su espalda y sujetándole ambas muñecas con las rodillas. Ella mira con urgencia escaleras abajo durante un segundo; no hay nadie ahí. Le golpea al tipo la otra mejilla con el cañón del arma. —Si hablas, mueres— sisea ella—. Si intentas moverte, mueres. —Mira hacia las ventanas, vuelve a comprobar las escaleras, escucha atentamente. No hay sonido. No hay nada que ver.

El hombre tiene cincuenta años y es larguirucho. Viste un caro traje oscuro, hecho a la medida de su constitución. Tiene rasgos angulosos, pelo espeso y canoso y gafas sin montura, ahora muy posiblemente deformadas por su repentino impacto con el suelo. Lleva discreta joyería de platino: un reloj de pulsera, gemelos y un anillo.

Los dos se pausan así, en un cuadro. Él no intenta moverse, aunque mira de reojo a Wheeler, lo mejor que puede dadas sus gafas descolocadas.

Wheeler pregunta: —¿Dónde están los demás?

—Sólo estoy yo, Marion —responde él.

—¿Quién eres?

Él no dice nada durante un momento, pero su expresión decae lenta y sutilmente. —Yo, ah. Bueno. Bueno, sucedió de verdad, ¿no? Siempre me lo he preguntado.

—¿Quién eres?

—Hay un monstruo que te sigue y se come tus recuerdos —dice el hombre—. SCP-4987. Lo alimentas gota a gota con trivialidades intrascendentes para que no persiga nada importante. Ves programas de juegos. El libro que estabas leyendo hace un momento. En tu mesita de noche. Es un libro de pasatiempos. ¿Cierto?

Wheeler no dice nada para confirmar o negar eso, aunque es cierto. A la hora de comer, la entidad se manifiesta como una mancha brillante de color blanco dorado en el rabillo del ojo. No está ahora.

Ella ya ha resuelto el resto. Todo es alucinante, insultantemente obvio.

Con una nota de consternación bien reprimida, pero aún detectable, pregunta. —¿Cuál es tu nombre?

—Adam —dice él—. Adam Wheeler.

Obviamente, ella tiene detenido al hombre.

Da instrucciones a su gente para que lo interroguen (suavemente) y para que realicen una investigación profunda de cada palabra que pronuncia, mientras que, por su parte, se mantiene alejada de la investigación para evitar la contaminación. Marion resiste la tentación de interferir, particularmente de visitar a "Adam" y exigir respuestas personalmente. Va a su oficina, se acurruca en el sofá e intenta dormir un poco, pero no lo logra en ningún sentido real.

Siete horas más tarde, un miembro de la Fundación llama a la puerta de su oficina y le trae un bloque de impresos de una pulgada de grosor y una taza de café paralizantemente fuerte. Wheeler toma la bebida primero, aceptándola como una especie de paso de autenticación antes de dejar entrar al hombre. Ella regresa al sofá y se sienta encorvada sobre la bebida para calentarse, inhalando los vapores.

El hombre se sienta pesadamente en una silla de enfrente. Es un individuo engañosamente fornido, perpetuamente sin afeitar, de poco menos de cuarenta años, e indiscutiblemente la persona más peligrosa del Sitio. Es el instructor de combate y aptitud física de la División y el líder de su solitario Destacamento Móvil. Su nombre es Alex Gauss. —Ellos, eh —dice él—, pensaron que debía ser yo quien presentara los resultados. Aunque no investigué ni una sola línea. Porque nos llevamos bien usted y yo. Palabras de ellos. Personalmente, yo no lo veo.

Wheeler se mantiene concentrada en el café. —¿Quién es él?

Gauss abre la primera página del informe, más por el efecto que por otra cosa, y luego la cierra de nuevo. —Es el marido de usted. Cada palabra concuerda. Hay ilimitada evidencia física. La mitad de la División lo conoce socialmente, incluyéndome a mí. Doy crédito a su diligencia y a su cumplimiento del protocolo, pero la conclusión es que SCP-4987 se puso hambriento.

Wheeler asiente. Esta evaluación coincide con la suya, elaborada de la noche a la mañana a partir de reacciones viscerales y análisis de los simples hechos. ¿De dónde diablos vino su nombre si no? Ella no nació siendo Wheeler. Aunque tuvo que buscar una verificación independiente.

Ella pregunta: —¿Ha sucedido esto antes?

—No.

—¿Podría volver a pasar?

Gauss se encoge de hombros. —Usted lo sabría mejor que nadie.

—Lo sabría. Sí. Y puedo decirte esto: he entrenado a SCP-4987 para que siga como un perrito faldero. Lo alimento según un régimen estricto, sólo come los recuerdos que yo digo que es correcto comer. Es un parásito de la memoria universalmente fatal y de rápida progresión hecho crónico y luego domesticado. Y ahora, ¿qué, interrumpe de pronto el entrenamiento? ¿Encaja eso?

—Si usted dice que no encaja, no encaja —dice Gauss con cautela—. Pero hablando por experiencia de campo, cualquier cosa puede pasar dos veces.

Wheeler ha esperado lo suficiente y toma un largo trago del café. Mira fijamente el vapor que se arremolina, como si intentara ver el futuro. —Pero ¿quién es él? —pregunta ella de nuevo—. En este punto tú lo conoces mejor que yo. ¿Cómo es? ¿Te cae bien?

Gauss hace una mueca extravagante. Esa es la tatarabuela de todas las preguntas capciosas.

Wheeler lo mira a los ojos y dice: —Cuéntame tu impresión personal de Adam Wheeler. Orden directa.

—Es un tipo lo bastante simpático.

—¿Lo bastante simpático?

Gauss chasquea la lengua. —A mí no me cae bien —admite él—. Personalmente y todo eso. Ambos somos civilizados, pero él siempre será demasiado engreído y demasiado inteligente. Él simplemente... me rechina. ¿Metería yo a alguien en una celda por eso? No.

—¿Me cae bien a mí?

—A usted... —comienza Gauss, luego se detiene. Aparta la mirada. Y, con el tiempo, se le desarrolla una suave sonrisa en el rostro, una que Wheeler no recuerda haber visto antes, no en una relación laboral que se remonta a años atrás—. Sí —dice—. Sí. Él es el elegido.

Nombre completo: Adam Bellamy Wheeler. Nacido el 27 de febrero de 1962 en Henge, Derbyshire, Reino Unido, hijo de Rosemary Leah Wheeler, de soltera Wizst, y Jonathan "Jack" Philip Wheeler. Sin hermanos. Educación temprana: escuela primaria de la Iglesia de Inglaterra de Henge, escuela secundaria de Matlock All Saints. Demostró una gran agudeza musical desde temprana edad. A los dieciséis años había comenzado a ser reconocido como uno de los violinistas clásicos más talentosos de su generación. Asistió al Royal College de...

Wheeler se salta tres páginas.

...después de sufrir una lesión leve mientras estaba de gira en ██████████, se encontró con SCP-4051, el cual había infestado una ala del hospital donde él recibió tratamiento. SCP-4051 estaba protegido por una forma inusual de camuflaje antimemético al que Wheeler (como casi 1 entre 145.000 personas en todo el mundo) era (y sigue siendo) inmune. Su intento de alertar a las autoridades sobre la presencia de la infestación fue interceptado por una estación de escucha de la Fundación. La agente Marion A. Hutchinson (100A-1-9331), entonces agente de campo con base en...

Otra página.

... resistente a los procedimientos convencionales de borrado de memoria. Hutchinson solicitó con éxito una exención, argumentando que aun con sus recuerdos intactos sería imposible para Wheeler compartir los detalles de SCP-4051. Posteriormente iniciaron una relación sentimental.

—Oh, posteriormente iniciaron una relación sentimental, ¿verdad? Cuéntame más, anodina esfera gris de biógrafa, estoy enganchada ahora.

La biografía carece de contenido más allá de este punto. La vida de Adam Wheeler de viajes, conciertos, conferencias y, ocasionalmente, dirigiendo, escribiendo y componiendo está documentada con exhaustivos detalles inútiles. Él resiste verificaciones de historial y vigilancia, y demuestra constantemente que representa cero riesgo de filtración. Con el tiempo recibe el extremadamente bajo nivel de autorización que normalmente se otorga a los socios externos de los Fundadores a largo plazo. Ambos se casaron. Ella adopta el nombre de él, que, al leerlo, ella considera vagamente irrealista. Bla bla.

No hay nada sobre la personalidad de él. Nada sobre la relación de ambos. No hay contenido.

Ella recuerda haber adquirido SCP-4051. No había nadie ahí. Ella no recuerda nada.

Hasta el final de la tercera ronda de interrogatorios, Adam Wheeler supone buena fe. Calcula que la repetición es un tic de diligencia debida, un requisito de procedimiento corporativo. Es sólo cuando empiezan de nuevo desde el: "¿Cómo te llamas?", con un nuevo entrevistador por cuarta vez que por fin lo entiende: él no les cae bien y a ellos no les importa cómo cree él que se llama. Intentan triturarlo hasta que no pueda pensar, hasta que sea sólo partículas de polvo que puedan examinar en busca de datos.

Él reacciona mal al percatarse de ello. Pregunta una y otra vez por su esposa, y ellos lo ignoran una y otra vez, y ella persiste en no aparecer, hasta que todo deviene una fría forma de tortura. Las preguntas no paran y a ellos nada los detiene: ni responder con la verdad ni responder con la

mentira ni salirse por la tangente. Ellos no paran hasta que él comienza a quedarse dormido en medio de sus propias frases.

Se despierta en una Unidad de Contención Humanoide estándar, un apartamento apilable de un dormitorio con ventanas holográficas falsas, paredes inexpugnables y amplias modificaciones discretas para la seguridad y el seguimiento de entidades anómalas. Éste está en el primer nivel del sótano, pero él no está seguro. La luz brillante que entra por la ventana principal de la sala de estar es lo bastante auténtica como para un bronceado.

Se despierta en el sofá, sobresaltado, sintiéndose agarrotado y deshidratado. Se da cuenta de que ha dormido con el traje y que el mismo está arrugado. Odia eso, esa sensación de no verse lo mejor posible, o al menos presentable. Eso lo carcomerá hasta que pueda encontrar, como mínimo, una navaja de afeitar y una muda de camisa.

Lo que lo despertó fue el pesado ruido metálico de la puerta al abrirse. Él alza la vista, frotándose los ojos. Es su esposa. —¡Marion! Dios mío. —Él se levanta de un salto y corre hacia ella. Ella lo detiene a unos pasos, con un gesto y una sonrisa fría. Y eso duele. Duele más que nada.

Así que sucedió de verdad: SCP-4987 ha arrancado a mordiscos la parte de Marion Wheeler que se preocupaba por él. Ella no estuvo ausente debido a algún brote de clase K no relacionado. Ella simplemente eligió estar en otra parte, indiferente.

Se modo que él no la abraza. Se mantiene a una distancia educada. —¿Cómo se siente? ¿Ha dormido? —dice ella.

—Estoy bien. Veo que ya tomaste café. ¿Has comido? Vamos, te prepararé algo. —La unidad tiene un área de cocina rudimentaria. Él comienza a explorar los armarios—. Debe de haber algo comestible por aquí. Al menos huevos y leche. Me avergüenza decir que me quedé dormido al instante cuando me pusieron aquí, así que no he tenido oportunidad de explorar. ¿O mantenéis el lugar vacío y metéis la comida por una ranura en la pared?

Marion comienza. —Sr. Wheeler...

Adam le lanza una mirada de decepción.

—Está bien —dice ella—. Adam. Por favor, ven y siéntate. Tienes razón, no hay nada en ninguno de esos armarios.

Él cierra el armario y se sienta frente a ella a la mesa de la cocina. — Huevos revueltos sobre tostadas de granero —sugiere él—. Con mucho ajo en los huevos. Eso es lo que necesitamos ambos ahora. Sobre todo tú, porque si no te preparo algo sustancioso terminarás bebiendo esos miserables batidos de pasta de papel de pared los siete días de la semana. Eso si no te saltas la comida por completo.

—Adam. Llevamos casados diecisiete años, ¿es eso correcto?

—Sí.

—Yo no te conozco.

—No pasa nada —dice Adam—. Dudo que eso vaya a ser un problema grave. Me has hablado muchas veces sobre tu propia gente, sobre los que se perdieron durante el trabajo y que tuvieron que recuperar sus propias personalidades por segunda vez. A ti te encanta ver eso. Es como ver mariposas emerger de las crisálidas. Los mejores de los tuyos puede revertir esa situación en diez semanas. Imagínate lo rápido que será para ti.

—No —responde Wheeler. Su tono es clínico y práctico—. Me temo que eso no es posible.

—¿El qué no es posible?

—No puedo empezar una nueva relación ahora mismo. Ciertamente no algo tan serio como un matrimonio. Tú tienes autorización nominal: ya sabes a lo que nos dedicamos. Tengo responsabilidades. No tengo... tiempo.

—Esto no es una nueva relación —dice Adam, inexpresivo—. Es preexistente.

—No —explica Wheeler—. Esa relación esta acabada ahora y nosotros estamos en otro lugar.

Adam la mira fijamente durante un largo momento, con los labios apretados y nada feliz. Él le pregunta —¿Qué recuerdas?

La pregunta es tan abierta que Wheeler no logra responder verbalmente. Ella extiende las manos ligeramente, el gesto dice: —¿Qué?

—No me recuerdas —dice Adam—. Está claro que SCP-4987 se comió también la parte de ti a la que no le gustaría olvidarme. Además de la parte de ti a la que le gustaba el desayuno-almuerzo. Preguntar ¿qué más has olvidado? sería una pregunta estúpida, así que en lugar de eso te pregunto: ¿qué queda? Quiero que me cuentes todo lo que puedas recordar.

—¿Todo lo que puedo recordar?

—Sí. Desde 1995 hasta ahora.

Esa sigue siendo una pregunta ridícula a primera vista, y el primer instinto de Wheeler es descartarla como tal, pero lo piensa de nuevo. Ella piensa, con la intención de intentar responder genuinamente la pregunta. Y encuentra lagunas. Hay una escasez de detalles. Es como si te pidieran que dijeras algo e inmediatamente olvidaras todas las palabras.

Ella dice: —Recuerdo... trabajar.

Y conducir a casa, luego dormir y volver al trabajo. Edificios grandes y hostiles. Regímenes farmacológicos, procedimientos de contención, interminables pilas de números opacos, ejercicios de acondicionamiento físico personal. Correr. Calcular. Nunca dejar de calcular. Ella recuerda, con injusta claridad, una gran variedad de sueños extremadamente malos.

Y aparte de eso, nada. Un enorme pozo negro, profundo y de bordes irregulares.

Adam dice: —No recuerdas nada bueno, ¿verdad? Nada bueno en absoluto. Cuando llegas a casa, las noches en que llegas a casa, estás listo para doblarte. Nunca ha sido un trabajo fácil, pero estos últimos años han sido los peores de su historia, porque estás llegando a la conclusión de algo gigantesco. Me has explicado cómo es que nunca puedes decirme,

realmente, qué es lo que haces, sin que el hecho de decírmelo me mate. Y yo... no podía soportar eso al principio, y aún odio tu trabajo y aún creo que es una monstruosa farsa, pero confié en ti en eso. Y dejé de preguntar. Pero sé por el temblor en tus manos y las cosas que no dices, y por la forma en que duermes, que hay algún tipo de guerra aquí atrás. Y que estás perdiendo gente por eso. Y que ya casi estás en el final. Y que vas a ganar.

—Así que te preparo huevos y toco el violín para ti, y entre nosotros logramos casi tres décimas partes de lo que yo consideraría normalidad. No porque no puedas hacer esto sin mí, podrías tomar todo el universo por ti misma si realmente fuera necesario, pero: con eso, no tienes que hacerlo.

—No sucedió instantáneamente. Pero sucedió bastante rápido. Al principio teníamos música en común, Bach y Mendelssohn. Teníamos en común el tabaco y un odio mutuo hacia Expediente X. Luego fue el café y el vino. Y luego, después de un tiempo, se convirtió en el senderismo, la observación de aves y de los meteoritos de las Perseidas. Nos gustan las películas de Bruce Lee. ¡Vemos Ley y orden y Jeopardy!, y leemos montones y montones de libros. No, para ser justos, soy principalmente yo quien se ocupa de los libros. Tú ya no tienes tiempo de sobra a largo plazo.

Él se pellizca el puente de la nariz durante un segundo. Dos personas cualesquiera pueden encontrar muchos puntos en común. Estar en el mismo lugar durante años no cuenta para nada. ¿Qué tienen ellos?

—Nos comunicamos —dice él—. Y mejor que nadie que yo haya visto. Podemos estar separados durante dos meses mientras yo estoy de gira o tú estás en el extranjero y retomar la conversación desde la palabra que dejamos. Estamos conectados. Estamos en el mismo espacio mental. Ya verás todo eso. Sucederá de nuevo, igual de rápido. Sólo tienes que darle una oportunidad.

Wheeler casi está ahí. Ella ve la forma de lo que Adam está describiendo. Es distante y poco clara, pero si se concentra quizás pueda enfocarla. Le preocupa, por razones nebulosas que no puede articular del todo, pero casi puede entender cómo podría haber espacio para ella. Cómo podría encajar en su vida tal como existe actualmente y aún tener sentido.

Pero Adam acaba de decir algo crucial. Ha dicho una palabra clave que significa que la sesión de asesoramiento matrimonial ha terminado y ésta es ahora un problema. Wheeler no puede ignorarlo. Se obliga a soltar el otro hilo y coger éste.

—¿Qué, guerra?

Y ahora Adam realmente no sabe lo que está pasando. —Dios bendito. La guerra, Marion. No sé de qué otra manera describirlo.

—¿Qué guerra? ¿Cuánta gente?

—No lo sé —dice Adam—. Hay nombres. Nombres que dejas de mencionar, y que luego ignoras cuando los menciono de nuevo. Supongo que hay razones. No sé los detalles. ¿Cómo iba a saberlos? ¿Por qué no los sabes tú?

Wheeler analiza rápidamente el razonamiento. Se computa la existencia de una guerra. Esto confirma sospechas existentes desde hace mucho tiempo. Podría haber estado sucediendo durante años sin que ella se diera cuenta. Para ella tiene sentido poder estar luchando contra ello, incluso ganando, y no saberlo; gestionar sus propios recuerdos o perderlos en escaramuzas. Ciertamente esta no será la primera vez que lo descubre. Tiene sentido que Adam, naturalmente dotado con el equivalente mental de una gruesa capa de grasa, pudiera estar al borde del conflicto y apenas ser capaz de percibirlo. Y la División tiene tan poco personal...

La gente está desapareciendo en torno a ella.

—¿Y si...? —comienza ella, y se detiene en seco en medio del pensamiento, como si el pensamiento mismo le hubiera sido robado.

—¿Y si volvemos a estar juntos y...? —recomienza, y esta vez el duro instinto la agarra por el abdomen y la retira a rastras para que no tenga un pensamiento que, sabe ella, la mataría. Ella es Wile E. Coyote, ya ha corrido por el borde de un precipicio hacia el aire vacío, y pensar eso sería como mirar hacia abajo.

Siente a SCP-4987 moviéndose a su alrededor, vinculado a ella de manera abstracta, con una mota de brillo parpadeante en su ojo. —Algo va mal.

Adam se rasca el ojo. —¿Ves eso?

—¿Cómo puedes tú ver eso?

—Tengo inmunidad leve a la influencia antimemética —dice Adam. Sabe que eso está en su expediente y sabe que Wheeler ha leído el expediente, pero al parecer es necesario repetirlo—. Puedo darme cuenta cuando algo está estropeando mis recuerdos. Puedo resistirlo. Hasta cierto punto. Bueno, Marion, esperaba tener una conversación relajada, tomando un café, y abordar este tema de manera orgánica, pero tendré que saltar hacia el final: tengo la impresión de que SCP-4987 está intentando matarme.

—No —dice Wheeler—. Ese no es su modelo de comportamiento. Él no se sustenta de esa manera, comiéndose a la gente. Devora recuerdos. Y nunca ha hecho esto. Ni a ti ni a mí ni a nadie. No desde los primeros días. Es manso. Hace exactamente lo que le digo que haga. Aun cuando espero y me aburro y dejo que devore mi memoria a corto plazo, él se sienta y espera a que le digan lo que comer.

—Entonces, ¿qué es lo que nos está haciendo? —Adam se está poniendo nervioso y no se suelta el ojo. Se levanta y retrocede—. Me gustaría que pudiéramos resolver esto rápidamente. No tenemos un modo de acabar con SCP-4987.

Un sonido en la mente de Wheeler, pero no en su oído, como un coro distante de perros aullando. Ella también se levanta y sigue a Adam hasta el centro de la unidad de contención.

Ella dice: —Está intentando protegerte.

—Yo... ¿Cómo me protege borrar el recuerdo que tenías de mí?

—No puedo explicarlo —dice Wheeler—. Y no puedo explicar por qué no puedo explicarlo. No me conozco del todo. Hay un ██████████ ██████████.

—¿Un qué?

—No puedes estar aquí —dice ella—. No puedes estar en mi vida. Tienes que irte o vas a morir.

—No te dejaré —dice Adam—. Cristo, por eso lo hicimos al final. Me refiero a casarnos. Eso resultó meridianamente obvio para ambos, desde muy pronto, que ambos éramos para siempre. Pero yo quería que constara en el registro público. Me presenté ante todos los que respeto y les juré que te protegería. ¡Para siempre!

SCP-4987 está agitado. Wheeler lo siente revolotear por la sala, incoherente, tratando de decirle a ella lo que necesita.

Ella dice, con repentina claridad actínica: —Yo debo de haber hecho idéntica promesa.

Adam se dobla, cegado de ambos ojos ahora. Cerrar los ojos no sirve, taparlos no sirve. La luz blanca dorada le parpadea y se vuelve violeta. Él entra en pánico. —Ayuda. Ayúdame. No puedo ver. —Extiende un brazo, vacilante, en busca de la mano de Wheeler. Ella le deja tomarla y acercarla. La luz no se apaga. Él se aferra a Wheeler por unos momentos y ella se aferra a él hasta que él se da cuenta de que SCP-4987 está completamente bajo el control de ella, y que todo esto es intencional.

—¿Vas a hacer esto? —dice Adam—. ¿Es éste el mandato de la Fundación? ¿A esto equivale vuestra definición de "proteger"? No tienes idea de lo que estás a punto de hacerte a ti misma. Ni siquiera me conoces.

—Creo que lo sé —responde ella.

—Lamentarás esto el resto de tu vida. Todos los días, te despertarás con una sensación de frío enfermizo en el estómago donde solía haber una vida real. Y te preguntarás por qué.

—Voy a ganar esta guerra —le dice Wheeler—. Venceré al universo. Y luego vendré y descubriré por qué.

Adam se aferra a ella durante otro largo largo momento. Él también puede oír los aullidos ahora, y apenas puede percibir por qué es, muy lejos detrás de la colina, que SCP-4987 está frenético. Ese punto distante, ese fugaz vistazo de segunda mano a esa forma, a lo lejos, basta para aterrorizarlo.

Él tiene fe. Sabe lo rápido que Marion puede volver a armar las piezas del rompecabezas, trabajar contra un universo que no tiene sentido para ella, aislar la verdad. Él sabe que ella puede tomar el universo. Pero un agudo recelo le golpea en el estómago y él no puede evitar decir: —¿Y si pierdes?

Ella lo besa. Es el beso de una extraña, no hay nada ahí que Adam reconozca. Él se separa, inquieto. Es un susurro ahora: —¿Y si pierdes?

Wheeler sale de la unidad de contención. Da un portazo y bloquea la puerta con un solo movimiento. El pesado crujido metálico hace temblar todo el edificio.

Hay gente fuera. Gauss, Julie Still y algunos otros, comparando notas. Parecen consternados.

—Rellenad su historial —les dice ella—. Él nunca estuvo casado. Reubicarlo donde yo nunca pueda encontrarlo, incinerar todas las pruebas, luego presentaos ante mí para el borrado quirúrgico de memoria. Yo misma me borraré la última.

Gauss parece tener alguna objeción. Ella lo mira fijamente.

—Mi marido está muerto —dice ella.

10. Infierno Fresco

En la última sala hay otro conglomerado de dedos cortados cubriendo el interior de la habitación como las entrañas de un elefante explotado. Partes de la extensión se están abriendo camino, como moho, hacia un armario médico y el resto está extendido sobre una forma fetal en una camilla médica. La masa reacciona bruscamente a la nueva luz cuando Wheeler abre la puerta, levantándose e inclinando partes de sí misma hacia él. Wheeler se tambalea hacia atrás y cierra la puerta justo a tiempo; se oye un golpe fuerte y carnoso cuando la masa golpea la puerta desde el otro lado. La puerta aguanta.

Wheeler tropieza con su propio pie y se desploma contra la pared del fondo. La forma en la camilla era la de un humano enroscado. No un cadáver, sino un ser humano vivo con un ojo muy abierto y cuyo cuerpo entero estaba siendo consumido lentamente y procesado en más dedos. Estaban saliendo de su garganta. Wheeler no ha visto esto. Cree haberlo visto, pero sabe que no pudo haberlo hecho.

Y eso es todo. Wheeler se lanza por el pasillo. Todas las demás puertas que ha probado están bloqueadas o cerradas con llave. El lugar está bajo tierra, por lo que no hay ventanas. No hay ventilación navegable.

Se oyen otros dos disparos de armas de fuego al final del pasillo, ensordecedores en el espacio cerrado y resonando durante muchos segundos. Hutchinson dobla la esquina corriendo, arma en mano, y lo alcanza rápidamente. —¿Encontró una salida? —pregunta, inútilmente. Puede leer la expresión de Wheeler. No ha encontrado nada bueno.

—Este lugar está infestado —dice Wheeler—. Cada sala, todas las escaleras... Esto es absurdo.

Al final del corredor, la masa principal dobla la esquina. Desde esta distancia, parece una pila ambulante de ocho toneladas de puré de patatas mohoso y gusanos gordos que se mueven. Hay dedos de los pies y de las manos, dientes pequeños y trozos de hueso. Tiene veinte agujeros de bala y

de todos ellos fluye sangre, pero si tiene órganos vitales deben estar en otra parte del edificio porque ninguna de las heridas lo ha ralentizado ni alterado su lento y metódico comportamiento de búsqueda. Huele poderosa y creativamente repugnante, como desechos médicos concentrados.

Se abalanza en fases intermitentes, cubriendo las paredes y el suelo con un líquido escarlata a medida que se mueve. Estará sobre ambos en medio minuto, aplastándolos contra el final del corredor y luego arrastrándolos hacia la porquería que rehacer.

—Creo que estamos a acabados —gime Wheeler con voz temblorosa—. Gracias por intentarlo.

Hutchinson, por su parte, se queda ahí parada, con el arma baja, viendo venir la cosa que se mueve lentamente, como una apisonadora. Llena el pasillo casi hasta el techo.

A ella le quedan dos balas y está considerando dónde gastarlas. Disparar a la masa en sí es como disparar al pudín. Mataría por una granada. Incluso un hacha de incendios sería algo. Quizá no pudiera detener la cosa, pero al menos podría darse a conocer con un hacha de incendios. Podría causar algo de arrepentimiento.

—Supongo que hay destinos peores —sigue Wheeler, sin poder dejar de hablar— que ser digitizado por esa cosa, aunque no muchos.

Hutchinson mira en dirección a Wheeler, al parecer prestándole atención directa por primera vez desde que se han encontrado hace sesenta minutos. Ella dice: —El armario elevador.

—¿Qué?

Ella empuja a Wheeler a un lado. Hay una pared pintada de blanco detrás de él. Tiene un candado y una larga costura vertical. Dedicar un momento a elegir la parte correcta de la cerradura donde disparar y dispara. Detrás del alto y ancho panel que se abre hay un espacio poco profundo, polvoriento y con bordes metálicos, como el hueco de un ascensor sin ascensor, que

permite que tuberías y cables sucios pasen verticalmente entre los pisos. Ella mira hacia arriba. Hay suficiente espacio para una persona.

—¿Puede escalar? —le pregunta ella a Wheeler. Sin esperar respuesta, se quita la chaqueta del traje, se coloca una linterna entre los dientes y se arrastra hacia la oscuridad. Después de un breve momento de esfuerzo, se oye otro disparo. La otra puerta del armario vertical.

—No —se las arregla a decir Wheeler finalmente—. ¡No, no puedo escalar!
—La masa casi está encima de él. Él está paralizado por ese movimiento, por ese comportamiento de agarre tan familiar.

—Me lo imaginé —exclama Hutchinson. Una mano desciende, una humana con el número convencional de dedos—. Aquí arriba está despejado. Vamos, estoy agarrada. Cuidado con este borde de aquí, es de metal. ¡Vamos!

Wheeler mantiene su propia chaqueta puesta y abotonada; es la única parte de la situación sobre la que todavía tiene un control firme. Tiene que saltar para agarrar la mano de Hutchinson y, justo cuando salta, la masa principal se abalanza hacia él, cruzando los últimos metros a toda prisa y agarrándolo por un pie.

Él ve su propia muerte.

La mano sudorosa comienza de inmediato a resbalar fuera de la mano de Hutchinson. Ella lo sujeta por el otro brazo y lo levanta quince o treinta centímetros con un gruñido enojado, luego le suelta la mano una fracción de segundo y se agacha como un rayo para agarrarlo por la muñeca con más firmeza. Ella no deja de tirar. La masa se cierra alrededor del pie de Wheeler como agresivas arenas movedizas proactivas. Él grita y pateo a la masa con el otro pie hasta que por fin se suelta el zapato. La masa retrocede un segundo, tomándose un momento crucial para notar que su premio no es carne viva, pero en ese momento Hutchinson ha levantado a Wheeler otro medio metro y Wheeler ha comenzado a impulsarse con los pies hacia arriba por la tubería. La masa se lanza de nuevo, pero se queda corta y parece demasiado poco inteligente para subir tras ellos. Chapotea, sondea su entorno, perpleja por el zapato.

Hutchinson arrastra a Wheeler por el borde hacia el siguiente pasillo. Él se raspa mucho las costillas, pero llega gateando y con los ojos llorosos. No ha muerto. Aún puede verse a sí mismo muriendo. Permanece a cuatro patas durante un tiempo considerable, procesando lo que acaba de suceder.

—¡Joder!

Hutchinson ya está de pie y parece que ni siquiera se ha esforzado significativamente. —Tenemos que llegar al techo. Quizá pueda recibir una señal desde allí.

—¿Vas muy a menudo al gimnasio? —jadea Wheeler, recostado—. ¿Entrenas para un infierno fresco como este?

—Sí.

—Genial —dice Wheeler— porque yo toco el violín. No es tan exigente físicamente. Tal y como van las carreras, quiero decir. Cuando dijiste ser inspectora de salud del condado, estabas mintiendo, ¿verdad?

Hutchinson ignora la pregunta, un hábito que tiene, y espera impasible a que el hombre se calme.

—Esto es asesino —declara Wheeler—. Esto es daño cerebral. —Se le eriza la piel y visiones grotescas le inundan el cerebro. Por fin recupera el aliento y se pone en pie. Su postura está torcida, así que se quita el otro zapato y lo arroja hacia abajo por el elevador para lograr simetría.

—Tenemos que llegar a la azotea —repite Hutchinson.

Wheeler parpadea un largo parpadeo y se concentra en algo al otro lado de la esquina, algo en la pared que Hutchinson no puede ver desde donde ella está. —Sí. Un segundo. —Se acerca a eso (es un panel rojo) y tira de algo hacia abajo—. Toma, no estabas teniendo suerte con el arma. Prueba esto.

Es un hacha de incendios.

Él ha pisado un clavo oxidado tras el escenario después del espectáculo y ha acudido a la sala de emergencias para que le apliquen una inyección antitetánica. Mientras esperaba, poco a poco se ha dado cuenta de que más de la mitad de las personas que esperaban con él tenían dedos parcial o totalmente amputados. Accidentes con sierras de cinta; manos atrapadas en las puertas de los coches; manos atrapadas en las bisagras de las puertas; manos aplastadas por maquinaria; cada uno de ellos sin relación. Ha habido una epidemia de lesiones físicas, lo cual debería haber sido imposible, y cuando ha intentado comentarlo con el personal médico, parecían no entender lo que él les estaba diciendo.

Y luego ha visto escapar uno de los dedos. Lo ha seguido mientras se alejaba por un largo pasillo hasta un rincón lejano del hospital, hasta una puerta entreabierta que nadie en el hospital parecía ser capaz de percibir excepto él, y hacia un edificio diferente donde no había nadie, sólo cientos y cientos de dedos retorciéndose, explorando, reproduciéndose y alargándose lentamente.

Ha cerrado la puerta de golpe e intentado, sin éxito, que alguien, cualquiera, personal o paciente, viera lo que él estaba viendo. Ha encontrado un teléfono público, ha llamado a los servicios de emergencia y ha pedido algo fuera del menú, ha solicitado control de plagas de emergencia a escala industrial o contención de peligros o apoyo psíquico o algo así.

Y ha habido una larga pausa, y él ha sido conectado con lo que era o bien un humano muy mesurado y desapasionado, o un operador robot impresionantemente articulado, que le ha dicho que esperara junto al teléfono, que un socio estaría con él en breve. Marion Hutchinson ha llegado en persona poco menos de quince minutos después.

Él le ha mostrado la puerta. Ambos han entrado unos pasos, Hutchinson se ha agachado y ha apuntado con una especie de linterna/escáner a los gusanos de los dedos. Detrás de ellos, algo se ha acercado y ha empujado suavemente la puerta para cerrarla con un clic. Ambos se han dado vuelta, han visto lo que era y han empezado corriendo.

Hutchinson se abre camino a través del último tramo de la escalera obstruida. Están casi en la azotea. Esta parte de la infestación distribuida no parece ser móvil, aunque es extrañamente avariciosa.

Wheeler está a tres pasos de ella, en parte para evitar el balanceo del hacha, pero sobre todo para no tener que mirar. Es una carnicería y es espantoso, y Hutchinson apenas parece perturbada por ello; ella corta metódicamente hasta que hay cascadas de sangre bajando por las escaleras y empapando zapatos y calcetines, y ella lo hace como quien poda un seto.

Wanch. Cranch.

Wheeler está temblando y empieza a derrumbarse. Si no se queda quieto en mitad de la escalera, los dedos restantes le tiran del pelo y de las mangas. Dentro de unos minutos puede que por fin se dé cuenta de que esto está sucediendo de verdad. —Esto es una locura, esto es de chiflados —se dice una y otra vez.

—¿Cuál fue esa palabra que dijiste allí atrás? —pregunta Hutchinson de repente.

—¿Mmm?

Wunch. —No desconectes. Cuando la masa estaba llegando por el pasillo. ¿Dijiste digitizado?

—...Um. —Wheeler parece cambiar de marcha y despertar—. Sí. Uh, pero, en el antiguo sentido de la palabra—

—Dígito significa dedo, por lo que digitizado significa convertido en dedos. Acabo de entenderlo —Ella está sonriendo, él lo nota por el sonido de las palabras. Clunc—. Genial.

—¿Genial?

—¿Qué tipo de música de violín?

—Oh. ¿Qué tipo te gustaría? El concierto de esta noche... de anoche... Cristo, el concierto de ayer fue el Concierto para violín n.º 1 de Prokofiev.

Y algunas otras piezas, por supuesto, pero para mí ese fue el plato principal. Ahí fue donde hincé los dientes.

Hutchinson deja de dar hachazos y se da vuelta. De hecho, ella lo mira a los ojos. —Esa pieza es una pesadilla.

—Es un desafío —admite Wheeler alegremente.

—No, quiero decir que es caótica. No hay quien escuche eso.

—Puedo tocar lo que quieras —afirma Wheeler.

Hutchinson parece dedicar un momento a considerar esta posibilidad. —Bach. ¿Puedes tocar algo de Bach?

—Sólo llévame hasta un violín.

Hutchinson lo piensa otro momento. Sonríe, asiente y vuelve a dar hachazos.

Y llegan a la azotea, y la radio de Hutchinson funciona por fin, y ella llama a todo el mundo. Habla con rápidas palabras clave que Wheeler no puede seguir, aunque puede distinguir su propio nombre y "materiales peligrosos" y una palabra repetida que suena él como la marca de una cinta de casete: "Meméticos".

Ya casi amanece. Esta ala del hospital es unos pisos más corta que su cuerpo principal, por lo que filas de salas bien iluminadas otean sobre la azotea, mientras que la azotea otea hacia dos extensos aparcamientos y hacia la vegetación más allá, y las carreteras y hacia un rojo tenue y apagado donde el sol está por salir. Hutchinson nota rápidamente que no hay salida de incendios desde aquí. La salida de incendios prevista desde la azotea es la escalera por la que acaban de subir, por lo que tendrán que esperar un helicóptero. O, lo más probable y lo menos romántico, una larga escalera telescópica.

—Los refuerzos están en camino —concluye Hutchinson—. Tienen que venir desde la siguiente ciudad, así que podrían tardar unas horas. Tendrán equipo de descontaminación, antibióticos, mantas, tediosos formularios informativos, nombra uno. Pero lo más importante: café.

Wheeler emite un sonido inarticulado, el sonido de alguien a quien le vendría bien un café y después un trago. —Dios, hoy tengo otro concierto. —dice él. Se sienta en el grueso muro perimetral, se frota los ojos, se masajea los pies doloridos y comienza a apagarse.

—Llegarás a tiempo —dice Hutchinson—. La parte desagradable ya ha pasado. Lo hiciste bien para ser un civil. He visto cosas mucho peores.

—¿Peor que esto?

Hutchinson no dice nada.

—Lo siento. —Wheeler vuelve a abrir los ojos. Señala el caos del que acaban de escapar, la puerta cortafuegos y todo a lo que ésta conduce. Todo sigue ahí abajo—. ¿Has visto cosas peores que esto?

Hutchinson, una vez más, no dice nada.

—¿Qué es esto? ¿Qué pasó aquí?

Al principio, Hutchinson tampoco responde a esto. Ella se aleja por el tejado y se pasa un minuto entero mirando el sol que se avecina.

Y luego, sorprendiendo a Wheeler y sorprendiéndose un poco incluso a ella misma, regresa hacia él y le dice:

—SCP-4051, que es el número que acabamos de asignar a esta infestación, tiene una propiedad intrínseca que hace que sea casi imposible que los organismos inteligentes la perciban. Es una forma de camuflaje. No es invisible, es un efecto de bloqueo mental. La información al respecto no llega a ninguna parte, se suprime. La gente pasa por este edificio todos los días de la semana. No ven lo que bloquea las ventanas. Pasan por esa puerta y no notan que está abierta. Esa cosa podría haber estado aquí desde hace

décadas. Los investigadores acabarán conociendo la historia completa tarde o temprano.

Wheeler encuentra en esta explicación algo que comprende a medias. —Entonces... ¿*fnords* vivientes?

Y esto en realidad frena a Hutchinson durante un segundo. Ella entiende esa referencia. Ha leído esos libros cuando era más joven, hace años, antes de incorporarse a la Fundación. Pero nunca ha establecido la conexión entre los *fnords* y el trabajo que ella realiza. Desde que trabaja allí ni siquiera ha pensado en ello. La ironía es tan intensa que quema.

—Sí —dice ella.

—Excepto que tú puedes verlos —dice Wheeler.

—Tengo entrenamiento especializado —dice Hutchinson, negándose a mencionar su régimen farmacológico.

—Y yo. Yo también puedo verlos.

—Al parecer tienes una inmunidad leve natural a los fenómenos que nublan la memoria —explica Hutchinson—. Eso es raro, pero sucede. En un hospital tan concurrido, alguien como tú tenía que llegar tarde o temprano a este lugar —Y escapar con vida, añade ella en privado—. Pero el asunto es que... esta infestación, SCP-4051, es un copo de nieve. No me refiero a que sea especial y único. Me refiero a que es parte de una tormenta de nieve.

—Trabajo para una institución de investigación científica independiente y especializada en la contención de fenómenos anómalos peligrosos. Tenemos mandato internacional y recursos formidables y... responsabilidades inimaginables. Nosotros... observamos la tormenta de nieve. Y vigilamos el fuego. Nos llamamos la Fundación.

Toda la atención de Wheeler está ahora sobre ella. Se siente tenso y expuesto aquí, vulnerable a fuerzas naturales extraordinarias de las que, por derecho, debería estar huyendo. Pero también está fascinado. Hutchinson

tiene una actitud levemente etérea. Es como si ella no estuviera en el mismo planeta que todos los demás.

—Así que no eres del FBI —dice él—. Tampoco, quiero decir. Esa fue mi otra suposición.

Hutchinson arruga la nariz. —Odio esa serie.

—No creo haber mencionado ninguna serie —dice Wheeler con picardía.

—Lo hacen todo mal. —dice Hutchinson. Han metido el dedo en la llaga. Ella se pone furiosa—. No tienen suficiente gente; no confían unos en los otros. No dedican suficiente tiempo al papeleo. El papeleo salva vidas. Pero sobretodo odio el "¿lo harán o no lo harán?". Durante ¿cuánto, cinco años? Es forzado, es una farsa —Ella mira a Wheeler—. No requiere tanto tiempo saberlo. Lo harás o no lo harás. Y luego lo haces.

Wheeler lee su expresión con atención. —¿Lo haces tú?

—Sí —dice Hutchinson, sonriendo de nuevo. —Sí, creo que sí.

Poco a poco se hace evidente un ruido sordo, lejano y rápido. Hutchinson ve primero la fuente del sonido y señala. —Aquí llegan los refuerzos. Y parece que, después de todo, calificamos para un helicóptero.

11. Ojai

El agente de la Fundación, George Barsin, es monolítico: casi dos metros de altura y hombros rectangulares, como una caricatura de Bruce Timm. Es calvo, barbudo y de inmaculadamente presencia. Su traje está hecho a medida; hay pocos que le encajen en el estante.

Llega a Casa Verde a primera hora tras el alba, a las seis. La dirección está aislada, uno o dos acre de matorrales en mal estado junto a un ramal de la carretera principal al norte de Ojai.

Barsin forma parte de la División de Expresiones Religiosas Anómalas de la Fundación. Se encargan de cultos.

Verde no es el nombre del culto al que Barsin está aquí para confrontar, sino un nombre en clave. Barsin no sabe el nombre real. En la sesión informativa de anoche, se explicó que existen razones legítimas de seguridad para usar nombres en clave en lugar de nombres verdaderos, pero esas razones no fueron explicadas. Barsin, que no es tonto, entendió que esto significaba que existe cierto riesgo cognitivo en torno a los nombres verdaderos. O un fenómeno que nubla la memoria y hace imposible registrarlos. O (y ha tratado con el personal de investigación de la Fundación durante demasiados años como para no considerar esto) alguien simplemente olvidó registrar los nombres reales y está tratando de encubrirse.

Si hay un número de SCP, a él no se lo han dicho.

La casa es una fea extensión blanca. Una planta, construcción de madera, no hay dos ventanas iguales en diseño... decadente. Hay pilas de chatarra, madera, componentes oxidados de vehículos, bidones de sucia agua verde. Los sauces y los sicomoros están invadiendo dos lados y medio, esparciendo hojas, semillas y diversos desechos biológicos por todo el techo, obstruyendo las canaletas. A través de las ventanas sólo se ven cortinas y persianas cerradas. La puerta de entrada está entreabierta.

Barsin entra con cautela. La entrada se abre casi directamente a un gran salón/comedor/cocina. La sala está a oscuras, la luz se filtra principalmente desde la puerta de entrada (Barsin la deja abierta) y se abre paso por los bordes de las cortinas de las ventanas. El lugar está sucio y huele a moho. El aire quieto es como un horno y todo está extremadamente silencioso, excepto por el sonido débil y animado de alguien hablando, al final del pasillo, con palabras no del todo claras.

—... avispas y, sí, va a estar afilado por dentro. Cuando te obliguen a moverte, eso es *tloi kwrlu dlth* te hará sangrar.

Barsin recorre el pasillo y pasa junto a una decoración de pared que antaño fue un espejo, pero que ahora ha sido completamente pintada de negro.

Después de una breve búsqueda, durante la cual comprueba que el resto de la casa está vacía, llega a la última habitación. Esta puerta está cerrada, pero el foco del parloteo viene de dentro:

—... en casa, es superfácil. Voy a darte algo. Un proyecto fácil de dos partes que puedes llevarte, y no olvides *alth amnth* abajo. Primera parte: encuentra a alguien más débil que tú.

Barsin llama, con fuerza, dos veces.

El murmullo cesa. No se escucha nada más. Barsin abre la puerta.

La habitación está a oscuras y la ventana está bloqueada por una gruesa cortina. Hay un escritorio de computadora en la esquina opuesta a la puerta, tan desordenado como puede estarlo un escritorio de manera realista, lleno de hardware parcialmente desmontado, memorias USB, envoltorios de chocolate, trozos de papel, bolígrafos. Hay un ratón para juegos, incapaz de moverse por la basura. Hay una cámara de vídeo de buena calidad, un monitor, cables de vídeo encima del monitor, polvo.

Hay una silla giratoria barata y esquelética frente al monitor y un joven de unos veinte años encorvado incómodamente en la silla. Es delgado, con la piel pálida y descolorida, lo que Barsin cree que podría deberse a la desnutrición. Tiene lo que en un momento fue un corte de pelo elegante y

moderno, pero ahora está desaliñado y, cuando se da vuelta, Barsin ve que tiene ojeras bajo los ojos. Parece como si no hubiera dormido en un año. El tipo apesta. El cuarto está lleno de ese olor, casi tan denso que puede verlo.

De la misma manera que el anómalo fenómeno viral/religioso; el culto, que se reúne alrededor y por encima de este joven como una nube de yunque, se llama Verde, él mismo se llama Rojo.

—Buenos días —dice Barsin—. Vimos tus transmisiones.

El joven se baja los auriculares. —¿Coño eres tú?

—Mi nombre es George Barsin. Soy parte de una organización que... ah...

Rojo salta de su silla como un galgo rabioso saliendo de una jaula. Llega con el puño primero, perdiendo los auriculares. Barsin cambia el peso ligeramente hacia la izquierda, alejándose del golpe. Agarra el brazo de Rojo y lo tira hacia adelante, violentamente, desviando el impulso del ataque y golpeando los dientes del joven en el marco de la puerta. Rojo retrocede y se agacha. Encuentra su equilibrio rápidamente. Se le está formando espuma en las comisuras de la boca, mezclándose con la sangre. Rebuscando entre los escombros del suelo, pone su mano sobre un soldador.

Cuando Rojo vuelve a avanzar, Barsin pierde una fracción de segundo crítica tratando de rastrear el cable del soldador, para determinar si está enchufado y caliente o no. No lo está, pero es suficiente distracción para que Rojo llegue allí, clavando el hierro en el estómago de Barsin con ambas manos. Un chisporroteo electrónico y una chispa de luz naranja. El hierro perfora la camisa de Barsin, pero resbala por fuera del abdomen, haciendo un largo rasgón en la tela. Hay piel desnuda debajo. Su escudo es invisible, en parte mítico, y le protege la cabeza, aparentemente expuesta, tan bien como el resto del cuerpo.

Barsin hace una llave a Rojo en la cabeza. Se envían algunas patadas al azar, menos bien coreografiadas. Rojo tiene la energía de un demonio, pero Barsin, para ser franco, llegó preparado. En unos pocos movimientos más, Rojo queda desarmado, aturdido, tumbado de espaldas y sin servir para nada.

Barsin hace balance. El número de peleas genuinas de lucha por su vida en las que ha estado todavía es de un solo dígito. Ésta se ubica casi en el medio. Quince segundos de actividad. Ambos cometieron errores. Una experiencia de aprendizaje.

—Pues prescindiré de las presentaciones —le dice a Rojo—. El vector de transmisión en vivo fue novedoso. No habíamos visto eso antes. Muy eficaz en comparación con el modelo genérico de libro de autoayuda y compuesto amurallado. Obtienes un punto sobre diez por originalidad. Pero lo predijimos hace décadas y teníamos los procedimientos de contención preparados para operar. Tenemos gente en los servicios de transmisión. Mientras hablo, te estamos bloqueando el acceso a la cuenta. Estamos utilizando tus propios canales para distribuir códigos de vacunación.

Barsin intenta arreglarse la camisa. No va a funcionar. No importa.

—Pero tú eres la fuente —dice—. Un simple código de vacunación rebotaría sin más. Se requiere intervención física. —Busca dentro de su chaqueta, donde tiene un arma perfectamente utilizable, que decidió dejar donde está para esta confrontación, y saca un dispositivo no muy diferente de la mira de un oftalmólogo. Se arrodilla, levanta el párpado derecho de Rojo y apunta con la mira, proyectando un punto de luz blanca brillante que baña todo el ojo y hace que se abra. Casi toda la musculatura de Rojo también se bloquea, inmovilizándolo efectivamente contra el suelo. Rojo aprieta los dientes.

Barsin le dice a Rojo: —Este hombre es inocente. Nadie puede merecer lo que le has hecho. Libéralo y deja esta realidad para siempre.

Con los dientes apretados, Rojo dice: —¿Quién? ¿Coño? ¿Eres?

—Está bien. —Barsin pulsa otro botón, cambiando el patrón de luz proyectada de un disco blanco puro a un complejo diseño de estrella en espiral en rojo y azul. Se oye un crujido, como si se separaran costillas. Y el joven grita. No suena a Rojo. Es un grito de todo el cuerpo, angustiado y desesperado, y tan fuerte como es físicamente posible. Sale de su vientre y continúa, a toda velocidad, hasta que se queda sin aliento y jadea y lo hace

de nuevo, arqueando la espalda y arañando el suelo. Después de la segunda respiración completa, se enfría hasta convertirse en un sollozo.

—Jesucristo, no me envíes de regreso. Por favor.

—No lo haré. Tranquilo.

—No me envíes de regreso. No puedo ver. ¿Quién está ahí?

—Tranquilo. Recuperarás la vista. Mi nombre es George. ¿Y el tuyo?

—Hay un pozo —dice el joven ahogándose—, y siempre empeora. No se detiene. No hay fondo. —Balbucea incoherentemente un momento y luego se calla. Sus ojos bailan, a ciegas.

—Estás en un lugar muy malo ahora mismo —dice Barsin.

El joven concuerda con vehemencia.

—Algo ha salido mal —explica Barsin—. Y esa cosa, esa cosa horrible que salió mal, te encontró, te secuestró y te reemplazó. Está aquí ahora, usando tu piel como una marioneta, paseándote y haciéndote hablar. Replicándose. Esa pesadilla que estás teniendo la están teniendo cien mil personas en este momento. Esa es la mala noticia. La buena noticia es que te atrapamos. Y que todavía puedo verte ahí dentro. Y hay muchas posibilidades de que podamos sacarte.

—¿Muchas posibilidades? —El joven respira dos veces—. Si no puedes... —comienza con urgencia.

—Concéntrate en la espiral roja y azul —dice Barsin. Todavía tiene la mira apuntando al ojo del joven.

—¿Qué? No puedo ver nada.

—Eso es porque ya no estás conectado directamente a este nervio óptico. Pero tu mente está encerrada dentro de algo que sí lo está. No puedes ver la espiral, pero sabes cómo es. Puedes sentir su forma, como un patrón de calor en el dorso de la mano —La voz de Barsin se vuelve más lenta,

adquiriendo un ritmo hipnótico—. La idea de la espiral va entrando. Se está extendiendo y floreciendo. Está ocupando más espacio. Cuanto más piensas en la espiral, más te percatas de que no puedes pensar en nada más que en la espiral.

El joven parece no tener nada que decir al respecto. Su respiración se estabiliza.

—Tus pensamientos se ralentizan —continúa Barsin—. Las espirales te llenan, recursivamente, como cristales de hielo, hasta que no puedes moverte. Tu cerebro sabe que está siendo envenenado. Aunque estés ciego, sientes una necesidad refleja de mirar hacia otro lado o bloquear lo que estás viendo. Una exposición suficientemente prolongada es fatal.

Hay una larga y pesada pausa durante la cual Barsin no hace más que iluminar con una luz venenosa el ojo del joven, mientras estudia él mismo ese ojo brillantemente iluminado, siguiendo el progreso de la respuesta ocular, esperando una señal en particular. No es algo claro; hay una pequeña cantidad de conjeturas. Él espera hasta estar seguro. Por fin, suelta el botón del visor, apagándolo.

El joven está ahora está completamente inerte.

Barsin se levanta, con crujidos en las rodillas. Se relaja, suspira. Sus hombros se relajan un poco. Guarda el visor.

—Puedes pensar en esto como quimioterapia memética —dice. Se lo dice a sí mismo, sobre todo, para llenar el aire muerto. El joven ahora sólo puede oír una pelusa rosada—. El símbolo de la espiral es un cognitopóxico elemental. Una exposición prolongada es fatal. Pero una exposición apenas no mortal es recuperable. Te recuperarás de este veneno y Rojo no podrá. Tú sobrevivirás y Rojo morirá. Porque tú, amigo mío, eres un ser humano inteligente y creativo, y Rojo es...

Reflexiona sobre su sesión informativa y sobre lo que sabe sobre el fenómeno Verde y las cien mil personas que sufren y desvarian en el

interior del mismo en este momento. Están en todas partes del mundo. Él ha visto algunas fotografías de lo que ocurre en las casas ocupadas por los atroces mensajes de Rojo. Ha escuchado una cantidad estrictamente limitada de audio altamente redactado.

Las personas desapasionadas toman mejores decisiones en el campo, esa es la regla que siempre le enseñaron. Pero permanecer desapasionado es más difícil algunos días que otros.

—... un pedazo de mierda.

Barsin se pasea por la habitación durante un rato, observando con atención parte del hardware de la computadora. Allí no hay nada destacable, aunque encuentra un soporte para el soldador. También hay una estrecha cama plegable en la habitación, con un saco de dormir desaliñado. Recoge el saco de dormir y carga al joven sobre la cama plegable, en posición de recuperación. Abre la cortina. Es un día desagradablemente soleado y el sol apunta directamente a esa ventana.

Por último, Barsin coge la silla giratoria y se sienta en ella al otro lado de la habitación, desde donde puede vigilar a su paciente. Saca del bolsillo el teléfono reglamentario de la Fundación, junto con un par de auriculares baratos horriblemente enredados, que comienza a desenredar.

Se relaja en su monólogo. Tampoco es que alguien estuviera escuchando.

—La verdad es que no necesitaba venir aquí. Hay más de una forma de intervenir físicamente cuando aparece algo como Verde. ¿Sabes cuál era el plan original cuando supimos de ti? Cañón láser orbital hasta la parte superior de la cabeza. Podemos hacerlo, amigo. De vez en cuando. Tu casa sería un círculo de madera quemada con un malvavisco chamuscado en el medio. Esa es nuestra última metodología para abordar anomalías meméticas virulentas y de culpabilidad única. Lo hacemos con el brazo extendido, a la mayor distancia posible, sin pestañear y sin sentir, y al diablo con los detalles. Es brutal. Impersonal. Muy caro en mantenimiento de láser orbital. Nos decimos a nosotros mismos que es eficaz. Quizás lo sea. No estoy en ese nivel. No puedo ver las estadísticas.

—Pero lo que sí sé es que siempre podemos hacerlo mejor. Y miré el expediente y te miré a ti, y... me la jugué. Honestamente, soy un tipo muy pequeño en el gran esquema, pero me planté en una reunión bastante intensa con personas a las que no tengo autoridad para decirles nada y les dije, esto es una paráfrasis: "Hay un chico completamente inocente en el centro de esto. Él no se merece esto. Como mínimo, tenemos que hacer el gesto".

Una sombra cruza la habitación. Barsin mira brevemente a su alrededor, pero sea lo que sea, ha desaparecido. Él no le da importancia.

—Y luego también dije: "Si funciona nos ahorrará un montón de dinero". Creo que esa parte fue la que les llamó la atención. Pero me dieron el visto bueno. Así que aquí estoy. Para tratar de salvarte la vida de la manera más difícil en lugar de atomizarla sin más. Probablemente esto va a llevarnos todo el día. Seis, diez horas. No te preocupes. Tengo podcasts.

Termina de desenredar los auriculares y se atornilla el primero de ellos en la oreja izquierda.

—Tu gente debe de odiarte mucho —dice Rojo.

Mierda.

Barsin desenfunda. Tarde. Obviamente nadie debería poder hablar en este momento, pero la verdadera razón por la que él llega tarde es que el comentario llega. Debería pasarlo por alto, pero hay un elemento de verdad agudo y rencoroso en ello. La verdad es que a nadie le gustó la idea. Barsin lleva mucho tiempo diciendo, con un volumen cada vez mayor y a los cada vez más altos supervisores de la Fundación, que una charla es mejor que una pelea. Ha sido ignorado una y otra vez. Ayer, cuando por fin dijeron que podía intentarlo, fue de mala gana. Y ahora aparece un destello momentáneo de sospecha: ¿lo sabían? ¿De verdad ellos simplemente... lo mataron?

No lo hicieron. Él lo sabe, por supuesto que no. Pero es muy tarde. Mientras saca el arma, Rojo ya está sentado, sonriendo como la marioneta de un ventrílocuo, y ha girado la cabeza para mirar directamente a Barsin. Ambos

hacen contacto visual, y esta vez los ojos de Rojo están completamente abiertos, lo que le permite a Barsin ver directamente lo que hay al otro lado. La comprensión de Verde salta del pozo hacia Barsin y se arraiga en la parte posterior de su cráneo.

Él retrocede instintivamente, rompiendo la conexión y tapándose los ojos. Tropieza, cae hacia atrás de la silla hacia la esquina de la habitación. Su escudo cristalino de color naranja fluctúa, entrando en pánico a su modo por lo que acaba de atravesarlo. De forma intermitente, se vuelve impermeable, cortando la respiración frenética de Barsin. Luego se rompe y muere.

Barsin no tiene la formación necesaria para comprender plenamente el complejo de ideas al que acaba de exponerse. Tiene un nivel básico de formación práctica en memética; puede administrar el tratamiento en espiral y algunos otros, y protegerse de ciertos ataques que derribarían a un humano genérico como si fuera una ficha de dominó. Pero él es un practicante principiante, no un especialista ni un científico. El alcance de Verde está más allá de su capacidad de comprensión. Se siente como uno de los hombres que Louis Slotin irradió, un testigo crítico de Corazón de Demonio. Él se sabe muerto. La única pregunta es cuánto tiempo va a llevar.

Rojo saca las piernas de la cama y se levanta, manteniendo su sonrisa fija en Barsin. —Una luz giratoria roja y azul. ¿Tan atrasado estás? —Parece crecer y hundirse hacia atrás en el espacio, un agujero donde debería estar un humano. Barsin descubre que no puede salir de la esquina. Es como si estuviera inmovilizado. Siente un entumecimiento progresivo y estático en las manos.

Ahora comprende su error. Bien podría haber intentado envenenar el océano. Él ve todo el asunto, la grotesca visión que Rojo tiene del mundo, su inmensa y viciosa promesa. La podredumbre está por todas partes. Esos cien mil contagiados son un anticipo. Las esporas florecen secretamente en todos los aspectos de la realidad: en los pulmones de las personas, en sus mentes, en sus palabras, en la tierra, en el cielo. Gusanos, cánceres y señal de las estrellas. ¿Cómo puede alguien pensar así? ¿Cómo puede alguien querer eso?

—Tú... —Barsin lo dice en singular. No hay distinción entre Rojo y quienquiera que fuera ese humano original. No hay nadie a quien rescatar. Fue una maldita artimaña.

Fue voluntario.

—¿Tú hiciste que esto sucediera? —consigue decir—. No te secuestró. Tú lo invitaste. ¿Cortaste tu propia alma por la mitad y ofreciste los pedazos, sin ningún motivo? Te has aferrado al frente de algo inimaginable. No puedes comprender lo mal que va a terminar esto. Te has asesinado tú mismo.

Rojo avanza hacia él.

Pistola. La mente de Barsin se está desintegrando, pero le deja esa palabra. Pistola.

El arma está en el suelo entre ellos, brillando en el rayo de luz naranja que sale de la ventana. Barsin lucha contra sí mismo, gana y se lanza a por ella, sólo entonces descubre que el entumecimiento progresivo en sus extremidades no sólo está afectando a sus manos, sino que está afectando a su propia capacidad para percibirlas. No sabe que se trata de un efecto nuboso antimemético menor; lo único que sabe es que tiene un muñón al final de su brazo. De ambos brazos. El arma es inoperable. Lo único que él puede hacer es empujarla por el suelo. Grita, miserable e impotente. Rojo se ríe y ni siquiera se molesta en apartar el arma de una patada.

—La Fundación te detendrá —logra decir Barsin, como un mantra.

Rojo ladea la cabeza, como si conociera la palabra Fundación de alguna parte. —¿Son todos tan débiles como tú? —Se concentra.

La comprensión opera en ambos sentidos. Barsin comprende vagamente lo que Rojo representa, lo cual significa que Rojo, a su vez, comprende vagamente lo que Barsin representa. Rojo percibe las estructuras de poder que enviaron a Barsin a esta odiada madriguera. Rojo percibe las sombras de la gente en los servicios de transmisión y el Destacamento Móvil, del que Barsin no sabe nada, merodeando en el perímetro de la propiedad

esperando una orden de entrar que nunca llegará. Rojo percibe los cuatro o cinco brutales e impersonales trajes sentados en la parte superior de la operación, tejiéndola. Uno de ellos está jugando distraídamente con su teclado láser, girándolo alrededor del dorso de su pulgar una y otra vez, dejándolo caer.

Eso es lo más lejos que Rojo puede buscar en el espacio mental, porque ese es el límite de la gente que sabe sobre él, Rojo. Esa es la lista de objetivos.

Una sombra vuelve a tapar el Sol, la misma de antes, esta vez durante más tiempo. Rojo mira por la ventana, asiente brevemente y se marcha.

Barsin se desploma hacia un lado, ahora muerto hasta los hombros. Consciente de que cualquiera de estas palabras podría ser la última, dice: — Crees que tienes el control. Pero también va a matarte a ti. Nosotros podemos sacarte. Puedes ayudarnos a contenerlo.

Rojo se agacha, todavía sonriendo. —Mírame. Mira.—Barsin mira. No tiene otra opción. Duele. Rojo se asegura de que lo escuchen alto y claro—. No.

—Z...zayin. Tres cuatro seis. Samekh shin —susurra Barsin.

Rojo parpadea. —¿Qué?

Algo pita.

—Una estrella —dice Barsin—. Una estrella.

—Mierda. —Rojo mira a su alrededor, genuinamente alarmado de pronto. El teléfono. Había pasado por alto el teléfono de Barsin. Lo encuentra debajo de la cama. Lo agarra. Hay una interfaz de autenticación por voz y la autenticación está casi completa. —Detener. Cancelar. Deshacer. —No pasa nada. Voz equivocada. Deja caer el teléfono y busca el arma.

—Zaelochi anaedora. Fuego —dice Barsin.

Rojo le mete un balazo al teléfono. Y un segundo al cráneo de Barsin.

Mira hacia el techo, esperando, todavía alarmado. Y espera.

Pero no pasa nada más.

12. Inmemorial

—¡Sra. Wheeler! ¡Sra. Wheeler!

Marion Wheeler acaba de terminar una inspección programada de SCP-8473 y está a punto de ir a fumar un cigarrillo. Alguien corre hacia ella fuera de la unidad de contención de SCP-8473. Wheeler la reconoce como la Dra. Eli Moreno, una investigadora de campo en prácticas que se unió a la División de Antimeméticos hace sólo seis meses.

—Dra. Moreno. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Uhm. —Moreno entrelaza los dedos nerviosamente. Es una cabeza más alta que Wheeler y tiene la mitad de edad, pelo desaliñado y gafas extremadamente gruesas. Le falta experiencia. Pero ella es muy inteligente y está aprendiendo muy rápido. En un año más estará entre las mejores personas que la División tiene o ha tenido jamás, y Wheeler espera eso con ansias. A Wheeler no hay nada que le guste más que las personas competentes.

Aún así, a medida que la pausa se prolonga, ese día de competencia parece estar en el futuro. —Dra. Moreno, normalmente espero que mi gente vaya al grano un poco más rápido.

—Hay... una piedra en el bosque detrás del Sitio —espeta Moreno—. Es monumental. Es como un rascacielos, tapa el sol. ¿Sabe de lo que estoy hablando?

—Sí.

—Pero yo nunca la había visto. No entiendo cómo es posible que nunca la haya visto. Proyecta una sombra sobre todo el Sitio. Quiero decir... ¿Siempre estuvo ahí?

—Sí.

—Es esto porque...

—Porque Ersta mañana tomaste tu primera dosis de rutina de mnésticos de grado operacional, sí.

Moreno parece alarmada. —¿Así es como funciona? ¿Algo tan grande puede estar ahí y nosotros no lo vemos?

—Sí. —Wheeler consulta su reloj y mueve mentalmente algunos compromisos programados. Extiende esta pausa para fumar al resto de la tarde. Deja la inspección programada de SCP-3125 donde está. Revisa los casos de promoción después del gimnasio en lugar de antes. Cena... a este paso, nunca...

Moreno, asfixiada bajo el peso de las siguientes preguntas, por fin pregunta. —¿Qué es?

Wheeler hace un gesto hacia su izquierda, por el pasillo, indicando que está a punto de caminar y que Moreno debería seguirla. —Te mostraré.

En la base de datos es SCP-9429. Moreno no ha leído la entrada; ella no tiene acceso.

La piedra es un cuboide vertical único, ininterrumpido, de 91 por 91 por 147 metros de basalto oscuro, antiguo y desgastado. Se encuentra en un ángulo muy leve, inclinada ligeramente hacia el norte. Sus ángulos regulares la definen claramente como un objeto tallado, un artefacto creado por el hombre. Se eleva sobre el bosque al este del Sitio 41 y domina, por no decir que borra, las vistas en esa dirección desde las ventanas del bloque principal del Sitio. Es, en volumen, muchísimo más grande que el sitio mismo, incluyendo incluso sus extensiones subterráneas. Asoma desde arriba. Es absolutamente cospicua. Wheeler tiene que admitir que la idea de que alguien pueda no percatarse de ella durante un período de tiempo es más que un poco desconcertante.

Wheeler conduce a Moreno por el corto sendero forestal hasta el perímetro de la piedra, y luego a la derecha, siguiendo su perímetro, hacia su sombra. Es un día lluvioso y la lluvia gotea desde el borde superior del cubo, así

como desde las coníferas que crecen junto a él. La lluvia produce un siseo neutro y constante, amortiguando otros sonidos.

—Hay un débil efecto de nubosidad antimemética a su alrededor —explica Wheeler mientras avanza por la pista delante de Moreno—. Para la mayoría de la gente es efectivamente invisible. Estoy segura de que has subido a la cima de algunas de estas otras colinas. Deberías haberla visto claramente desde allí también, pero miraste más allá. Eso es normal. Hay un efecto relacionado que elimina los recuerdos de las personas después de haber visitado la piedra. Ese efecto es mucho más fuerte. Superará tu régimen de drogas mnésticas y el mío.

—Entonces, ¿nos olvidaremos de todo esto? —pregunta Moreno.

Wheeler sostiene una libretita maltrecha y un bolígrafo azul barato. Moreno entiende; ella también lleva una libreta y un bolígrafo. La supresión de información es un espectro complicado. A veces una nota escrita es lo único que logra salir de una zona supresora de recuerdos, de datos electrónicos, de señales de radio e incluso de sonidos audibles. Además del obligatorio teléfono fijo de la Fundación, muchos agentes de la División de Antimeméticos suelen llevar alguna combinación de cámara instantánea, dictáfono mecánico con cinta, libreta, walkie-talkie...

No es que Moreno esperara necesitar algo hoy.

—Por supuesto —continúa Wheeler—, un efecto secundario de la nubosidad es que no recuerdo exactamente el camino. Supongo que podríamos colocar postes de señalización, pero eso nunca se hace... no por efectos antimeméticos, ya entiendes, simplemente por pereza... ah, este parece el camino hacia arriba.

Llegan a un pasaje en el lateral de la piedra. De hecho, no es un pasaje sino un surco tremendamente profundo y cortado desde lo alto del cubo hasta su base, un surco con una fina línea de cielo nublado visible en lo alto y escalones que conducen hacia arriba. Wheeler comienza a subir y Moreno la sigue. Suben en silencio durante algunos minutos. Moreno se detiene un par de veces para escribir una o dos notas, encorvándose para proteger el

cuaderno de la llovizna. Luego se apresura a alcanzar a Wheeler, quien mantiene un ritmo constante e indiferente.

Un tiempo después de que Moreno haya perdido la cuenta de los escalones, el surco escalonado hace un giro de noventa grados hacia la izquierda y continúa ascendiendo. Wheeler se detiene aquí, encima de Moreno, y se gira para interrogarla.

—¿Qué tienes hasta ahora?

—¿Qué es este lugar? —pregunta Moreno.

—Dímelo tú.

—Uhm. —Moreno duda un momento, sin saber hacia dónde va esto. Revisa sus notas—. Uhm, bueno. Geológicamente hablando, esta piedra es extraterrestre. Al principio pensé que había una montaña en este lugar que había sido excavada con esta forma por manos humanas. Pero la roca misma no es correcta. Es diferente de las montañas y colinas cercanas a aquí. Habría que viajar al menos quinientos kilómetros para encontrar basalto como éste. Lo que significa que debe haber sido excavada en otro lugar, tal vez tallada allí y trasladada aquí.

Wheeler no dice nada, pero su comportamiento parece indicar que Moreno va por buen camino.

—Lo cual es imposible —continúa Moreno—. Ésta es una única piedra. A juzgar por sus dimensiones y densidad, su masa debe superar los tres millones de toneladas ahora, después de la talla. Y eso no se puede hacer. La civilización humana no puede mover objetos de ese tamaño. No de una sola pieza. No existe esa tecnología.

—Correcto.

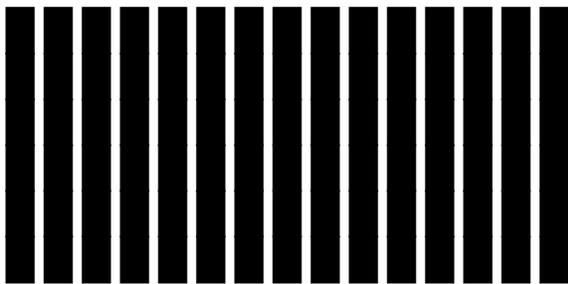
—Entonces, ¿cómo llegó hasta aquí?

—Buena pregunta.

Moreno espera. No tiene la respuesta a la pregunta, por lo que espera a que Wheeler se la proporcione.

Pero Wheeler no lo hace. —¿Qué más?

—Ha sido grabada —dice Moreno señalando las paredes del pasaje escalonado— usando herramientas. Y noté que las paredes exteriores son iguales. Hay mucha erosión, pero aquí y allá entre el deshecho biológico hay un patrón muy claro y regular. Aquí mismo, ¿ve? Pequeños rectángulos verticales. Como un cursor de bloque en una vieja terminal de computadora.



—O una lápida en tipografía —sugiere Wheeler.

Moreno parpadea. —Sí. Es un patrón uniforme. Un trabajo muy detallado, que requeriría herramientas bastante buenas incluso para los estándares modernos. Creo que este patrón está hecho para cubrir todo el exterior de la piedra. Y si ese es el caso, los bloques son tan minúsculos y la piedra es tan grande que originalmente debió de haber cientos de millones de ellos.

—Correcto —dice Wheeler nuevamente—. ¿Algo más?

Moreno piensa por un minuto. Mira hacia la lluvia, reflexionando sobre la atmósfera que proyecta la piedra, o la escultura, como supone que sería mejor describirla. Soledad, quietud, desolación, sobrecogimiento... intimidación. Y algo de miedo. Aunque, con esa atmósfera intimidante y temerosa, no hay sensación de peligro. No hay amenaza.

—Nos considerábamos una cultura poderosa —dice en voz alta.

Wheeler escucha esto, pero no hace ninguna pregunta adicional. Aparentemente satisfecha, se da vuelta y continúa subiendo las escaleras, y

Moreno la sigue.

El pasaje da varias vueltas más, dibujando un garabato cuadrado y errático. Moreno no toma más notas. Sus rodillas están a punto de explotar cuando ambas llegan a la cima.

Emergen, parpadeando ante la luz, a una meseta húmeda, azotada por el viento y ligeramente inclinada. Hay más pequeñas hendiduras de lápidas bajo los pies. Los bordes del cubo están a cierta distancia pero no están marcados; la superficie gris oscura termina en una línea recta no muy lejos, y el horizonte mismo está debajo, invisible. Esto le da a Moreno algo de vértigo, sobre todo porque la superficie se inclina hacia una esquina y el basalto grabado bajo los pies está resbaladizo, mojado y mojándose cada vez más.

Aquí arriba hay un pequeño cúmulo de equipo científico de la Fundación, unidades gruesas y resistentes a la intemperie apiladas bajo un dosel. Hay una mesa, con una terminal de computadora robusta y destartada, apagada. Más allá hay un generador diésel.

Wheeler ignora el equipo y se aleja en una dirección diferente, de espaldas a Moreno y hacia el cielo, jugando con su encendedor, aunque en realidad no enciende nada. El encendedor es en realidad un pequeño quemador de propano, destinado a encender estufas, que le regaló su madre antes de morir. Wheeler ya no recuerda esto.

Moreno espera un rato, con los brazos cruzados para calentarse, mojándose por momentos. Ella no busca refugio bajo el dosel porque Wheeler no lo ha hecho. Siente que algo está a punto de suceder. Wheeler normalmente es bastante serena y difícil de leer, pero parece aprensiva; molesta, incluso. Concentrada intensamente en la llama del encendedor, Wheeler parece incapaz de mirarla a los ojos, como si no quisiera seguir adelante con la siguiente parte de lo que sea que es aquello. ¿Orientación? ¿Iniciación? ¿Novatada?

¿Qué era eso sobre ir al grano?

—Esto es un memorial —dice Moreno.

—Hhn. —Wheeler cierra el encendedor y se lo guarda en el bolsillo, moderadamente impresionada. Aunque sólo moderadamente—. Así es. Por supuesto, prácticamente fui yo quien te lo dije cuando mencioné las lápidas...

—¿Cuántas Guerras Antimeméticas ha habido?

Eso la coge por sorpresa. —Maldición. Basta de teatralidad a fuego lento. ¿Te lo dijo alguien? ¿Leíste la entrada?

Moreno se mira los zapatos. —Eh. No. En realidad, nunca había visto este lugar. Fue sólo una suposición.

—Pareces avergonzada —dice Wheeler—. Te avergüenza haber dado con la respuesta correcta treinta minutos antes de lo que yo esperaba. Crees que pienso que estás alardeando. ¿Cierto? Elí. Mírame.

Ella mira.

—Sigue operando a ese nivel. No bajes el ritmo por mi beneficio ni por el de nadie. Esto es importante.

—¿Me va a decir por qué estamos aquí? —pregunta Moreno en lo que espera sea la última vez. Y en otra parte de su mente comienza una fatal cadena de cálculos.

—El problema —dice Wheeler— es que todas las personas en el mundo con acceso fiable a medicamentos mnésicos de alto grado trabajan para mí aquí. Y la División lamentablemente carece de personal. Somos cuarenta, incluidas tú y yo, y cuarenta pares de ojos no bastan. No podemos vigilar lo suficiente el mundo a la vez. Hay un porcentaje espantosamente grande del mundo que ningún ser humano ha contemplado nunca adecuadamente. Esto es insoportablemente limitante para todas las formas de investigación antimemética. Biología antimemética, paleontología antimemética, cosmología antimemética, arqueología antimemética... Estas disciplinas, todas ellas, apenas existen. No están en ninguna parte.

—Sin embargo, hemos visto las ciudades de esta cultura. Todavía existen un par. Las encontramos por pura suerte. Un investigador de la División se va de vacaciones, conduce por Nevada mientras todavía toma la dosis... ve algo en el horizonte. Esa clase de cosas. Las ciudades están físicamente en ruinas y permanecen envueltas por fuertes efectos antimeméticos que las hacen casi imposibles de estudiar, incluso para nosotros. Las cosas grandes y simples, como esta piedra, sobrevivieron mejor, pero aun así... Creemos que esta piedra fue una de las últimas cosas que ellos construyeron antes de extinguirse.

—Eran humanos. Probablemente estaban mucho más avanzados tecnológicamente que nosotros. Existieron hace decenas de miles de años; tal vez cientos de miles, no podemos saberlo con seguridad. Es difícil determinar qué les pasó realmente porque todo su memeplego cultural recibió radiación letal. Sus conceptos culturales fundamentales, las cosas que crearon, que defendieron y que tanto valoraron nunca podrán volver a conocerse o a propagarse.

—Creemos que una idea se introdujo en su cultura y ellos no tuvieron adaptaciones para defenderse. Un complejo de ideas. Un escenario del fin del mundo clase Memeplectico/Kéter.

Wheeler hace una pausa y deja que la lluvia golpetee durante un momento significativo.

—¿Y lo olvidamos sin más? —pregunta Moreno—. El resto de nosotros. Quien sobrevivió a la guerra y se convirtió en la humanidad moderna. Usted y yo y todos. Nosotros, ¿qué, miramos hacia otro lado? ¿Y nos fuimos y pasamos a otra cosa?

—Sí.

Moreno se tambalea, el vértigo aumenta y se apodera brevemente de ella. —¿Cientos de millones de personas murieron y nosotros lo olvidamos sin más? ¿Es eso lo que quería usted mostrarme? ¿Quiere que escriba eso?

—Sí —dice Wheeler—. Sí. Escribe esto. Es lo primero que estás aprendiendo hoy. Los humanos pueden olvidar cualquier cosa. Está bien

olvidar algunas cosas, porque somos mortales y finitos, pero debemos recordar algunas cosas. Es importante que las recordemos. Escríbete algo que te haga recordar.

Moreno asiente. Está lloviendo demasiado, así que se esconde bajo el dosel y usa la mesa. Aun así, algunas gotas de lluvia salpican sus notas. Ella escribe intensa y rápidamente durante algún tiempo. Lo que escribe es apresurado y poco refinado, con grandes partes tachadas. Se pregunta cómo reaccionará cuando lo lea por primera vez.

Después de un rato, Wheeler se une a ella bajo el dosel.

Moreno, mirando sus notas, le pregunta a Wheeler, como si no supiera ya la respuesta: —¿Y lo segundo?

Wheeler dice: —Es posible que su cultura tuviera un equivalente a la Fundación. Es posible que incluso tuviera una División de Antimeméticos. Si así fue, su Fundación y su División de Antimeméticos les fallaron.

—Esta es una realidad grande. Es una Fundación grande. Hay muchos Kéter y muchos escenarios de clase Kéter. Así que, tal vez el fin del mundo sea problema de otra División. Y sí, una gran parte del trabajo para el que te contratamos es investigación básica. Trabajo de laboratorio, el más seguro posible. Y sí, han pasado miles de años, y pueden pasar miles de años más.

—Pero tal vez no sea así. Y tal vez sea problema nuestro. Para responder a t7 pregunta original, sabemos que ha habido una guerra antimemética. Potencialmente otras que no conocemos. Y, sin duda, hay una en camino.

Moreno no dice nada. Parece consternada, rota. Tiene motivos para estarlo y Wheeler está familiarizada con la reacción. De hecho, esto es parte de la orientación de cada nuevo operativo de la División de Antimeméticos. La magnitud de la responsabilidad puede ser difícil de manejar. Debería serlo.

—Bienvenida a la División de Antimeméticos —dice Wheeler—. Éste es tu primer día.

Moreno escribe durante algún tiempo más. Wheeler espera en silencio. La lluvia no da tregua.

—Pero ¿qué fue? —pregunta Moreno—. ¿Cuál fue la idea?

—SCP-9429-A —dice Wheeler—. Aislamos el propio memoplejo en los años setenta. Lo tenemos en una losa dentro de una sala Vegas, en el nivel dos del sótano. Ahora es prácticamente inofensivo. Es tan culturalmente ajeno a los humanos modernos que resulta casi incoherente. Piensa en los jeroglíficos egipcios. Te lo mostraré otro día.

—Sé leer jeroglíficos egipcios —dice Moreno—. ¿Está diciendo que eso no pudo regresar?

—En esa forma, es muy poco probable.

Moreno señala algo, muy lejos en el cielo.

Wheeler mira. No hay nada ahí fuera. Sólo cielo nublado y lluvia. —¿Que ves? Bajo fuertes dosis mnésticas, algunas personas dicen ver fantasmas aquí. Incluso tenemos algunos supuestos registros de entrevistas. Personalmente creo que su veracidad es dudosa...

—Um. No parece un fantasma. Parece un... un... kaiju anoréxico. Un monstruo. Un pilar hecho de arañas. Es más alto que esta piedra. Al menos el doble de alto. Está viniendo hacia aquí. ¿Es eso normal?

—No. —Wheeler ya está repasando rápidamente la lista de verificación.

—¿Qué es eso?

—No lo sé.

—¿Esto no es parte de una novatada?

—No. Yo nunca te mentaré. Eli. Lo juro. —Una entidad encubierta antimeméticamente que parece tan monstruosa como la que describe Moreno tiene casi un cero por ciento de posibilidades de ser benigna. Necesitan apoyo. Wheeler descubre que su teléfono no tiene señal. Revisar

el de Moreno no tiene sentido, ella ya lo sabe. La única forma de sacar un mensaje de aquí es con una nota escrita. ¿Un avión de papel arrojado desde lo alto hacia el bosque?

—Se está agachando. Creo que me está mirando a mí —dice Moreno, viendo descender un espacio en el aire. No hay ni un solo agujero en la lluvia que Wheeler pueda percibir—. Su cabeza es gigantesca, debe de tener diez metros de ancho. Tiene... pinzas y patas de artrópodo por todas partes. Decenas de ojos. Algunos de ellos están ciegos. Hay alguien montado encima.

—¿Qué? Describe al jinete.

—Hombre caucásico, veinteañero, flaco. Vaqueros, zapatillas deportivas, pelo castaño sucio, necesita un corte de pelo. Le han disparado. Está sangrando por todas partes, pero no parece darse cuenta. En el hígado y en la garganta, justo encima de la clavícula. Él está sonriendo. Él... él dice: "No. Eso nunca ocurrió".'

Wheeler pasa una fracción de segundo preguntándose si las heridas de bala son detalles intencionalmente aterradores o si el hombre está usando en verdad algún tipo de poder antimemético avanzado para ignorar una herida mortal. Y, si es esto último, ¿cómo?, y ¿cómo lo ha mantenido originalmente? Pero hay preguntas más urgentes. —¿Él te ve?

—Sí.

—¿Me ve mí? ¿Me oye?

Moreno está paralizada y empieza a parecer muy asustada. —Quiere saber con quién estoy hablando.

—No se lo digas. Que no consiga información sobre nosotras, ¿entiendes?

—Wheeler saca su walkie-talkie de la cintura, lo configura para transmitir una baliza de emergencia, se gira y lo lanza por encima del brazo lo más lejos que puede, en dirección al edificio principal del Sitio 41. Con suerte, aterrizará intacto en el bosque, fuera de la zona de supresión lanzada por SCP-9429, convocando a un Destacamento Móvil—. Pregúntale quién es.

Moreno está de pie muy quieta, con los brazos rígidos a los costados. —
¿Quién eres?... Dice... dice que él está ya casi acabado. Dice que me va a
matar.

—Por encima de mi cadáver. Eli, escúchame. Vamos a salir corriendo.
Vuelve a bajar los escalones. Si podemos llegar al perímetro de la piedra,
nos purgará los recuerdos.

—No puedo moverme.

Wheeler tira de uno de los brazos de Moreno, a quien no se la puede mover.
—¡Pon un pie delante del otro!

—Me tiene atrapada. —Moreno tiene los ojos desorbitados y empieza a
hiperventilar.

Wheeler se desconecta y examina la situación. No puede ver ni tocar
ninguna pata de araña, ni el rostro monumental del que Moreno no puede
apartar la mirada, ni al jinete. Pero ella cree la versión de Moreno de que
están ahí, reales por algún valor de "real". Cierra una mano en el costado;
pero, por supuesto, no lleva el arma porque este es un SCP Seguro en un
Sitio Seguro, y ¿por qué estaría ella aquí? Eso ni siquiera importa cuando
este jinete mítico es capaz de reírse de las heridas de bala. No hay
suficientes opciones frente a ella. Tiene muchas ganas de maldecir y se
muerde la lengua con fuerza.

Moreno grita.

—¡Eli! —grita Wheeler—. No lo mires. Mírame a mí.

—No puedo.

—Tú eres más fuerte.

—No lo soy —solloza Moreno.

—Eres lo mejor que tenemos —dice Wheeler—. No me lo estoy
inventando. Estás viendo esto cuando nadie más podría hacerlo. Eso te hace

más inteligente y más fuerte. Puedes luchar contra ello. ¡Instrucción de invasión!

—Nos odia tanto —dice Moreno—. No puedo pensar en otra cosa. No puedo ver. Por favor. Por favor, no lo hagas.

Wheeler la noquea. Circula detrás de Moreno, le coloca una mano en el hombro para estabilizarla y le da un puñetazo detrás de la oreja. Moreno se hunde como un saco y cae de rodillas. Wheeler casi puede atraparla antes de que el cráneo de Moreno conecte con el suelo.

Pero no la ha golpeado lo bastante fuerte. Moreno queda inconsciente sólo durante un segundo. Se debate mientras vuelve en sí. Es como si despertara de una pesadilla hacia otra pesadilla. Le agarra la mano a Wheeler. No puede gritar. Se le para el corazón.

Wheeler la da vuelta y le administra el MCP, pero sin el equipo hay muy pocas posibilidades de que reinicie el corazón de Moreno.

Nadie viene en camino. No arrojó el walkie-talkie lo bastante lejos.

Pasan casi quince minutos antes de que se dé por vencida.

Y entonces Wheeler se desploma contra la pared del pasaje, en el penúltimo escalón, a punto de abandonar el campo de influencia de SCP-9429, tratando de descubrir qué coño puede escribir para sí misma.

¿Qué diablos era esa cosa? Lo único que Moreno hizo fue pensar en eso y eso la mató. Moreno era tan buena como cualquiera de nosotros. Estaba tan capacitada como lo estaría nunca y no fue lo bastante buena. ¿Cómo se lucha contra un monstruo antimemético que sólo devora a los mejores antimeméticos?

Tú... podrías intentar construir algún tipo de contrameme. Pero necesitarías estar protegida mientras trabajas en ello. Necesitarías un laboratorio autosuficiente, herméticamente cerrado y del tamaño de una

arcología. Como los que solía construir Bart Hughes. Como... el que está debajo del Sitio 41.

Dios. ¿Cuánto tiempo llevamos luchando contra esta cosa?

Se oye un crujido detrás de ella. Ella se vuelve para mirar. A lo lejos, subiendo las escaleras, ahí está, el jinete que Moreno describió. Un joven escuálido con un ceño hostil y, sí, dos heridas de bala que supuraban constantemente. Tiene los zapatos empapados en sangre.

Exclama: —¡Marion Wheeler! Te debo una por la del lago.

Wheeler se levanta. No sabe de qué lago le está hablando. Pero ella no dice nada.

El jinete hace un gesto. Arañas azules, marrones y negras de todos los tamaños caen en cascada alrededor de la esquina, inundando el pasaje hasta las rodillas, vertiéndose desde los hombros del joven y cayendo hacia Wheeler. Cuando se vierten, producen un crujido extraño y orgánico, como hojas mojadas. Debe de haber millones de ellas. Las arañas probablemente serían mucho más efectivas si ella tuviera miedo de ellas.

Una lástima. Ella acaba de aprender mucho sobre esta entidad; que ambos tienen una historia juntos, y que ella no lo agrada personalmente, y que al parecer tiene un portavoz humanoide... y una pésima imaginación. Pero Marion sólo tiene un segundo antes de que la cascada de arácnidos la supere, y ese tiempo no basta ni para escribir una sola palabra. La muerte de Moreno, entonces, fue por nada.

Ella da un paso atrás, cruzando el umbral.

La lluvia por fin está amainando. Wheeler enciende un cigarrillo y regresa al edificio principal. Es casi la hora de su inspección programada de SCP-3125.

13. CASO ODIO ROJO

Si Adam Wheeler lo pensara un poco, o si alguien le hiciera las preguntas correctas, podría expresar con palabras el hecho de que su existencia no le brinda ninguna satisfacción. Descubriría, en introspección, que en realidad no está ni cerca de ser feliz y que falta algo vasto y significativo en su vida. Pero él no piensa en ello. Hay un vacío entre él y esas preguntas. Objetivamente, académicamente, su vida es genial. Como violinista profesional, se gana la vida haciendo lo que más le gusta. Tiene talento, reconocimiento, desafío, variedad, aplausos, una riqueza moderada. ¿Qué hay que cuestionar? ¿Por qué no debería amar su vida?

Durante los momentos más lentos, hay una preocupación gris en el fondo de su mente. Está ahí en los minutos justo después de que él despierta por la mañana, antes de ir a la ducha; está ahí en los momentos muertos detrás del escenario cuando no puede usar el teléfono y no hay nada que hacer, sino esperar para continuar. De vez en cuando le perturba el hecho de que él parece existir en una especie de sombra alargada, proyectada por una vasta clase de pensamientos que él es incapaz de pensar. Pero el resto del tiempo, en el día a día, su agenda está tan ocupada como puede ser posible para él y su representante. Él toca, solo y en orquesta, graba, compone y enseña. Cada semana es un desafío diferente. Se mantiene ocupado y esa sensación desaparece si está ocupado.

La mañana del día en que \aleph llega, mientras él se cepilla los dientes le cae por el rabillo del ojo una babosita negra que aterriza en el lavabo del hotel.

—¿*Mpfghl*?

Se rasca ese ojo mientras babea espuma de su cepillo de dientes. Se mira bien en el espejo. Sí: hay otra, más gorda, creciendo allí, con la cola sobresaliendo de su conducto lagrimal.

—Estoy harto de esto —murmura para sí mismo. Escupe, se enjuaga la boca y saca unas pinzas de su neceser. Con cuidado, pinza el extremo diminuto y ondeante de la babosa y la saca. No es más doloroso que extraer

el pelo de una fosa nasal. La deja caer en el fregadero con su amiga y las lava por el desagüe a ambas, junto con la espuma de la pasta de dientes.

Se queda mirando el desagüe durante un largo rato. Es como si se estuviera olvidando de algo. No puede recordarlo. Sacude la cabeza y va a vestirse.

Wheeler ha estado de gira con la Orquesta Sinfónica de Nueva Inglaterra durante casi un mes. Están en su último local y es su última noche y Wheeler tiene sentimientos encontrados. Para él, viajar es una oportunidad para explorar una especie de estilo de vida liminal en el que puede suspender muchas preocupaciones mundanas y existir sencillamente como un ser que se despierta, viaja, toca y duerme. Pero, por muy novedosa que sea la experiencia en el papel, cuatro semanas son agotadoras. A estas alturas de la gira, incluso los miembros más naturalmente alegres de la orquesta han comenzado a mostrar los nervios y el programa se ha vuelto rancio y repetitivo. Ya es hora de hacer otra cosa.

Anoche, su representante dejó mensajes sobre los planes para las próximas semanas. Probablemente sea hora de que les preste atención.

El ensayo de la mañana comienza a las once. Wheeler toma un taxi desde el hotel hasta el lugar, llevando consigo su esmoquin y su violín. Su violín es una reliquia familiar, tiene más de cien años y, mientras está de gira, él nunca lo pierde de vista. (Su esmoquin es sólo un esmoquin.) La sala de conciertos está lo más cerca posible del centro de la ciudad, en el corazón de un nido de ratas de calles muy transitadas, lo que significa que el viaje en taxi es un trabajo duro, aun cuando sale después de la hora punta.

En la puerta del escenario el lugar es un caos, pero es sólo el típico caos previo al espectáculo en el que Wheeler ha pasado gran parte de su vida profesional. Termina un cigarrillo rápido fuera antes de unirse al bullicioso flujo de técnicos, artistas y personal administrativo. Encuentra el camino hasta su camerino, se cambia, saca su violín y lo afina. Hojea la música de esta noche, más por aburrimiento que por la necesidad de refrescar la memoria. Tiene todo el programa memorizado.

Con algunos minutos restantes, revisa los titulares en el teléfono. Una vez más, algo nuevo y espantoso que él no comprende se está volviendo viral. La moda actual es pintar un rectángulo vertical negro en la pared, en un espejo o encima de un cuadro. Y luego cantas algo. Wheeler no puede distinguir bien las palabras del canto. Están en un idioma que no conoce. Él no es cantante, pero ha interpretado piezas con letras en latín, alemán, griego, francés... mientras que este idioma tiene un sentido extraño manufacturado, como si fuera simplemente inglés con las vocales y consonantes cambiadas.



El ensayo va razonablemente. Wheeler juró hace mucho tiempo que nunca iba a distraerse en una actuación, y toca decentemente bien. Pero le parece que gran parte de la orquesta está distraída. Se pasan por alto algunas señales. Hace un contacto visual significativo con el director un par de veces y comparten una mirada frustrada. Cuando hacen una pausa para cenar, ya entrada la tarde, el director, que se llama Luján, se lo comenta en privado: Tiene que arreglarse los ojos.

Wheeler no lo entiende del todo. Se frota el ojo con un dedo, por reflejo. El recuerdo de la mañana intenta abrirse paso, pero fracasa. —¿Te refieres a cirugía láser?

Luján responde con algunas sílabas incomprensibles y se aleja.

Se abre el auditorio y se llenan los asientos. Como siempre, hay un breve tiempo muerto gris mientras Wheeler espera a que gire toda la maquinaria de la actuación. El sentimiento de ansiedad hoy es más fuerte de lo habitual. Se apodera de él una inusual necesidad de huir. *Claro, piensa. Podría desechar mi carrera ahora mismo. Guardar el violín y salir por la puerta del escenario. Quizá el taxi siga allí.*

Pero él lo supera. Es sólo una fantasía juvenil. Ha sido una gira demasiado larga. Un concierto más y se acabó.

Y por fin es la hora y él está ahí afuera, bajo el foco, en su elemento. La primera pieza de la noche es Shostakovich. Su primer movimiento es un nocturno tranquilo, inquietante, casi melodramático, pero en poco tiempo el concierto cambia de marcha y se vuelve enérgico, discordante y salvaje. También es largo, un verdadero ejercicio, y gran parte es brutalmente difícil de ejecutar. Él está en forma esta noche. Cerca de infalible, y su audiencia, a la que no puede ver ni oír, parece absorta.

A las cuatro quintas partes de la pieza se rompe una especie de hechizo. Algo cambia en el ambiente del auditorio. La temperatura en la enorme sala parece aumentar varios grados. Lo más preocupante y notable es que la música detrás de Wheeler comienza a apagarse. El director se detiene también.

Perplejo, Wheeler continúa tocando durante unos momentos, manteniendo su propio tiempo interno. Pero después de un rato queda claro que algo va mal, algo que todos pueden ver menos él. Levanta la mirada de su instrumento y descubre que Luján lo está mirando. De hecho, todos los músicos de la orquesta lo están mirando, todos con la misma expresión de pétrea y apenas contenido enf...

Han sido reemplazados.

La orquesta ha desaparecido. Las setenta personas. Las cosas que los han reemplazado no son humanos, sino extraños y mal proporcionados pilares de carne color marrón rosado. Cada una tiene en la parte superior una pesada protuberancia tachonada de pegajosos sensores biológicos y aberturas gomosas, y desde la misma cima brotan trozos de varios tipos de musgo repugnante y descolorido. Están envueltos en telas blancas y negras, con cortes extraños para ocultar o resaltar sus estructuras corporales abultadas e inconsistentes.

Wheeler recula de miedo. Casi se cae del frente del escenario. Se le revuelve el estómago y quiere vomitar, pero un frenético fragmento de su cerebro aún no ha entrado en pánico y le dice: *Espera. Nada ha cambiado. Así es como siempre han sido los humanos. ¿Cierto? ¿Qué está pasando? ¿Cuál es el problema?*

Él mira, petrificado, hacia la oscuridad del público. La energía silenciosa que irradian ha cambiado. A ellos también los han reemplazado, él lo sabe. Y ellos saben que él no ha cambiado. Ese es el problema.

Aferrando el violín contra el pecho, Wheeler cruza el escenario a trompicones, pasa al director y se dirige al ala. Mientras lo hace, los músicos se levantan despacio de sus asientos, dejando sus propios instrumentos musicales hacia un lado o hacia el otro. Wheeler tropieza con el atril de un violonchelista, se recupera. El director lo está siguiendo, con los demás músicos cerca detrás.

Wheeler llega al ala. Hay un par de tramoyistas allí esperándolo. Tienen las mismas expresiones plácidas y enojadas que todos los demás, y las mismas mandíbulas apretadas. Wheeler se detiene y se da vuelta. Siente como si el corazón fuese a despegar.

Luján, o mejor dicho, el bípedo que era Luján, camina directo hacia él. Es un poco más bajo que Wheeler, pero mucho más corpulento. Inmovilizado en el lugar, sin pensar con claridad, Wheeler levanta el violín, como si esto fuera a protegerlo. El director le quita el instrumento de las rendidas manos y rompe el cuello del violín con el pie, mecánicamente, como si aplastara una caja para reciclarla.

Wheeler retrocede, manos en alto. Se choca con los desaprobadores tramoyistas, quienes suavemente y sin decir palabra intentan agarrarlo por los brazos. Él se zafa girando al pasar junto a ellos. Se sumerge en el laberinto de pasillos detrás del escenario. Y luego corre como el diablo.

Cuatro pisos más arriba, en un pasillo remoto y mal iluminado que no ha sido utilizado regularmente en años, encuentra un baño. Entra y vomita. Esto lo hace sentir mucho mejor. Se lava la boca y luego enciende un cigarrillo, llenando rápidamente el pequeño espacio con una neblina de humo. Eso ayuda también.

Se le ha acabado la adrenalina y aún le tiemblan las rodillas de tanto subir escaleras. Pero no parece que nadie lo esté persiguiendo de cerca. Entonces,

en este momento seguro, se hace una pregunta seria: *¿Acabo de tener un ataque de pánico?*

No sabe lo que se siente en un ataque de pánico. Habiendo puesto tanta distancia entre él y el escenario, lo que ocurrió allí parece un sueño de locos, una alucinación paranoica.

Pero... No. Luján le rompió el violín. Esa parte definitivamente sucedió, él lo recuerda con angustiante claridad. Su relación con Luján nunca ha sido más que tibiamente profesional, pero el hombre era un profesional. Destrozar un instrumento precioso como ese sería impensable para él, o para cualquier miembro de la orquesta. Hay algo que va mal.

Con todos.

Excepto él.

Tira la colilla al inodoro. Se agarra al fregadero y mira su reflejo, y mientras sus ojos lentamente vuelven a enfocarse, se da cuenta, con cierta alarma, de que lo que está mirando no es su reflejo. El espejo encima del lavabo ha sido pintado descuidadamente con un rectángulo alto, negro y goteante. Está emitiendo calor, mirarlo es como mirar dentro de un horno abierto. Y puede oír un ruido sordo, gruñón y mecánico procedente de detrás. Como lejanos y amortiguados leñadores.

Sale del baño, cierra la puerta y se apoya contra la pared del fondo, mirando la puerta, como si algo pudiera abrirla y venir tras él.

Había otro, recuerda de repente. Otro bloque pintado, éste en la pared de su camerino, justo detrás de su silla, de cara a su nuca. Debería haberlo visto en el espejo cada vez que estaba sentado allí, pero no lo hizo. Y no sólo eso, había uno en su habitación de hotel. Estaba pintado sobre el cuadro que colgaba sobre su cama. ¿Lo pintó el personal del hotel? ¿Cuándo, por qué? ¿Por qué sólo recuerda esto ahora?

El video viral no es nuevo. ¿Por qué pensó que era nuevo? Lleva meses circulando. Desde que tiene uso de razón. Para siempre. Y, en cada lugar donde ha estado de gira, en cada ciudad, en ventanas y vallas publicitarias,

y en habitaciones pequeñas y espacios liminales, la gente ha estado pintando estas "puertas".

Hay una segunda mitad para cada video. Él recuerda ahora. Lo observó pasivamente, una y otra vez, y nunca lo vio. Algo pasa. Ha estado filtrándose en el fondo del mundo todo este tiempo, a plena vista, y él nunca lo vio, y está aquí ahora...

Está teniendo un brote psicótico.

No. Eso no es lo que está pasando.

Algo está tratando de interferir con su forma de pensar. El símbolo del bloque está grabado en su mente. No puede desalojarlo. No puede pensar en nada más.

Mira atrás, por el estrecho pasillo por el que acaba de llegar. La oscuridad en el otro extremo es otro rectángulo vertical oscuro. Escucha los pasos de una multitud de personas que vienen de esa dirección. No corras. Simplemente caminar lo suficientemente rápido como para apresurarlo.

Tiene que salir del edificio. Tiene que buscar ayuda.

La puerta del escenario.

Toma una confusa ruta en zigzag hasta el nivel de la calle. No hay nadie en su camino y la puerta del escenario está desatendida. La abre un poquito.

Ha caído la noche desde el comienzo de la actuación. Hay una carretera secundaria justo afuera, detrás del edificio de la sala de conciertos, un callejón sin salida iluminado en amarillo con un muelle de carga y algunos camiones desatendidos. Hay una carretera principal contigua a la carretera secundaria, llena de tráfico parado. Algunos de los vehículos son, efectivamente, taxis, pero todos están desocupados y la mayoría tienen las puertas abiertas. Hay figuras colosalmente altas y oscuras acechando por las calles, tan oscuras y esbeltas que Wheeler en realidad no se da cuenta de

ellas. Hay griterío, un grotesco y espantoso griterío que sale de muchas bocas humanas y que proviene de algún lugar al final de la carretera principal. Pero ese es el único camino por el que él puede ir.

Está en todas partes, dice su último resquicio de cordura. No sólo la sala de conciertos. Es todo el mundo.

Mientras avanza de puntillas hacia la carretera principal, alguien, otro exhumano ocupado, asoma la cabeza por la esquina y llama a los demás en el extraño idioma, señalándolo. Wheeler se detiene en seco. En otro momento, diez u once no personas avanzan hacia él desde el camino. Dos de ellos llevan algo consigo, un humano inerte y gravemente roto; un humano normal, nota Wheeler con cierta sorpresa, alguien como él. El pesado abrigo de invierno de la víctima está rasgado y su ropa interior está saturada de color escarlata. Cuando las no personas que lo transportan ven a Wheeler, arrojan violentamente al hombre a un lado, a la calle, donde aterriza amontonado contra la rueda de un automóvil. Gruñe de dolor cuando aterriza boca abajo y, una vez que se recupera, respira hondo y suelta un traumatizado alarido inhumano. Pero no intenta moverse de nuevo. Las no-personas lo ignoran.

Detrás de él, Wheeler oye que la puerta del escenario se abre de nuevo. No se atreve a mirar atrás.

Esto no puede estar pasando, dice el último resquicio. Esto es posible, sí, existen cosas reales que pueden hacerle esto al mundo. Pero eso no sucede. Hay alguien cuyo trabajo es protegernos de esto. Se supone que debemos estar protegidos.

Alguien que impide que esto suceda. Alguien que interviene. En el último minuto.

Pero el último minuto fue hace un año. Y ella murió.

Marion.

Oh, Dios.

—Ayuda —dice a nadie.

Una sensación de ingravidez le sube por el estómago. La gravedad parece volcarlo y lanzarlo hacia los brazos de las no-personas que lo esperan. Ellas lo retienen. Pasan algún tiempo debatiendo qué corregir primero, si sus ojos o sus dedos. Hasta el momento en que todo comienza, él piensa, esperanzado: *Tal vez esto no esté tan mal.*



14. Ará Orún

Pero lo está.

Lo tiran al suelo y le sujetan el brazo, forzándolo a abrir el puño para acceder a su dedo índice izquierdo. La terrible idea está golpeando la puerta de su mente, exigiendo que la dejen entrar. La idea es incorrecta, su forma es horrible, demasiado grande y resbaladiza de veneno y él sabe que, si la deja entrar, inundará todo lo que él es, llenará su casa de lodo y de cristales rotos. Eso quiere ahogarlo y él sabe que eso reemplazará todo lo que es. Él sabe que ya se ha llevado al resto del mundo y a todas las personas que lo rodean, y él resiste, y continúa resistiendo hasta que una de las no personas que lo inmovilizan saca un cincel

todo lo demás

anula

Sí, dice, sí, abre la puerta de golpe,

[REDACTED]

[REDACTED]

[REDACTED]

el mundo es ruina.

cosas

hermosas, las aplasta o las cubre de inmundicia. Busca gente deliciosa y desfigura

[Redacted]

[Redacted]

Nosotros, a quienes nos asfixian y nos conducen por \mathcal{S} , quienes radiamos [Redacted]

[Redacted]

Ellos, en número de miles de millones y están por el motor [Redacted]

[Redacted]

[Redacted]

de la ciudad

En el centro

donde se puede alimentar a la gente y la puerta cerrada

irreversible

intactos y observando,

esta última facción de Adam Wheeler

empieza a operar contra lo que eso sabe que es incorrecto.

sol, amarillo y nutritivo. Él lo sigue,

un rayo ahí arriba, un fino haz de

sobre la cima de los muros.

ciudad,

y fuera de la

lejos del núcleo.

Una

especie de hilo se desenreda tras él, una infestación

Una babosa negra cae de su lagrimal, cae al asfalto y se seca.

Recupera el conocimiento sobre el suelo duro y fregado de un pasillo amplio y fresco. Está recostado contra una pared del pasillo, como arrojado allí como un muñeco de trapo, de espaldas a la pared y con el brazo derecho extendido, cerrado en un puño tan apretado que le duelen las articulaciones de los dedos. Libera el puño, jadeando. Desorientado, dolorido, rueda y apoya la otra mano en el suelo, y es entonces cuando descubre qué le ha pasado a esa mano.

Reacciona como debe reaccionar. Agarra los muñones donde estaban sus dos primeros dedos y grita y llora desesperadamente ante el eco del edificio. Nadie le responde.

Lo último que recuerda es que estaba interpretando a Shostakovich. Estaba volando a través de él, sin obstáculos. En su mente, puede oír lo que estaba tocando, con notas perfectas, hasta el instante en que la memoria se corta. Y no puede pensar en lo que viene después. En cambio, ese último fragmento incompleto de música da vueltas y vueltas en su cabeza, termina abruptamente en la mitad de la nota y lentamente vuelve a aparecer desde hace unos segundos, un gusano. No puede liberarse de ello. Es un disco estancado. Nunca podrá volver a tocar.

Intenta hacer la forma correcta con los dedos restantes. Su mano no lo quiere hacer. Se frota los ojos con la... la mano buena. Se siente deshecho, con resaca, deshidratado. Le falta la camisa, y los brazos y pecho están casi grises por la suciedad.

Nunca podrá volver a tocar.

Se sienta allí, acurrucado, durante un largo rato, siendo pequeño, infeliz y perdido. Él sabe que tendrá que moverse tarde o temprano. Está trabajando

para lograrlo.

Mira hacia el pasillo y sus ojos se van recuperando poco a poco. Puede ver bien sin gafas, siempre y cuando no tenga que leer mucho. Está en una escuela. Hay tabloneros de anuncios, hileras de taquillas y un mural de arcoíris. El lugar está desierto y en silencio. Hay una luz roja apagada que entra por las ventanas de las puertas del aula al otro lado del pasillo, lo que sugiere que el sol está bajo en ese lado del edificio, saliendo o poniéndose. Ha impartido lecciones de música puntuales en una o dos escuelas, pero no reconoce ésta.

Con cierta inquietud, examina su mano mala. Los muñones de sus dedos están abultados y desiguales y han sanado mal. Una masa de tejido cicatricial y costras, y no hay puntos a la vista. Como si los dedos hubieran sido eliminados con gran imprecisión. Cortados. ¿O mordidos? Le preocupa no poder recordarlo. Su memoria normalmente es muy nítida y clara. Cree estar pensando con claridad, pero cuando se concentra e intenta acceder al tiempo perdido, algo en ese vacío lo hace retroceder. Un intenso calor rojo.

Se le ocurre que, aunque sus dedos amputados han sanado muy mal, sí han sanado. Ciertamente no sangran, aunque siente un dolor continuo. ¿Cuánto tiempo tomaría?

¿Cuánto tiempo ha perdido?

¿Qué diablos pasó?

Al final del pasillo, lejos de las aulas, hay una puerta de oficina entreabierta. En esa oficina empieza a sonar un teléfono.

La oficina es diminuta, está poco iluminada y repleta de papeleo. Dos escritorios pequeños y sillas de oficina destartadas. Encuentra el teléfono que suena y contesta.

—¿Hola?

La voz es sintetizada, femenina. —¿Sr. Wheeler?

—Sí. ¿Quién es?

Con un tono mesurado, la voz robótica responde. —Sr. Wheeler, ha estado enfermo durante un largo período de tiempo. Estaré encantada de responder pronto a todas sus preguntas. Pero no ahora. Hay una mujer en la habitación W16. Ella está muriendo.

—Yo... no soy médico.

—Lo sé. No hay nada que pueda usted hacer para salvarla. Sin embargo, debe acudir a ella. Ahora.

—Creo que yo... no soy la mejor persona para hacer eso. No estoy en mi mejor momento hoy.

—Tendría que ser usted. No hay nadie más.

—¿Quién es ella?

Hay una pausa. Es como si la entidad al otro lado del teléfono fuera incapaz de elegir las palabras. —Ella es... significativa. Vaya ahora, por favor. Ella no tiene mucho tiempo.

Wheeler está perdido. Al parecer no tiene fuerzas para no hacer lo que le dicen. No tiene otra dirección adonde ir. El teléfono tiene cable, de lo contrario se lo llevaría consigo. Le preocupa un poco no poder llevárselo. —¿Seguirá usted en la línea?

—Sí.

Deja el auricular descolgado. Vuelve por el pasillo silencioso. Encuentra la puerta número W16 y mira por el cristal de seguridad hacia el aula iluminada de color rojo anaranjado, entrecerrando los ojos ante la luz del sol que la inunda desde las ventanas más alejadas. Aún no tiene claro si es de noche o de día. No hay nadie en el aula que él pueda ver.

Abre la puerta y entra. Hay carteles de biología, elaborados y coloridos, y exposiciones de trabajos de curso, escritorios desordenados, libros y rotuladores dispersos, mochilas de colores brillantes. Él da un par de pasos por el pasillo central, sin ver lo que cree que debería estar viendo, se da vuelta y pega un brinco, sobresaltado. En la pizarra hay un enorme dibujo con tiza, una representación muy realista de la cabeza y de los hombros de una mujer. Juraría que el tablero estaba en blanco cuando entró.

La imagen se está moviendo. Es como si la estuvieran dibujando, borrando y volviendo a dibujar, cinco o diez veces por segundo. La mujer parece de su edad. Tiene el rostro enmarcado por masas de cabello, aunque con el efecto de color negativo de estar dibujada con tiza blanca sobre un fondo negro, es difícil saber de qué color debería ser el pelo. El único toque de color proviene de las gruesas y brillantes monturas azules de sus gafas.

Ella parece angustiada. Y parece estar diciendo algo y, aunque no hay sonido, hay un texto escrito a su lado: ¿Adam?

Él dice: —¿Sí?

Ella dice: lo recuerdo todo.

Y luego las palabras se borran y se convierten en: No puedo olvidar ni un solo minuto de ello.

Salen más líneas. Cada cosa nueva que ella dice borra la vieja.

Sé ahora todo lo que hizo

Estaba ciega y él me rodeaba

Cometí error tras error

Mató a todos los que amo, excepto a ti.

Después de esto, sus labios dejan de moverse. La última frase persiste más que las demás, antes de quedar en blanco.

Wheeler pasa un largo momento asimilando la declaración final, dándole vueltas, tratando de descubrir dónde, si es que hay algún lugar, encaja en su vida.

Nunca antes había visto a esta mujer.

Pero ¿es eso cierto? Él estudia los rasgos de la mujer, su memoria gira y descubre algo profundo y significativo en su pasado, un encuentro extraño al que no ha dedicado pensamiento en lo que parece un siglo. ¡Sí! Aquella vez en el hospital, ¿recuerdas? Te arrancaste un trozo del pie, detrás del escenario, después de un espectáculo. Pasaste media noche en la sala de emergencias, ella estaba allí y empezaste a hablar. Dios. ¿Quién era ella ahora?

Un... agente del gobierno, o al menos en esa esfera. Ella era irreal. En un nivel completamente diferente para mí. Dura, hábil, hermosa, afilada como un zafiro. Hablamos de música. Bandas sonoras de películas, y la basura que en aquellos días se consideraba ciencia ficción televisiva, y de David Lynch. Fue... bueno, no lo sabes, tan pronto, pero... fue prometedor.

Pero nada pasó. Me remendaron el pie y nunca fuimos a ninguna parte.

¿No fuimos?

—Marion —respira. Ya casi lo tiene. Él levanta una mano, temeroso, como si le indicara que se detuviera—. No. Esto no puede ser—

Te despedí porque estaba tratando de salvarte la vida.

Él recuerda. Reconecta, de repente, años y años de inextricable vida compartida. Hay demasiada energía allí. Lo atraviesa violentamente, es como agarrar un cable eléctrico pelado, es como recibir un disparo. Tropieza hacia atrás, incrédulo. Nunca imaginó cuánto había echado de menos. —No.No no.Mariona.

Y no funcionó

—¿Qué pasó? ¡Yo debería haber estado allí!

Y arruinó el mundo

Y ahora tienes que vivir en el infierno.

—¿Dónde estás? Alguien dijo que te estabas muriendo.

Ya estoy muerta. Soy el recuerdo

Pero ahora el recuerdo también está muriendo.

Ha encontrado su camino al cielo y eso lo está arruinando.

como la tierra

—¿Qué necesitas? Lo detendré. Te ayudare. Haré todo lo que pueda. Te amo.

Ella no dice nada.

Después de un momento o dos, Wheeler se da cuenta de que la imagen de ella se ha congelado.

Se acerca y observa el trabajo con tiza. Vacilante, acerca la mano derecha hacia el pesado sombreado de tiza del cabello y lo toca con un dedo. Deja un punto oscuro. El polvo de tiza es real, en la pizarra y en el dedo. Ella es sólo un dibujo.

Ella se ha ido. Todo se ha ido.

Él se desmaya.

Recupera el conocimiento en un suelo duro y fregado frente a un aula de la escuela. Está tendido allí como si lo hubieran arrojado debajo de la pizarra como un muñeco de trapo, con un brazo extendido a lo largo de la pared. Se da la vuelta, jadea y planta la otra mano en el suelo, y es entonces cuando descubre lo que le pasó a esa mano.

—Dios mío —dice mirando sin comprender los trozos cortados. De una manera extraña y abstracta, la pérdida de sus dos primeros dedos simplemente no conecta con él. Es como si se despertara ya aceptándolo. — ¿Qué diablos pasó?

Compara su mano izquierda con la derecha, que afortunadamente está impecable. La flexiona, reflejando la acción lo mejor que puede. Podría haber un pequeño daño en los nervios de su mano izquierda. Tendrá que hablar con su especialista. Pero debería poder empuñar un violín.

—Supongo que a partir de ahora tocaré como zurdo —se dice—. Dios bendito. ¿Cuánto tiempo le llevará alcanzar el mismo nivel de competencia? Un buen tiempo.

Piensa en retrospectiva. Lo último que recuerda es haber interpretado a Shostakovich. Estaba volando a través de él y no tenía problemas. Casi puede oír lo que estaba tocando, con notas perfectas, hasta el instante en que el recuerdo se interrumpe abruptamente. Pero no puede pensar en lo que vino después. En cambio, ese fragmento final vuelve a aparecer hace unos segundos, se repite hasta el punto de corte y se detiene, casi con un clic audible. Es un gusano. Se siente como un disco pegado.

Entonces hace lo que siempre hace: tararea una canción diferente para desplazarla.

Se siente extraño. Tiene resaca y está deshidratado. Le falta la camisa y sus brazos y pecho están casi grises por la suciedad. Y se está muriendo, definitivamente muriendo, por un cigarrillo. Pero se siente extrañamente optimista. Como si se hubiera recuperado de una enfermedad prolongada. Como si lo peor ya hubiera pasado.

Se levanta y sus ojos se van recuperando poco a poco. Puede ver bien sin gafas, siempre y cuando no tenga que leer mucho. El aula está en silencio, iluminada de color rojo anaranjado por un sol que podría estar saliendo o poniéndose. Hay carteles de biología elaborados y coloridos y exhibiciones de trabajos de curso, escritorios desordenados, libros y rotuladores dispersos y mochilas de colores brillantes. La pizarra está en blanco.

Wheeler ha impartido lecciones de música puntuales en una o dos escuelas, pero no reconoce inmediatamente ésta.

Al final del pasillo desde el aula, la puerta de una oficina está entreabierta. En esa oficina, empieza a sonar un teléfono.

La oficina es diminuta, está poco iluminada y está repleta de papeleo. Hay dos escritorios pequeños, cada uno con una silla de oficina destartada. Cada escritorio tiene un teléfono, uno de los cuales está descolgado. Lo devuelve a su lugar, obedeciendo un instinto arraigado de ordenar. Aunque, por supuesto, es el otro teléfono el que suena.

—¿Hola?

La voz es sintetizada, femenina. —¿Sr. Wheeler?

—Sí. ¿Quién es?

Con un tono mesurado, la voz robótica responde: —Antes de comenzar, ¿puedo hacerle una pregunta rápida? ¿El nombre Marion Hutchinson significa algo para usted?

—No como tal. ¿Debería?

La voz sintetizada hace imposible saber si quien llama está consternado, indiferente o aliviado. —No.... Mi nombre es Ulrich. Soy parte de una organización llamada Fundación. El objetivo de la Fundación era evitar que sucediera lo que ha sucedido.

Wheeler se da vuelta, repentinamente asustado. Pero no hay nada detrás de él. —¿Y qué —pregunta con cierto temor— ha sucedido?

—El mundo se ha ido al infierno, Sr. Wheeler.

—Bueno. Qué mala suerte.

Hay una pausa larga. El tiempo suficiente para que Wheeler se pregunte hasta qué punto demencial podría haber subestimado la situación. —Sí. Muy mala suerte. Sr. Wheeler, necesitamos su ayuda. Y con "necesitamos tu ayuda" quiero decir que yo necesito su ayuda. Porque de la Fundación no queda nadie más que yo. Y no tengo a nadie más que a usted. Y me estoy muriendo.

—Lamento mucho oír eso, Sra. Ulrich —dice Wheeler. Él descubre que lo dice en serio. Elige sus siguientes palabras con cierto cuidado. —¿Qué necesita?

—Necesito que encuentre a un hombre llamado Bartholomew Hughes. Por favor, tome asiento. Se lo explicaré todo.

15. Deshilachado

Marion Wheeler usó fuertes medicamentos mnésticos casi todos los días de su vida. Entre los Guerreros de Identidad del Destacamento Móvil ω-0 "Ará Orún" nunca tuvo duda de que, con motivo de su muerte, ascendería a la noosfera. Se convertiría en una Entidad Infomórfica Bader-Ramjin o en una Aparición Espiritual Volitiva de Tipo VI o en una "fantasmita" o como quisiera describir su nuevo yo. Luego, se uniría a los Ciudadanos del Cielo y continuaría la lucha de la División de Antimeméticos desde un terreno superior, probablemente con una efectividad temible.

Pero Wheeler murió en circunstancias terribles. La droga Clase Z que la mató hizo más que reforzar su memoria; destruyó su capacidad para hacer cualquier cosa menos recordar. Ascendió y llegó a la noosfera para recibir una bienvenida de héroe, pero lo que llegó fue una ideofoma con un daño cerebral tan grave que apenas podía comunicarse.

Una vez que la hicieron sentir lo más cómoda posible y se le hizo un diagnóstico inicial, Sánchez la describió casualmente como "un reloj suizo lleno de pegamento".

Ulrich le gritó por haberlo dicho y le habría pegado por su insensibilidad. —¿Cómo puede llegar enferma al Cielo? —dijo ella—. ¿No es eso simplemente el Infierno?

El Director se disculpó al modo corporativo y falso en el que siempre pedía disculpas por cualquier cosa.

—¿Cuánto más le queda por pasar? —dijo Ulrich—. ¿Quién merece esta vida?

Aquello les dolió a todos. Independientemente de la inversión personal en la misión, era difícil no preocuparse por alguien a quien habían vigilado y protegido durante años. Continuaron cuidándola como siempre, por turnos. Wheeler, vagamente consciente de tal estado, trabajó contra el problema de la misma forma instintiva y feroz con la que lo hacía contra todos los

problemas. Poco a poco ella se volvió más coherente, pero nunca volvió a ser la misma. Ulrich, en sus turnos, vio que Wheeler pasaba la mayor parte de su existencia reviviendo sus últimos momentos una y otra vez. Ella recitaba lo que parecía ser la mitad de una conversación con el propio SCP-3125, una conversación que varios del ω -0 dijeron reconocer de la Operación Ciudad Fría.

—Las ideas se pueden matar.

—Marion —le preguntó Ulrich con dulzura— ¿Dónde está Bart Hughes? Él es el único que puede detener esto ahora. Sabemos que está vivo, o estaría aquí con nosotros. Solo un indicio. Sólo una pista. Por favor.

Ella lo estaba intentando. Ulrich sabía que ella intentaba decir: "no lo sé. No puedo recordar lo que nunca supe en primer lugar". Pero lo único que pudo lograr decir fue:

—Con mejores ideas.

—Sigue presionándola —le dijo Sánchez a Ulrich cuando ella se presentó para informar—. Al menos una vez por turno.

—El interrogatorio le está causando una considerable angustia —dijo Ulrich—. Sabemos que ella no sabe nada. Es cruel seguir intentándolo. Señor.

—Se acerca SCP-3125 —respondió Sánchez—. Con el brazo rápido de la División de Antimeméticos eliminado, no queda nada que pueda detenerlo. Nuestras capacidades de investigación en el mundo real son insignificantes, la hermana de Hughes no sabe nada y ésta es la única pista que nos queda. Sé que admiras a Wheeler más que a nadie...

—Ella me guió. Ella me impulsó a ser la mejor persona que jamás haya sido. Ella honró mi memoria cuando morí. Ni mi propia familia quiso hacerlo.

—Ulrich...

—¡Somos los santos protectores! ¡La protegeré!

Sánchez hizo una pausa. La devoción de Ulrich por Wheeler (y la menor devoción de los demás) le irritaba ligeramente. Él veía a Wheeler como... bueno, bastante competente, pero en última instancia como un fracaso. Ella fue un fracaso como todos los demás en la División, con la única distinción poco interesante de ser el último de los fracasos.

Pero él fue vulnerable al tipo de retórica que acababa de emplear Ulrich. Avivó una especie de fuego en su interior. Dios sabía que él utilizaba esa retórica en sus propias comunicaciones con bastante frecuencia, exactamente con el mismo propósito.

—Está bien —dijo él—. El rastreo en la realidad continúa. Existe una pequeña posibilidad de que encontremos algo sustancial. Sigue como estabas. Sin preguntas.

SCP-3125 se encarnó el invierno siguiente.

Su primer acto tras su llegada (o, dependiendo del grado de acción inteligente que se le atribuya, el primer efecto secundario de su llegada) fue la neutralización de la Fundación. En el espacio de una noche, un equipo internacional de decenas de miles de personas desaparecieron en el olvido, o quedaron amnésicos, o bien simplemente cayeron por muerte cerebral. Los Sitios de la Fundación se convirtieron en zonas muertas huecas e inaccesibles. Unas cuantas anomalías rompieron la contención del caos, con efectos devastadores; miles de otras quedaron asfixiadas en una oscuridad irrelevante bajo la presión antimemética de SCP-3125.

El mundo sólo puede terminar de una manera, parecía declarar, grabando su declaración en la carne de la realidad. Mi mundo. Mi manera.

SCP-3125 había tenido antes escaramuzas con ω -0, pero nunca había estado claro cuánta información sobre ω -0 retenía entre esas escaramuzas. De hecho, no estaba claro, fundamentalmente hablando, cómo pensaba SCP-3125. Su comportamiento era inconsistente, impredecible y aterrador. Los

registros de sus actividades eran cognitopeligrosos, lo cual desalentaba un análisis detallado.

Al final, la pregunta demostró ser académica. Cuando llegó SCP-3125, supiera o no que ω -0 estaba allí, no tomó ninguna medida especial contra él y no tenía necesidad de hacerlo. La mayoría de los anclas de los miembros de ω -0 eran miembros de la Fundación o adyacentes a la Fundación. Con las mentes de esas personas destrozadas en el primer ataque, se desgarró la densa red de memoria mutua que había mantenido unida al destacamento desde su formación. Más de la mitad del destacamento fue arrojado al vacío y murió; la muerte final y real que ellos habían evitado durante años.

Alrededor del amanecer, hora estándar del este, Sánchez anunció que ya no era posible que ω -0 permanecieran unidos como una sola entidad. Dividió los restos del destacamento en tres. Ulrich y la memoria deformada de Wheeler fueron asignados al mismo subequipo. Sánchez dio instrucciones finales para continuar buscando a Bart Hughes, o a cualquier tipo de aliado entre los vivos, ya fuese entre la Fundación, entre GDI o entre civiles. Pero las instrucciones eran confusas e incompletas porque Sánchez no tenía ni un ápice de fe en lo que decía. No podía ver un camino a la solución. Ahora se trataba de poco más que supervivencia. Se trataba de encontrar condiciones para afrontar la muerte.

1

Ulrich nunca volvió a verlo.

Ella huyó, con Wheeler y los demás de su pequeño subequipo, a través de la superficie de una noosfera la cual rápidamente se estaba volviendo inhabitable. El mundo se deformaba en torno a la presencia de SCP-3125 en el centro del pensamiento humano, como el espacio real alrededor de un agujero negro. SCP-3125 estaba construyendo cosas, artefactos físicos reales, en el centro de las ciudades. Los estaba expulsando, como de esporas; monumentales estructuras de hormigón, en las que se alimentaba de gente en cantidades vertiginosas. Era difícil saber qué estaba pasando

dentro de las estructuras. Algunos de los millones estaban muriendo allí. Otros no. Ulrich no miró. Descubrieron a las malas que era peligroso mirar.

El subequipo se estaba quedando sin anclas. Podría haber sido por una purga sistemática, pero también podrían haber sido por simples estadísticas. Anomalías físicas y psíquicas errantes, vastas por derecho propio y esclavizadas por SCP-3125, estaban peinando la Tierra, despojándola de objetos y dándolos como alimento a las fauces de SCP-3125. La propia ancla de Ulrich, una mujer que nunca había sabido lo que era la Fundación, pero que recordaba a Ulrich con gran pesar casi todos los días, fue asesinada por esa época: fue hallada en las colinas donde se había estado escondiendo y arrastrada hacia el infierno.

Ulrich no estaba mirando. Ella no lo averiguó hasta que fue demasiado tarde. Sintió soltarse el hilo del recuerdo y lo siguió, presa del pánico, más allá de su extremo ondeante hacia la realidad física, donde no había nada. Una tienda de campaña derrumbada. Una hoguera desgastada donde todo lo importante había sido amontonado y quemado.

—¿Quién era ella? —le preguntó otro operativo de ω -0. Ulrich nunca había hablado de ello.

—Sólo la conocí dos días —dijo Ulrich—. Cuando era más joven. Ella me salvó la vida, eso es todo.

Eso era todo, notó ella. Ella fue una fundadora de carrera. Un agente experimentado del Destacamento Móvil, por el amor de Dios. Había pasado por horrores inimaginables, los había acumulado como experiencia y había seguido adelante. Pero esto, la tienda de campaña de Julia y el silencio y sin Julia, era lo peor que había visto en su vida.

Escaso de esperanza y recursos, el subequipo tuvo que dividirse nuevamente, esta vez en parejas. Ulrich se quedó con Wheeler, aferrándose a ella como a una roca, recordándola y siendo recordada a su vez. Una pareja que cooperaba podría sobrevivir sin ataduras durante un tiempo, aunque no para siempre.

Encontraron refugio en un extremo distante de la noosfera, en un grupo de estructuras arcanas dejadas allí milenios atrás por una cultura humana largo tiempo extinta. Habían sido seguidas, aunque ellas no se dieron cuenta.

Una noche, Wheeler logró hablar. Dijo: —Adam. —Fue lo primero que logró decir que no fuera una cita directa de sus propios momentos de expiración.

Esto sorprendió a Ulrich. —¿Te acuerdas de él?

La frase salió con una lentitud agonizante, como si cada sílaba fuera como escalar una montaña: —Lo recuerdo todo.

Ulrich se quedó mirándola. Sabía que los mnésticos de Clase Z hacían imposible que el sujeto olvidara. También sabía que podían hacer que recuerdos largamente borrados se reafirmaran; algunos de ellos, al menos, dependiendo del mecanismo y la intensidad del proceso de borrado. Había esperado que los recuerdos que Wheeler tenía sobre su marido desaparecieran para siempre, porque sabía que terminaban en un lugar terrible.

—No sé dónde está Adam —tuvo que decirle a Wheeler. Era verdad. Nadie lo sabía. Los agentes de ω -0 habían observado, con cierta solemnidad, el borrado de la mente de Adam Wheeler. Pero, por respeto a la decisión de Marion y para preservar la seguridad de Adam, habían desviado intencionalmente su atención durante su reubicación, destruyendo sus registros—. Puede que esté vivo. No lo sé —Ella no sabía qué alternativa era peor.

—Daisy —dijo Wheeler—, mira. —Tenía algo en las manos, una lamentable ideofoma brillante. Un pensamiento de alguien.

Era él. Un hilo de memoria que conducía directamente a él. Tenía que ser una especie de milagro, tenía que serlo para que Wheeler lo hubiera distinguido entre la lívida e insensible masa de víctimas que ahora formaban el núcleo de SCP-3125. Él era casi irreconocible. Estaba arrollado por SCP-3125. A primera vista SCP-3125 parecía ocupar cada nervio de su cuerpo. Pero había una semilla parpadeante en el fondo de esa mente, un

último vestigio de lo que alguna vez había sido él. SCP-3125 no estaba creciendo. Había demasiada presión. Pero lo estaba intentando. Él estaba retiéndolo, empujándolo.

Ulrich estaba atónita. Había sabido que había algo extraño y altamente raro en la forma en que estaba estructurada la mente de Adam Wheeler, una especie de resistencia insensible a la interferencia externa. De hecho, sabía que miles y miles de personas en el mundo compartían esa inmunidad, pero esa era otra forma de decir que, entre miles de millones, esas personas eran increíblemente raras y difíciles de localizar. Los esfuerzos de ω -0 para localizarlas y reclutarlas como aliados habían fracasado. No parecían especiales ni se comportaban de manera radicalmente diferente a los demás. No se encendía ninguna señal luminosa. Era posible que estuvieran todos muertos. Era concebible que Adam Wheeler fuera el único de ellos que quedara en todo el mundo.

Pero él quedaba. Estaba vivo.

—Lo veo —dijo Ulrich.

Wheeler no respondió.

—Lo sacaré de allí —dijo Ulrich. Se le hizo un nudo en el estómago ante la mera idea de intentarlo—. Te lo traeré.

Wheeler no respondió. Cuatro palabras originales y coherentes la habían dejado exhausta. Estaba loca de frustración por lo incapaz que ella se había vuelto. Se sentía como si estuviera atrapada bajo un enorme bloque de memoria. Dolía pensar. Dolía existir.

La capacidad de Ulrich para interactuar con el universo físico era extremadamente limitada. Otros agentes de ω -0 habían podido crear una actividad poltergeist completa cambiando la temperatura de las habitaciones y arrojando muebles, pero ella no era esa clase de especialista. Poco más podía hacer que realizar llamadas telefónicas y escribir en las paredes. No era probable que esas habilidades hicieran que Adam Wheeler se moviera. Las palabras simples nunca llegarían hasta él. El hombre ni siquiera estaba consciente en realidad.

Lo que Ulrich podía hacer era algo que el destacamento denominaba Ofensiva de Identidad. Podría interferir con el interior de las mentes vivas para hacer que sucedieran cosas. Generalmente a enemigos, generalmente el equivalente mental de un traumatismo contundente, para darles muerte. Pero podía actuar con precisión quirúrgica si era necesario.

Operar a Adam Wheeler era difícil y llevaba mucho tiempo. Su mente era dura y estaba continuamente bañada por la presencia radiactiva de SCP-3125. Ulrich cortaba y luego esperaba a que la mente de Wheeler se curara a sí misma, lo que llevaba días, y luego ella volvía a cortar. La metáfora de la plántula servía bien. La operación le recordaba a cuidar una planta. Todo el procedimiento tomaba semanas en tiempo real al menos. La paciencia necesaria para mantener las manos quietas durante días era casi inhumana.

Wheeler no dijo nada más en aquel tiempo. Estaba conservando energía. Se sentía como si le quedara un número finito de palabras, y pronunciar cada una la acercara un centímetro más al final. Ella tenía que esperar.

—Él vendrá —dijo Ulrich—. Pronto.

Ahora, desde una gran distancia abstracta, Ulrich observa cómo Adam Wheeler se despliega.

Marion Wheeler está muerta, final y verdaderamente muerta, y la mente de Adam Wheeler se está desmoronando. Es algo horrible e increíble de ver. Ni siquiera entrar en las fauces de SCP-3125 y regresar fue suficiente para desmoronarlo permanentemente. Pero esto lo fue, la bala de plata. Éste era el modo de herir a Adam Wheeler de tal suerte que nunca se recuperara. Presentarle a su esposa, un ente con daño cerebral, justo a tiempo para verla morir.

Ulrich escribe en la pizarra en un lado para no estropear la imagen de Marion, y con otra letra:

Lo siento

Lo siento mucho

Adam, por favor vuelve al teléfono.

necesito tu ayuda

Adam está postrado en el suelo y entrando en estado catatónico. No oye nada cuando Ulrich intenta llamar al otro teléfono de la oficina, el que está en el otro escritorio.

Y ella también se está muriendo ahora. Ella y Marion estaban ancladas una a la otra lo mejor que podían, pero éste es el final del camino. A ella le quedan, tal vez, horas.

—De acuerdo —dice ella a nadie. No queda nadie más.

Se arremanga figuradamente. Esto no será demasiado difícil para ella. Los recuerdos revividos de Adam Wheeler sobre su esposa brillan dentro de él, y por el borde ella puede ver la leve cicatriz donde se consumieron la primera vez. Ella tiene un mejor punto de vista, puede hacer un trabajo más limpio y más permanente.

Esto va a doler. Tanto como dolió entonces.

—La necesito —dice Adam. Todavía está boca abajo—. No se la lleve. Por favor.

Ulrich escribe,

Tienes que salvar el mundo

no hay nadie mas

Adam no levanta la vista, pero dice:

—Al diablo con el mundo. Que se queme.

Él se recupera por segunda vez. Está bien. Optimista, animado. Con ganas de ponerse en movimiento.

Ella explica todo lo que puede. Lacónicamente. Sólo las palabras clave. La Fundación, la División de Antimeméticos, la situación, el objetivo. Él lo absorbe todo sorprendentemente bien. Hace convincentes preguntas de seguimiento, lo que siempre es una señal positiva.

—Ese hilo de la memoria que la sostenía a usted —dice él—. ¿Yo no cuento? La recordaré a usted.

—Puede que tu memoria sea lo bastante fuerte —responde ella—, pero es que tú no me conoces lo suficiente.

—Ah. Eso es lamentable.

Ulrich le cuenta en detalle cómo encontrar el Sitio 41. Será una travesía inmensa, mucho más larga debido a la necesidad de Wheeler de evitar las áreas urbanas. Ella describe el velo antimemético que oscurece el Sitio 41 y la mayoría de los otros Sitios de la Fundación, un velo que ella y el resto de ω -0 encontraron totalmente impenetrable, un velo que Wheeler, si se prepara, podría atravesar directamente. Ella lo advierte sobre las anomalías psicóticas similares a huracanes y sobre las violentas aglomeraciones itinerantes de no humanos que SCP-3125 ha ocupado. Le describe algunas técnicas para evitar llamar la atención. Decide no expresar su esperanza privada de que, como reciente fugitivo del interior de SCP-3125, Wheeler todavía "les huela bien" y sea capaz de pasar. No quiere que él se vuelva demasiado confiado e imprudente.

Le explica las habilidades básicas de supervivencia.

—Camino, acampo —dice Wheeler. Aún así, nunca ha caminado ni acampado en un mundo extranjero ocupado. Nunca ha pasado meses sin electricidad ni agua. Ambos descubren que tienen mucho de qué hablar.

Están hablando por teléfono el tiempo suficiente para que Adam note que el sol rojo fuera de la ventana de la oficina no se mueve. No ha subido. No se

ha puesto. O el mundo ha dejado de girar por completo, o bien lo que está ahí fuera no es el Sol.

—Desconocido —tiene que decirle Ulrich—. Hubo una Fundación que podía responder a esa pregunta, antaño.

—Parece que esa Fundación tenía en mente los mejores intereses del mundo —dice Wheeler.

En el Cielo, Ulrich ríe, débilmente. —La Fundación nunca fue tan sencilla —dice ella.

—Sra. Ulrich, presiento que estamos llegando al final de nuestro tiempo juntos.

—Sí.

—Las probabilidades en su contra eran tremendas —dice Wheeler—. Pero me salvó la vida. Y las probabilidades en mi contra siguen siendo, bueno, terribles. Pero mucho mejor, gracias a usted. Haré lo mejor que pueda. Y la recordaré, aunque eso no suponga ninguna diferencia.

—Mate a esta cosa, Sr. Wheeler —dice Ulrich—. Cuando tenga la oportunidad, no dude.

—Entendido —dice Wheeler.

Y al mismo tiempo, alguien detrás de Ulrich se ríe de forma aguda, una vez.

Ella se da vuelta. Hay un hombre allí, de pie con ella en la noosfera, un hombre más joven y delgado, con una sonrisa horrible y la boca abierta. Ha estado esperando, en silencio y con entusiasmo, durante un tiempo incalculable a que Ulrich se dé cuenta de él. Y ahora que lo hace, obtiene todo lo que podría desear de esa reacción, una ráfaga de delicioso horror y alarma. Luego interrumpe la comunicación de ella, matándola instantáneamente, antes de que ella pueda decirle a Wheeler una sílaba de advertencia.

Wheeler no oye nada. Un leve clic y luego un tono de marcar.

Él cuelga.

16. Luz Salvaje

La sala de reuniones es la Unidad de Contención S167-00-1006, que es el cráneo de un *Cryptomorpha gigantes* nacido muerto.

El espacio hueco dentro de la cavidad del cráneo es una sala Vegas prototípica: lo que sucede allí, se queda allí. La gente entra, sale y sus recuerdos son eliminados del universo, no recuerdan nada. El cráneo fue adquirido en los años noventa. El efecto de supresión de información es un subproducto del camuflaje antimemético natural de la especie, un fenómeno que hizo que estas criaturas colosalmente altas fueran casi imposibles de observar en la naturaleza. Es un fenómeno que el Dr. Bartholomew Hughes y su equipo pasaron años intentando descubrir cómo replicar. Ya lo tienen. Pueden sintetizar hueso de *C. gigantes*, extruyéndolo en piezas prefabricadas a partir de rejillas de acero. Pueden atornillar las placas para formar cajas herméticamente selladas. Es aislamiento memético pasivo, sin necesidad de máquinas complicadas, y tiene mucho potencial.

El cráneo mide cuarenta y cinco metros de largo, dieciséis de ancho y quince de alto. Reside en el centro de una vasta unidad de contención propia construida expresamente, rodeada por el resto de los huesos del mismo individuo de *C. gigantes*, dispuestos en meticulosos patrones radiales por eficiencia espacial. El osario ocupa casi un tercio de la superficie de la unidad de contención. El resto lo componen inmensas naves industriales que contienen los órganos extraídos. Algunos de ellos son embarcaciones reales, buques de carga reutilizados con materia cerebral y tejido cutáneo.

El plano del almacén está bastante despejado, tan navegable como sombrío. Pero desde el nivel del suelo, a pie, el lugar es vertiginoso, intimidantemente macabro, incluso iluminado con fluorescentes las 24 horas. Hughes camina por un cañón resonante creado, a su izquierda, por un hueso de una pata delantera de cien metros de largo y a su derecha, el contenedor de acero azul que contiene el primer estómago de la criatura. Más adelante, el cráneo lo mira desde el cañón, una torre distante de color

blanco amarillento, cubierta de andamios y una plataforma de escaneo en desuso, con las cuencas de los ojos vacías.

Mientras camina, Hughes tiene que recordarse continuamente que todos estos son restos de un único organismo, uno de los ejemplos más pequeños de su especie.

Detrás del cráneo, donde solía estar la primera vértebra del cuello de la criatura, ahora hay una gran esclusa de aire mecánica compuesta, una rampa y algunos escalones, y un área de preparación. El área de preparación sirve como un mostrador de aduanas en miniatura, que registra a cada persona y artículo que entra y sale del S167-00-1006. Aunque los recuerdos se borran al salir, los registros escritos y electrónicos que salen del interior deben manipularse manualmente. El procedimiento estándar es que la primera persona que salga de la habitación lleve instrucciones escritas para el Oficial de Filtración, diciéndole qué otra información del interior de la habitación debe eliminarse y lo que es seguro conservar. Normalmente la lista de información a conservar es muy corta.

Hay asientos, escáneres, una máquina de café, un carrito cargado con material de limpieza y una pila de jaulas para los gérmenes. Estacionada justo fuera del área de preparación hay también una limusina a prueba de balas.

—¿Dónde están todos los demás? —le pregunta Hughes a la miembro de la Fundación con quien se encuentra, cuyo nombre es Bochner—. No llego tarde.

—Por aquí, por favor —dice ella, llevándolo a un asiento cerca de un escáner. Hughes ha pasado por este procedimiento una docena de veces, por lo que sabe mantener extendido el brazo izquierdo. Bochner arranca el envoltorio de un sensor estéril parecido a una pulsera y se lo sujeta a Hughes alrededor de la muñeca izquierda, luego observa una pantalla cercana—. Entraron hace casi una hora —dice ella.

Hughes frunce el ceño. Eso no es habitual. ¿Por qué le dirían una hora de inicio diferente? ¿Por qué necesitarían una hora de preparación antes de que él apareciera? —¿Dijeron algo?

—Por supuesto que no.

Hughes no tiene la menor idea de cuál es el tema de esta reunión ni de qué trataron las reuniones anteriores, ni siquiera si éstas tienen un tema en común.

Aunque, en realidad, tiene algunas pistas. El periodo de las reuniones es único. La primera tuvo lugar a principios de este año, y cuando salieron, amnésicos, llevaban instrucciones escritas que se habían dado ellos mismos para continuar reuniéndose mensualmente. Hacia octubre, las reuniones pasaron a ser semanales. Tuvieron tres la semana pasada. Y después del viernes crearon un nuevo horario: se reúnen durante noventa minutos todas las mañanas, a partir de hoy lunes.

Una pista más significativa es la lista de asistentes. Además de Hughes, asisten tres investigadores de alto calibre de su propia organización, junto con los directores de los Sitios 41, 45 y 167, el último de los cuales es Michael Li, jefe de Antimeméticos de la Fundación y gerente directo de Hughes.

Echa un vistazo al coche aparcado detrás de él. También está este tipo. O tipa. Hughes no sabe con certeza a quién pertenece la limusina, pero la lista de personas en el mundo que tienen la autoridad para conducir un vehículo de calle hasta un edificio de contención de la Fundación es extremadamente corta. Bueno, para ser honestos, son trece personas. Hay un O5 en la habitación. Un O5 está extremadamente interesado en sus discusiones encubiertas. Se trata de un hecho nuevo y no trivialmente alarmante.

Él asiente hacia el vehículo. —¿Este lugar no debería estar plagado de seguridad privada en este momento?

Bochner se encoge de hombros.

—¿Entró alguien a la unidad con el O5? ¿Algún guardaespaldas? ¿Alguien que se queda en el vehículo?

—No.

Hughes vuelve a mirar el coche. Las ventanillas están tintadas, aunque seguramente hay un conductor detrás del volante. Pero ¿dónde está la verdadera protección? Quizás todo sea invisible. Microbios. Hechizos ocultos de protección. Siente que el coche le está devolviendo la mirada.

—Abra la boca, por favor —Bochner le pone a Hughes una gorra en forma de disco en la cabeza, oprime un emisor en el paladar y le dispara dos pulsos de radiación a través del cerebro—. ¿Alguna intrusión psíquica?

Amortiguado por el emisor, Hughes logra decir: —Ajá.

Ella saca el emisor y lo descarta. —¿Experimentó sueño REM en las últimas doce horas?

Él se limpia la boca. —Sí.

—¿Cuántos dedos tiene?

—Diez.

—Cuéntelos, por favor.

Hughes extiende los dedos y los cuenta. —Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez.—Su pulgar derecho es el cinco.

Bochner le inyecta una sustancia que evitará que su cuerpo rechace el germen y luego saca un germen de una de las jaulas. El germen extiende sus zarcillos, confundido, no le gusta que lo recojan. —Incline la cabeza hacia atrás y mire al techo, por favor. Abra bien los ojos. Y, si puede, quítese las gafas.

Hughes accede y le entrega las gafas a Bochner para que las escanee. —Esta parte no me gusta —afirma.

Bochner no tiene comentarios. Ella le pone el germen en los ojos, como si fuera una máscara para dormir. La sensación es fría y viscosa mientras el germen se le envuelve alrededor de la barbilla y el pelo, luego los zarcillos se juntan en la nuca y comienzan a entrelazarse por la columna. Hughes ve oscuridad durante unos preocupantes segundos, luego se forma una

hendidura circular en la piel del germen sobre la parte superior de su ojo derecho, y él siente como si parte de su cerebro se dislocara. Se abre un ojo falso donde estaría el real. El globo ocular falso es casi cuatro veces más grande que el suyo. Aunque es singular, sus cuatro pupilas le otorgan una percepción de profundidad decente y puede ver un poco en el ultravioleta.

El germen actúa como un bloque externo de la memoria a corto y medio plazo y como intermediario entre el Bart Hughes consciente y el mundo real. Cuando termine la reunión, el germen será retirado e incinerado, junto con todo recuerdo de la reunión.

Existen otros enfoques amnésicos: gases, drogas inyectables, técnicas quirúrgicas, rituales ocultistas. Se trata de tecnologías seguras y probadas para uso masivo tanto del público en general como del personal de la Fundación, pero todas operan según el mismo principio esencial de que el conocimiento no deseado ya ha entrado en la mente y ahora debe eliminarse o suprimirse después del hecho. Estos procedimientos son imperfectos. La eliminación de la memoria puede dejar fragmentos críticos, en ocasiones suficientes para que las personas reconstruyan conjuntos peligrosos; y las tecnologías mnésticas para hacer que los recuerdos suprimidos se reafirmen avanza continuamente. Es probable que los desarrollos recientes en la familia de mnésticos bioquímicos de última generación, la Clase Z, produzcan una sustancia que haga irrelevantes todas las técnicas de borrado de memoria a posteriori. La única defensa amnésica contra la Clase Z será la decapitación. Así que, si hay tiempo de aviso previo, es mejor la compartimentación física, dejar espacios de aire; subcontratar por completo los recuerdos a otro organismo y no dejar nunca que toquen tu propia mente. No te pueden obligar a recordar algo que en realidad nunca has experimentado.

Es un campo complejo y dinámico, uno de varios campos en los que Hughes es un experto mundial. Hay máquinas que podrían realizar la misma tarea que el germen, módulos de silicio que se usan como auriculares, conectados a una entrada implantada quirúrgicamente detrás de la oreja, pero Hughes preferiría morir antes que someterse a conectar su cerebro directamente con una computadora, sobre todo a una construida por la Fundación. Nadie va a hurgar con sus ondas cerebrales. Cuando ingresó a

la Fundación hace treinta años puso un NC en su testamento: No Cargar. Todos pensaron que estaba loco.

Por supuesto, usar ambos, los gérmes y una sala Vegas, parece una exageración. Ésa es otra pista.

—Sus pertenencias han sido escaneadas. —le dice Bochner. Él se llena los bolsillos y recoge su computadora portátil. Caminando un poco inestable debido al nuevo peso que lleva sobre la cabeza, sube las escaleras hasta la esclusa de aire.

Hughes sería el primero en admitir que un típico miembro de la Fundación tiene un gusto espantoso. Cien de cada cien veces un miembro típico prefiere la funcionalidad brutal al placer estético, y un deprimente porcentaje de miembros de la Fundación ni siquiera comprende la distinción. Hughes ve esto reflejado en las elecciones arquitectónicas y en el diseño interior de los edificios y oficinas de la Fundación, y en sus laboratorios e instalaciones de contención, que comúnmente cultivan una atmósfera desesperada y sombría al borde de un acantilado. Lo ve en su maquinaria, sus dispositivos, sus herramientas e incluso en sus opciones tipográficas. Bordes duros, colores chocantes, aire acondicionado defectuoso, impersonalidad, desorden, claustrofobia.

Por eso, el interior del S167-00-1006 es una sorpresa y un deleite. Hughes suspira de verdad. Parece que alguien contrató a un diseñador. El lugar es espacioso y moderno, bien iluminado, con paredes selectas pintadas en colores secundarios brillantes. No se ve ni un ápice de hormigón visto.

S167-00-1006 no es un espacio único, sino una suite autocontenida de dos plantas. Hay un área central de reuniones con techo de doble altura, una larga mesa ovalada y sillas Herman Miller. A lo largo de la pared izquierda hay salas de reuniones más pequeñas con paredes y puertas de vidrio esmerilado. Sobre esto, se accede por un tramo de escaleras a un área de cocina, y en la parte trasera hay algunas habitaciones, baños y

almacenamiento adicionales. La alfombra es gris y naranja, con un patrón hexagonal no repetitivo. El lugar está bien ventilado y huele a café.

Hay cuatro personas esperándolo. Marion Wheeler, que dirige el Sitio 41, baja las escaleras de la cocina, sosteniendo un humeante vaso desechable. Graves, director del Sitio 45, está en la mesa principal, escribiendo en una computadora portátil. Michael Li está al fondo de la sala charlando con O5-8. Todos ellos llevan gérmenes. Los cuatro enormes globos oculares de los cuatro gérmenes giran al unísono para mirar a Hughes cuando entra. Es un efecto muy desconcertante. Hughes se obliga a devolverles la sonrisa.

—Bienvenido —dice O5-8. Él es... de aspecto extraño, incluso explicando el germen. Hughes nunca antes había visto un O5, y O5-8 se ve muy diferente a lo que esperaba. Intenta no mirar fijamente, pero su propio germen es extremadamente bueno mirando fijamente.

—¿Están todos al día? —pregunta Hughes. La naturaleza del ciclo de trabajo asíncrono es que el primer trimestre de cualquier reunión en una sala Vegas se dedica a leer notas de reuniones anteriores. La suposición (correcta) de Hughes es que hubo una reunión previa de una hora y que luego hicieron todos una pausa para tomar un café, y ahora están reanudando.

—Lo estamos —dice O5-8. Toma asiento en la cabecera de la mesa, con Graves a su izquierda. Li se sienta a su derecha y Wheeler a la derecha de Li. O5-8 indica una silla vacía en particular, frente a Wheeler, donde un documento impreso espera a que Hughes lo lea.

Hughes deja su computadora portátil, dudando en acercarse al documento.
—¿Quieren que lea esto ahora?

—Tómese el tiempo que necesite.

—¿Dónde está mi equipo? —pregunta Hughes—. Nos faltan tres cuerpos.

—Lea el documento, Dr. Hughes. —dice O5-8. Parece optimista. Quizás esté proyectando una fachada optimista para ayudar a Hughes a olvidar exactamente cuánta autoridad y poder ejerce. Se dice que su patrimonio

neto es esencialmente infinito. En realidad, no se trata de dinero a su nivel. Él y los de su clase pueden hacer cualquier cosa.

Hughes se sienta y lee.

El documento es un artículo científico supuestamente escrito por el propio Hughes, con varios de sus colegas investigadores como coautores, incluidos dos que deberían estar en esta sala ahora. Hughes no reconoce el título ni el contenido del artículo, pero eso no es nada especial en su línea de trabajo. El texto está escrito en su propio estilo formal y académico, por lo que no tiene motivos para dudar de su autenticidad.

Es una lectura enérgica, muy densa y directa, escrita para un público objetivo de otros científicos meméticos. En el resumen, anuncia la observación de un nuevo (anti)memeplejo, titánicamente poderoso y peligroso, designado provisionalmente como SCP-3125, para el cual los autores planean buscar la clasificación Apolión.

—Mmm.

El cuerpo principal de la primera página describe ocho fenómenos diferentes, la mayoría, pero no todos, anómalos, la mayoría, pero no todos, anómalos controlados por la Fundación y que tienen designaciones SCP. A primera vista, los fenómenos parecen no tener ninguna relación, ni entre sí ni con el SCP-3125 propuesto. Hughes sospecha que, con unos minutos, podría deducir el vínculo implícito entre ellos, pero decide seguir leyendo. Le da la vuelta al trozo de papel. El documento completo tiene sólo dos caras tamaño A4.

El otro lado son principalmente las matemáticas. Hay un gráfico, una ecuación y una breve descripción técnica de dos procedimientos de transformación memepléctica muy novedosos, que los autores denominan "amplificación".

Luego hay...

...algo así como un sobresalto en forma de texto. Hay un salto lógico crucial y, para Hughes, la llegada de la comprensión es tan contundente, tan

repentina y aterradora que lo sobresalta físicamente. Incluso sabiendo que la palabra Apolión estaba sobre la mesa, incluso preparado para esperar algo extremadamente desagradable en ese lado del papel, retrocede. —Oh, hostia puta.

Nadie más dice nada. Esperan, expectantes, a que Hughes ordene sus pensamientos y saque algunas conclusiones.

Lee el resto del documento, averiguando lo que dirá casi en directo mientras lo lee. Cuando llega al final, el impacto inicial no ha desaparecido. El alcance de SCP-3125 está muy lejos de su comprensión actual. Lo ha vislumbrado a través del ojo de una cerradura. Necesitaría tiempo frente a una computadora para jugar con los resultados y comprenderlos.

No. Primero tiene que construir filtros, el equivalente a guantes revestidos de plomo, que le permitan manipular este complejo de ideas radiactivas con cierto grado de seguridad. Siente que SCP-3125 puede haberlo vislumbrado a él.

La clasificación Apolión está reservada para anomalías activas altamente destructivas y funcionalmente imposibles de contener, algo que supera a la clasificación Kéter. Una anomalía de clase Apolión es una anomalía que, con mayor o menor garantía, acabará destruyendo el mundo independientemente de lo que se haga para detenerla. Lo único que puede evitar ese escenario particular de clase XA es si otra cosa, probablemente alguna otra anomalía de clase Apolión, destruye el mundo primero. Su nivel relativo de amenaza no se mide en recursos materiales de contención, sino en años inevitables. Hughes, sin pensarlo mucho, pondría ese número en un solo dígito.

—Sí, es éste —dice. Es extrañamente liberador—. Éste es el que nos va a matar —Mira alrededor de la mesa—. ¿Obtuvimos la clasificación Apolión?

—No —dice O5-8.

—¿No?

O5-8 sonríe levemente. —La idea actual en el espacio de los Supervisores es que la clasificaci3n de Apoli3n es una confesi3n de derrota. Es malo para la moral. Cultiva actitudes derrotistas. Aparte de las clasificaciones especiales, K ter se considera actualmente el tope de la jerarquía. Es probable que todos los Apoli3n existentes sean reevaluados y reclasificados como K ter durante el pr3ximo año. Aparte de eso,  qu  opina?

Hughes dice: — Quiere procedimientos de contenci3n? Ya hemos tenido esta conversaci3n muchas veces,  correcto?

—Imaginemos que ésta es la primera vez —dice O5-8.

Hughes mira sombríamente su documento. —Podríamos exterminar toda vida humana inteligente —dice—. Si no hay huéspedes inteligentes en este universo, SCP-3125 no se puede encarnar.

Hay una pausa de leve aturdimiento. —S  —dice Wheeler—. Ya ha propuesto usted ese enfoque antes. Y no creo que ninguno de nosotros haya estado nunca completamente seguro de si hablaba usted en serio.

—Hablo completamente en serio cuando digo que podríamos hacerlo, y completamente en serio al decir que funcionaría —dice Hughes—. Nuestra declaraci3n de misi3n es "Seguridad, Contenci3n, Protecci3n". En algún momento deberíamos considerar agregar a eso "y mantener vivos a tantos seres humanos como sea posible".

—Está implícito que es la humanidad lo que protegemos —dice Graves.

—Asegurar las anomalías, contener las anomalías, proteger las anomalías.  C3mo analizarlo de otra manera?

—Nos estamos saliendo del tema —dice Wheeler—. No vamos a exterminar toda la vida inteligente.

—Podríamos terminar y suprimir inmediatamente todas las investigaciones meméticas y antimeméticas en todo el mundo —dice Hughes—. Tendríamos que dismantelar, sistemáticamente y para siempre, todo el campo científico. Detener todos los experimentos, descartar todas las

investigaciones, purgar el cerebro de todos los investigadores. Si nadie investiga activamente este campo, nadie encontrará jamás a SCP-3125. Permanece enterrado indefinidamente en los confines más lejanos del espacio ideal, como los residuos radiactivos —Mira al techo. El problema es interesante—. Irónicamente, la forma más práctica de hacerlo sería desarrollar un meme artificial. Uno que codifique la idea de que la investigación memética es intrínsecamente inútil y dañina. Enriquecerlo con virales religiosos o pseudocientíficos y emitirlo al público en general. Un año después de que saliera a la luz estaríamos desmantelando nuestros propios laboratorios. A menos que la inmunidad institucional de la División de Antimeméticos a ese tipo de amenaza externa fuera lo bastante fuerte como para resistir la presión. Un escenario interesante. Aunque no vayamos en esa dirección, definitivamente deberíamos pensar en aplicarlo a un juego de guerra en simulación, ver qué resultados son probables.

—Bart —dice Wheeler.

—No, esconderse no funcionaría. SCP-3125 podría introducirse externamente o ocurrir de forma natural.

—Lo sabemos. Bart, eso ya pasó. SCP-3125 está encarnando mientras hablamos. Mira estas anomalías precursoras. Estamos en lo que tú llamaste el presagio. Esta aquí.

Wheeler se refiere a los modelos predictivos que Hughes debe haber creado durante reuniones anteriores, modelos con los que Wheeler no tiene tiempo de familiarizarse. Aun así, lo entiende.

Desearía no haberlo entendido. Su miedo proviene de un lugar completamente diferente al de la mayoría de las gente. La magnitud puramente alienígena del adversario basta para intimidar a la mayoría y llevarlos a una petrificada sumisión. De una lectura superficial, SCP-3125 parece un escenario de pesadilla; va a convertir la civilización humana en algo más allá de la capacidad de imaginación de Hughes. Pero eso ocurre todos los lunes en este trabajo y, en cualquier caso, Hughes no tiene mucha imaginación. Está íntimamente familiarizado con casi toda la base de datos de SCP y es una autoridad mundial en contención de anomalías. En las pocas áreas de la ciencia en las que no tiene habilidades a nivel de genio, ha

confiado en colegas que sí las tienen. Todas ellas son problemas resueltos, cajas cerradas con llave.

Esto es diferente. Él tiene más ideas, pero no hay forma mecánica de empezar a trabajar en el problema. SCP-3125 lo destriparía en el momento en que intentara comprender todo el problema. Tendría que diseñar y construir la caja estando ya dentro de la caja que está construyendo. Tendría que encajonar el universo.

Mira por las paredes de la sala. Parecen estar aguantando.

—Podríamos escondernos en unidades como ésta el resto de nuestras vidas —dice él—. Toda nuestra especie. Mientras SCP-3125 vagara por nuestra realidad sin control, como una plaga. Declaro que éste sea el exterior de la unidad de contención. Hecho.

No hay reacción.

—No creo que podamos hacerlo —dice él—. Si SCP-3125 está activo en nominalidad de consenso en este momento, el juego ha terminado. No me importa si la clasificación Apolión vive o muere, en mi opinión esta anomalía es funcionalmente incontenible. Yo... Puede que mi equipo y yo hayamos dicho algo diferente en iteraciones previas. Puede que yo estuviera en el espacio mental equivocado para ver la respuesta. Todos somos personas diferentes día a día.

—No —dice O5-8—. Usted dice lo mismo siempre.

—Entonces, ya está. ¿Es así?

O5-8 dice: —El objetivo de la Fundación es la protección. En la mayoría de los casos, esto implica la contención segura de entidades anómalas y el establecimiento de procedimientos especiales de contención para que dichas entidades puedan mantenerse de forma segura e indefinida. La orientación estándar está en contra de la neutralización activa para evitar la destrucción a toda costa. Todos los presentes en esta sala son conscientes de ello. Sin embargo, los altos funcionarios de la Fundación como yo tenemos derecho a renunciar a esa directriz bajo ciertas condiciones estrictas. Estoy

ejerciendo ese derecho. Considero que en nuestra realidad, SCP-3125 no puede coexistir con la civilización humana. Vamos a destruir a SCP-3125. Para siempre. ¿Cambia esto algo su perspectiva?

—Procedimientos especiales de neutralización —Hughes está atónito. Su expresión empeora por minutos.

O5-8 añade: —Sé que la neutralización es... generalmente considerada más fácil que la mera contención.

Hughes dice:

—Cuando me uní por primera vez a la Fundación, le pregunté a mi mentor, quien se jubiló hace muchos años: "¿Cuál es la anomalía más grande que hemos contenido?" A la que él tenía acceso, por supuesto. Y me habló de un rumor muy antiguo que había escuchado una vez en sus primeros días, cuando apenas comenzaba. El rumor era que las religiones abrahámicas no siempre habían sido monoteístas. Originalmente, había tres Dioses con D mayúscula. Y en algún momento de los últimos ciento cincuenta años, la Fundación había matado a dos de ellos.

—Yo lo creí. Era muy joven, inexperto, ingenuo y algo impresionable. No fue hasta años después que recordé la conversación (y el hecho de que nunca había escuchado ese rumor, ni nada parecido, de nadie más) y me di cuenta de que me había estado mintiendo.

—Y ahora han pasado décadas y la tecnología memopléctica moderna es cien mil millones de veces más avanzada que en aquel entonces, y yo construí el treinta por ciento de ella, y veo lo que maneja la Coalición Antimemética trimestralmente, y sé mejor que nadie sobre la faz de esta Tierra lo que es o no es posible, y...

Se calla. Todos esperan expectantes que diga algo. Él no puede mencionarlo. Está en el estado de ánimo equivocado. Tal vez lo esté negando, tal vez la solución sea una idea que él no quiere abordar. Que irónico...

—¿Qué dije? Sólo dígame.

—Su equipo sugirió que sólo porque SCP-3125 sea la amenaza memoplética más poderosa jamás observada no significa que esté en la cima de la jerarquía —dice O5-8—. Sugirió que sería posible sintetizar una idea de un orden de magnitud aún más poderosa que SCP-3125, diseñada específicamente para neutralizar a SCP-3125, y bajo nuestro control. Un contrameme.

—Eso tomaría... Eso podría ser... posible —arriesga Hughes—. Sería increíblemente peligroso. Se necesitarían enormes recursos. Y de diez a veinte años de trabajo en tiempo real, de forma totalmente ininterrumpida. Para evitar la observación, necesitaríamos estar herméticamente aislados del universo exterior durante todo ese tiempo. Necesitaríamos un laboratorio tan grande como Arcología de Despliegue. Espere un segundo.

Su cerebro acaba de ponerse al día. Se da cuenta del contexto en el que dice estas cosas. Y él lleva trabajando en la Fundación mucho tiempo.

—Ya está —dice—. El laboratorio ya ha sido construido. Fue construido hace décadas, en secreto, pusimos a nuestros mejores investigadores en su interior y ahora el trabajo está hecho. Por eso nos estamos reuniendo ahora. Estamos listos para empezar. Estamos averiguando cómo implementar el contrameme. ¡Eso es brillante! Si estoy en lo cierto, es brillante. ¿Estoy en lo cierto?

—Bart —dice Wheeler—. Cuando te uniste a la Fundación te enseñaron que llegaría un día en el que tendrías que, con muy poca preparación, sacrificar gran parte o toda tu existencia para proteger lo que más necesita protección. Llevas trabajando aquí treinta años. Y durante todo ese tiempo supiste que ese sacrificio estaría en tu futuro algún día. A todos nos enseñaron lo mismo.

Hughes siente como si una sombra cayera sobre él. Mira a Michael Li, su director, que aún no ha hablado.

Li dice: —Tienes razón en que el laboratorio está construido. La construcción se completó en las últimas cuarenta y ocho horas. El equipo de construcción ha sido amnestizado y despedido. Pero el trabajo aún no ha comenzado. Ese es el tema de hoy.

Hughes dice: —Ahí es donde entra mi gente.

—Ahí es donde entra tu gente —dice Li—. Están en el búnker, esperando. Tenemos preparada tu historia de tapadera. Vamos a fingir tu muerte. Es la hora. Vas a bajar ahora.

—¿Ahora? No. Yo... lo dudo.

—Tu equipo se ofreció voluntario. Yo mismo me ocupé de ellos. Son buena gente —dice Li.

—Sobre mi cadáver —dice Hughes—. ¿Me ofrecí voluntario para esto?

Wheeler dice: —¡Bart!

Hughes dice: —Cualquier versión anterior de mí que estuvo de acuerdo con esto era un maldito idiota, y repudio sus opiniones. Esta es una sentencia de prisión. No quiero pasar veinte años sin poder ver el sol. No quiero que me entierren vivo en el trabajo. Tengo...

Se calla y mira a través de la mesa, con los ojos desenfocados. Estaba a punto de decir: "Tengo familia".

Pero no lo dice.

Todavía queda su hermana. Ella es de la Fundación, como él. Pero él no puede hablar con ella y ella no puede hablar con él. Ya lo han intentado.

Intenta otra táctica. —Esto... tiene una baja probabilidad de éxito. Los plazos son malos. Estamos en 2008. SCP-3125 estará aquí a finales de la década de 2010.

—El plan tiene una excelente probabilidad de éxito —dice Graves.

—Defina excelente —dice Hughes.

—Mejor que el cincuenta por ciento. Según tú. —Graves saca un grueso informe que presumiblemente lo respalda.

Hughes mira el documento. Puede ver su propio nombre en la portada. Maldita sea. El cincuenta por ciento es bueno. Si él fuera otra persona en esta sala, aferraría la oportunidad con ambas manos.

Graves continúa. —Nos convenciste de que había que hacerlo. Y que tú tenías que estar en el centro. Estabas dispuesto a hacer el sacrificio. —Abre el documento por una página al final. El globo ocular de su germen recorre rápidamente la página y encuentra el pasaje que busca—. Permíteme citarte tus propias palabras: "SCP-3125 representa una amenaza de escala omniversal. Amenaza realidades vecinas a la nuestra. Amenaza los microversos dentro de nuestro macroverso. Amenaza universos que consideran el nuestro como ficción..."

—Adelante, piense en ello como una pena de prisión, si eso le ayuda —interrumpe O5-8—. Rescinda su consentimiento si lo desea. Pero el siguiente lugar al que irá después de esto es el búnker.

Hughes vuelve a mirar las paredes de la sala. Él está dejando demasiado claro lo que está pensando.

—La puerta está cerrada, Dr. Hughes —dice O5-8—. No saldrá hasta que hayamos terminado con esto.

—¿Cuál es la tapadera? —pregunta Hughes—. ¿Cómo habéis pensado hacerlo?

—Una fuga de gas helio en S167-B03-312 —explica Graves—. La filtración será real. Ya hay un cuerpo falsificado allí, imposible de distinguir de uno real. Hemos alterado tu horario público del día. Te coloca en esa habitación, no en ésta. Respecto a...

—Intenta ganar tiempo —dice O5-8 a Graves y a los demás—. Él no necesita saber nada de esto.

—Nombre a otra persona —sugiere Li—. Siendo serios. ¿Quién en el mundo, aparte de usted, tiene posibilidades creíbles de resolver este problema? ¿A quién podríamos enviar en su lugar?

Hughes no dice nada. No hay nadie. En realidad, nadie en el mundo. Y él puede hacerlo.

Li presiona. —¿Hay otra persona? Aunque no quisiera hacerlo, ¿quién tiene las habilidades que necesitamos y quién no está ya en la cámara?

El mundo cambia un poco de posición. Li está de pie ahora. Wheeler mira alerta a su alrededor, agarrándose al brazo de su silla. Tiene una pluma estilográfica en el puño, destapada. Es como si acabara de recordar algo. O5-8 mira a Wheeler, desconcertado por su reacción ante, aparentemente, nada. Hughes no nota nada.

—Sólo yo —dice Hughes.

—Sólo usted —dice Li—. Eso me basta.

—Espera un segundo —dice Wheeler.

Li saca un arma de la nada. Las enormes pupilas del germen de Hughes se reducen a alfileres violetas.

Esto no es parte de ningún plan, todos en la sala lo saben. Es un arma real. Es imposible que pudiera tenerla. Wheeler comienza a levantarse de su silla. Su propia arma está guardada en una caja fuera.

Li apunta al pecho de Bart Hughes y dispara dos veces. El primer disparo le atraviesa el pulmón. La segunda bala, disparada mientras Hughes se desploma, perfora la pantalla de su computadora portátil, que es a prueba de balas, y rebota en la pared de la sala de reuniones.

Li se gira y ahora apunta a O5-8, quien recibe dos disparos, cada uno de los cuales provoca un chillido electrónico ensordecedor y un destello de luz verde luminosa mientras la barrera protectora de O5-8 absorbe la energía. Wheeler se lanza hacia Li desde detrás del brazo del arma, desviándola hacia arriba con una mano mientras le hunde la pluma estilográfica en la garganta con la otra. Li lucha. Wheeler tira con fuerza, abriendo toda la

garganta. Los dedos de Li se aflojan y ella rinde el arma. Li gorgotea de dolor y se desploma hacia atrás, agarrándose inútilmente la herida. Él estrella la cabeza (bueno, el germen que lleva en la cabeza) contra una puerta de vidrio de la sala de reuniones y éste cae resbalando hacia un creciente lago rojo. El germen está neutralizado.

Son dos segundos en los que no pasa nada.

Los ojos de O5-8 se encuentran con los de Wheeler. —¿Qué opina? — pregunta con urgencia.

—Michael Li quedó comprometida, no sé cómo —dice Wheeler. Ella pone el seguro al arma, la enfunda y salta sobre la mesa para ver cómo está Hughes. Está muerto, descubre. Graves también está muerto. ¿Cuándo diablos dispararon a Graves? ¿Qué acaba de pasar en esta sala?—. Todo este Sitio podría haber quedado comprometido de arriba a abajo.

—Tengo preguntas de seguimiento —comienza O5-8. Un rayo de calor y luz letalmente intensos lo interrumpe y quema la pared detrás de su cabeza. Él se agacha.

Wheeler se gira para rastrear la fuente y apunta el arma con manos ensangrentadas. Algo se está abriendo camino a través de la esclusa de aire de la unidad de contención. Es un láser potente, manejado con precisión robótica. Todo está sucediendo casi demasiado rápido para verlo.

—Mi seguridad personal —dice O5-8—. Escuchó los disparos.

—Cancélalo —dice Wheeler—. Si hace brecha en esta unidad, SCP-3125 vendrá por todos nosotros.

—La unidad está herméticamente sellada. No puedo enviar ningún tipo de señal hasta que la puerta se abra.

—Eso es un problema.

La esclusa de aire se parte y se rompe en segmentos. Un enorme mecanoide de brillante armadura negra aparece en el hueco, agachado para mirar

dentro de la sala. Parece exactamente como si la limusina de O5-8 se hubiese levantado y empezado a caminar. Aún es imposible adivinar si podría haber un piloto humano en su interior. Detrás, a lo lejos, Bochner está inmobilizada, sellada a una de las sillas del área de preparación con una cantidad considerable de pegamento naranja transparente. Ella grita: — ¡Ayuda!

Para Wheeler, parece como si una ola negra la cubriera y entrara en la unidad de contención desde el exterior. Deja caer el arma y levanta las manos. No es probable que la encuentren sujetando una pistola humeante sea buena idea, y ella no sabe con certeza qué heurística humana, electrónica o de otro tipo, controla el mecanoide; podría ser propenso a tomar malas decisiones.

—Retírate —le dice O5-8 a su guardaespaldas, que deja de moverse, aunque su único láser no, pues parpadea rápido entre cuatro objetivos inmóviles: Wheeler, Hughes, Graves y Li. Está esperando movimiento.

Li, que no está completamente muerta, se retuerce. El láser pulsa una vez en represalia, atomizando la cabeza y el germen. El láser se configura en un patrón más corto, recorriendo los tres objetivos restantes. Wheeler no se mueve ni un milímetro.

—¡Dije: Retírate!

Esta vez parece escucharlo. El láser se apaga y el mecanoide adopta una posición neutral.

Wheeler se relaja. —Li estaba comprometida —vuelve a decir. Se apresura al fondo de la habitación, donde hay un botiquín médico montado en la pared—. Tenemos que sacarte de aquí. Luego hay que esterilizar el Sitio.

—¿Comprometida cuándo? —pregunta O5-8—. ¿Por quién? Me dieron a entender que SCP-3125 dejaba a sus víctimas totalmente subordinadas físicamente a él, biológicamente incapaces de hacer otra cosa que propagar sus conceptos centrales. Pero Li todavía tenía un alto funcionamiento.

—Algo hemos calculado mal —dice Wheeler. Tira la mayor parte del kit a un lado y se queda solo con una cápsula de forma extraña con una boquilla delgada y un líquido rosa en su interior.

—¿Y el arma? A todos nos registraron al entrar.

—No lo sé. —A Wheeler se le ocurren varias formas de introducir el arma en una habitación sin ser detectada. Li podría haberla colocado en el baño en una visita anterior. Bochner podría ser cómplice. Quizá otros. Ella cree que hay muchas posibilidades de que los tres miembros del equipo de Hughes también hayan sido asesinados.

Todo es académico ahora. Ella se aplica la cápsula en la muñeca derecha e infunde la primera mitad de la dosis. Es un amnésico químico de acción rápida. Confía en que dividir una dosis entre los dos sea suficiente.

—¿No es ésta la parte donde SCP-3125 hace acto de presencia? —sugiere O5-8—. Ciertamente siento... algo. En mi cabeza. En mi germen, debería decir.

—Yo también. Súbete la manga. También tienes que desactivar tu escudo un segundo —Él accede y Wheeler le suministra el resto de la droga. Wheeler desearía desesperadamente que los escudos fueran estándar, pero son excepcionalmente difíciles de conseguir y existen serias controversias y efectos secundarios asociados con ellos.

Afuera, Bochner gorgotea y empieza a hablar en lenguas. Ahora vuelve a gritar. Cuando Wheeler mira, algo largo y oscuro, afilado como una jabalina y bifurcándose en filamentos, desciende desde algún lugar del techo del almacén. Se enrosca alrededor de la silla a la que Bochner está pegada y la eleva en el aire. Aparece una segunda sonda delgada. Sondea con curiosidad el abdomen cubierto de pegamento de Bochner y luego se empuja a través de ella, como un alfiler a través de un papel.

Ella gime, litros de sangre brotan y salpican el suelo debajo de ella. El tentáculo se retira, luego hace un segundo agujero al lado del primero y continúa de esa manera.

Otras patas de araña empalan al guardaespaldas mecanoide de O5-8 y lo alejan de la esclusa de aire, diseccionándolo rápidamente en pedazos chispeantes. El láser parpadea violentamente mientras la máquina muere. No sirve de nada.

A lo lejos, se activa una alarma de contención en todo el sitio.

—Es una amenaza memética —dice O5-8, mayormente para sí mismo—. ¿De dónde entran las aracnoformas?

—¿Tienes transporte alternativo? —pregunta Wheeler.

—En S167-B02-101, hay una cápsula de escape —dice O5-8.

Mientras lo dice, Wheeler lo escribe en su mano con su pluma estilográfica ensangrentada. —¿Subterráneo? ¿Estás seguro? ¿Hay un código para la puerta?

O5-8 enumera cinco dígitos. Se agarra la cabeza. Su germen se contrae tristemente, cambia de color y textura, como si una infección se estuviera extendiendo por su piel azul pálido. —Puedo sentirlo. Son como... mandíbulas de acero. Esto es... muy desagradable.

—Tenemos que llegar a la cápsula de escape —dice Wheeler—. No hay nada más que importe. No necesitamos recordar por qué. ¿Entendido?

Las patas de araña llegan a la esclusa de aire y comienzan a destrozar la sala. Se mueven rápido, son avariciosas y están enojadas. Saben que hay algo importante en el interior, pero no pueden acceder a ello. El hueso del cráneo es demasiado fuerte para romperlo.

O5-8 no tiene mucha experiencia de campo. El amnésico está nublando sus pensamientos. —Dependo de usted —dice, adormilado—. Cápsula de escape. Guíe el camino.

Wheeler le toma la mano. En la otra tiene el arma de Li: le queda una cantidad decente de munición. —Conmigo —dice ella. Ya ha hecho esto antes. Aunque ella no lo sabe.

El techo del almacén empieza a derrumbarse.

Pero ¿qué es esto?

¿Dónde está? ¿Cómo es SCP-3125? ¿Su motivación, sus orígenes, su *modus operandi*...? ¿Cuánto de eso se puede saber? ¿Es necesario saberlo para solucionar el problema? ¿Importa cuán inteligente sea la inteligencia, una vez que está dentro de la caja, una vez que está en jaque mate?

¿Y qué forma actínica y desgarradora podría adoptar el contrameme? ¿Cómo pudieron las manos humanas ensamblar algo tan devastadoramente poderoso y mantenerlo estable? ¿Qué mente humana podría manejarlo sin que les explotara de adentro hacia afuera? ¿Qué efecto tendría en el espacio ideático humano desplegar ese concepto en ira? ¿A qué distancia de la solución está la ciencia memética moderna: un año, un siglo? ¿A qué loca imposibilidad se acaba de comprometer Hughes?

Él no sabe nada. Sabe que el Sitio 167 se está desmoronando y que algo violento y psicótico está inundando sus pasillos y su gente, un lívido enjambre errante que convierte a cada ser humano en lo peor que un ser humano puede ser, algo incorrecto, con aspecto incorrecto, incoloro y furioso. Hughes corre por los pasillos y luego por los conductos de ventilación que lo llevarán a mayores profundidades. Es pequeño y tiene una escurridiza locomoción rápida. Puede lograrlo. Puede encerrarse dentro.

No sabe qué necesita un germen para sobrevivir. Lo único que ha visto son las jaulas. No conoce la rutina de cuidados de Bochner. ¿Vive eso en agua, en el plasma sanguíneo de los *C. gigantes*? ¿Se alimenta con una fórmula? Tendría que aplicar ingeniería inversa a su propia biología antes de morir de hambre. No conoce el modelo de su propia mente. Duele pensar.

Pero él puede pensar.

17. Sangre/Cerebro

No hay ciclo día/noche.

Casi una semana después de su viaje, Wheeler se da cuenta de que puede realizar un experimento. Elige para dormir un edificio con techo alto, una biblioteca. Antes de acostarse, instala un péndulo de Foucault. Suspende del techo una piedra pesada con un alambre y la hace balancearse. A la mañana siguiente, el lento péndulo sigue oscilando y ha experimentado precesión. Se balancea casi en ángulo recto con respecto a la marca que ella hizo antes de irse a dormir.

Eso significa que el mundo sigue girando.

Pensándolo bien, no sabe si eso prueba algo. No está claro si el Sol o la Luna aún existen, o algún otro objeto celeste aparte de la cuenca del ojo rojo y negro en el horizonte. Ese ojo nunca se mueve. Proyecta sombras largas y amenazantes, y al mismo tiempo es lo bastante brillante como para cegar a Wheeler cada vez que ella tiene que caminar en esa dirección aproximada, lo cual es casi la mitad del tiempo. Independientemente de la evidencia física, no parece que esté caminando sobre una Tierra real o que esté completamente despierto. Se siente como una hormiga, arrastrándose por la superficie de un monolito toscamente tallado, entrando y saliendo de las runas cinceladas en la superficie de ese monolito, runas que forman una mitología apocalíptica imparables. Tiene migrañas y, al cabo de casi todos los "días", surgen manchas multicolor en zigzag en su visión. Siente como si el mundo entero cayera perpetuamente bajo sus pies, como si él y ambos cayeran en picado en un abismo.

Aún no lo han atrapado. Los fenómenos violentos de los que Ulrich le advirtió no han aparecido, lo que lo hace sentirse incrementalmente afortunado y nervioso. Lleva un arma robada con la que ha practicado un poco; es mejor tirador de lo que habría imaginado, usando sólo su mano derecha. (Su mano izquierda, la destrozada, no hace más que temblar. Tiene que mantenerla apretada contra el pecho cuando dispara). El arma le da menos tranquilidad de la que le gustaría. La siente como si, llegado al punto

en que él terminara por meterse en problemas, ésta pudiera transformarse repentinamente de un arma de fuego en funcionamiento a una incómoda carga metálica, una distracción explosiva en el bolsillo. En ocasiones, en el horizonte, ve una figura del tamaño de un rascacielos que pasa acechando. Él se queda quieto o se esconde y esa cosa no lo ve. Aparte de eso, el mundo parece desierto, vacío, como un coche volcado en una zanja embarrada. Puertas abiertas, luces aún parpadeando. Wheeler se siente... desconectado. Afortunado. Culpable.

Se mantiene alejado de las ciudades. Todavía no ha estado a la vista de ningún sarcófago: Ulrich se mostró evasiva al describirlos y le aconsejó en los términos más enérgicos posibles que se mantuviera alejado de ellos. Pero durante otra "noche", él elige un mal lugar para acampar donde el viento y la geografía local canalizan hasta él el ruido de uno de los sarcófagos desde el valle. El ruido, a pesar de su debilidad y lejanía, cultiva pesadillas tan intensas e intolerables que él tiene que levantarse, volver a hacer las maletas y alejarse tantos kilómetros como es necesario. El ruido crea en él cosas que desea encarecidamente que no sean retrospectivas.

Entra en una tienda y, junto con comida envasada y agua embotellada, roba un reloj de pulsera digital barato, que tiene función de fecha. Hoy es lunes 17 de abril; acaba de pasar la hora del almuerzo.

El tiempo todavía pasa. En cierto nivel, todo esto es un hecho. Está sucediendo.

Y si realmente está sucediendo, entonces, ¿qué?

Ya no hay ninguna ambigüedad sobre lo que, específicamente, está sucediendo. Ni en la mente de Wheeler ni en la de nadie. Hace mucho tiempo que el mundo atravesó la capa límite antimemética de SCP-3125 y entró en su núcleo radiactivo. Ya no es necesario que SCP-3125 finja que no es lo que claramente es. ¿Qué otra cosa podría ser? ¿Qué diferencia podría suponer eso ahora, qué podría presentarle oposición? Está ahí, a la vista.

Wheeler lo ve. Toda la realidad consciente lo ve. Está sucediendo en todas partes, a todo el mundo. No es físicamente posible concebir otra cosa.

No hay peor escenario que el que está sucediendo ahora. No hay carrera contra el tiempo; no hay reloj que haga tictac; No hay un último segundo, el último segundo fue hace años. No hay nada que evitar. Ésta es la posición final del juego, la forma más elevada y refinada de la civilización humana. Ésta es la forma del próximo millón de años.

SCP-3125 está ahí. Monstruoso, casual e indiferente.

Y Wheeler está solo con sus pensamientos durante un largo período de tiempo, y tiene poco más en qué pensar, y arruga la frente, parpadea un largo parpadeo, mira de nuevo y se da cuenta de qué era lo que no estaba viendo...

SCP-3125 está allí de pie. Como un ser humano.

Llega al Sitio 41 a principios de mayo. En este punto, su reloj biológico se ha desviado mucho. Técnicamente es alrededor de la medianoche cuando posa la vista en el lugar por primera vez.

Estampado en la realidad por la detonación de la ojiva antimemética hay un campo protector que rodea el lugar y que se irradia unos cientos de metros más allá del perímetro del Sitio. Es una repulsión psicológica, no física. Un denso baluarte de irrelevancia. No hay nada aquí. Sigue caminando. A pesar de haber sido advertido al respecto, Wheeler sucumbe al efecto. Después de caminar treinta minutos por la carretera, vuelve a revisar el mapa, se da cuenta de lo sucedido y regresa por donde ha venido. Esto sucede una segunda vez. Al tercer intento lo consigue. Estimación y fuerza de voluntad.

Por alguna razón, había estado imaginando unas ruinas antiguas y dramáticamente cubiertas de maleza, pero la brecha de contención que llevó a la destrucción del Sitio ocurrió hace sólo dieciocho meses, y la explosión de la bomba que concluyó el brote fue figurada, no física. Casi un tercio del edificio principal del Sitio 41 ha sido derribado, pero el resto está

perfectamente intacto y sin daños. La Madre Naturaleza no lo ha reclamado. Los árboles nudosos no brotan del lado dañado.

Wheeler exhala. Hay una atmósfera tranquila y segura en el lugar. Es como si el Sitio 41 tuviera su propio microclima fresco. Es más fácil pensar. Incluso la luz aquí es un poco más amarilla, más natural.

La entrada principal del Sitio está sellada con puertas de acero, pero Wheeler rodea el lado dañado del edificio y logra entrar sobre los escombros. Se mueve a un ritmo medio-lento. No puede permitirse el lujo de cometer un error, pero si va demasiado lento, sabe que pensará demasiado en la situación, se asustará y tendrá que retirarse completamente al exterior del edificio. La fallecida Daisy Ulrich le prometió que el Sitio era Seguro. Luego hizo todo lo posible para explicar con precisión lo que significaba "Seguro". Sin entidades capaces de dañar a una persona de forma espontánea y activa; sin entidades que necesiten procedimientos de contención activos y dinámicos. Un SCP Seguro puede dejarse en una habitación oscura y cerrada con llave indefinidamente sin ningún riesgo, le explicó ella.

—Una bomba nuclear es Segura —dijo ella dando el ejemplo canónico.

—Bueno —respondió él—. Hasta cierto punto.

El Sitio es Seguro, se dice a sí mismo avanzando sigilosamente. Las cosas más peligrosas que va a encontrar son ratas y (da un salto hacia atrás, apuntando su linterna a una forma aterradora) cadáveres.

El cadáver está sentado contra la pared de un pasillo. Aferra un cuchillo de combate, que parece haber enterrado hasta la empuñadura en la parte interna del muslo, abriendo una arteria que brota. Wheeler retrocede contra una pared, incapaz de mirar el cuerpo, pero igualmente incapaz de perderlo de vista, en caso de que... haga algo. Se siente débil. No ayuda que, en ese momento, las luces fluorescentes del pasillo se enciendan, activadas por su movimiento, dándole una visión mucho mejor de la escena. La escena es tan sangrienta como puede serlo cualquier suicidio.

—No, gracias —dice. Él retrocede. Retrocede todo el camino por el pasillo y atraviesa las ruinas hasta el lugar rojo virulento que pasa por la luz del día, y allí vomita.

Le lleva mucho tiempo convencerse de volver dentro.

Encuentra muchos más cuerpos. Algunos de ellos están en grupos y han muerto durante altercados violentos o durante escenas más complejas que Wheeler no puede analizar por completo. Algunos de ellos están desmembrados o simplemente en pedazos dispersos. Algunos de ellos parecen haber estado muertos mucho más tiempo que los demás; son poco más que piel fina, como una oblea envuelta alrededor de esqueletos, y hay cosas extrañas escritas en las paredes junto a ellos. Wheeler no imagina por qué.

Todavía hay electricidad. Hay agua corriente.

Al principio, casi todas las puertas que encuentra están cerradas, pero reúne tesón y regresa con cada uno de los Fundadores muertos por turno, y recupera llaves y pases de seguridad. Pronto tiene el control del lugar, con sólo unas pocas salas de control y unidades de contención altamente seguras que le rechazan.

En este punto, su tarea se ha vuelto abierta. Si Hughes no está en algún lugar del Sitio 41 (lo cual es casi seguro), Wheeler necesita encontrar información que conduzca a su verdadera ubicación. Necesita datos.

Recoge dispositivos: teléfonos, computadoras portátiles y terminales de computadora, contruidos por la Fundación con factores de forma gruesos. La mayoría de ellos necesitan contraseñas o código PIN, que no puede conseguir, pero algunos pueden desbloquearse mediante pases de seguridad o datos biométricos, que sí puede conseguir si lleva el dispositivo al cadáver en cuestión y presenta su rostro o dedo al escáner. Los dispositivos también tienen energía. Wheeler no puede encontrar nada parecido a una lectura de batería en ninguno de ellos. Poco a poco está aprendiendo una lección clave: la Fundación construye cosas para que duren. Y aunque la Fundación

como grupo de personas está ausente, los sistemas físicos que construyeron siguen aquí, funcionando y listos.

La base de datos SCP es el ícono más obvio en la pantalla de inicio de cada dispositivo. Ulrich le dijo que buscara un símbolo en particular, círculos concéntricos con tres flechas apuntando hacia adentro. Inevitablemente, al igual que un número incontable de miembros recién llegados a la Fundación antes que él, Wheeler pierde una cantidad significativa de horas explorando las entradas. La Fundación tiene un estilo específico y reconocible que consiste en describir incluso las anomalías más alucinantes y extrañas en términos absolutamente mundanos y fácticos. Incluso si está muy redactado (diferentes usuarios ven diferentes cantidades de redacción, pero hay muchos datos a los que no puede acceder sin importar de quién sea la identidad que use), resulta una lectura extrañamente convincente.

Hughes se menciona numerosas veces en la base de datos. Parece tener múltiples especialidades de investigación superpuestas, y en muchas entradas se le atribuye el mérito de ser arquitecto de contención. Wheeler toma notas detalladas, recopilando una imagen de la progresión profesional del hombre... y luego, al azar, se topa con los propios registros de personal de la Fundación para Hughes, que se alinean casi exactamente con lo que acaba de resolver.

Hay enormes lagunas en el historial de personal. La última entrada relacionada con las actividades reales de Hughes es de 2007. Y luego, en 2010, después de un lapso de años, hay una nota final, una única frase sin autor:

Parece que quienes conocen el destino de Hughes lo comparten.

FIN DEL DOCUMENTO

Wheeler frunce el ceño ante la inútil nota durante un largo minuto. Se lee como un acertijo. Wheeler fue, durante mucho tiempo, un fanático de los crucigramas, pero le parece improbable que una organización clandestina como la Fundación dejara pistas crípticas entre sí, en lugar de instrucciones claras y directas. Lo que significa que la nota probablemente esté destinada

a ser leída simple y literalmente: No busques a Hughes a menos que quieras correr la misma suerte.

Wheeler inclina su silla hacia atrás y mira al techo, contemplativamente. Por otra parte, la nota también significa:

Se puede encontrar a Hughes. Ya se ha hecho antes.

No hay ciclo día/noche, pero él está agotado. Su cuerpo le dice que necesita dormir. Duerme en un sofá en una sala de descanso para empleados, al otro lado del edificio del ojo rojo. Hay una máquina de bocadillos y hay bocadillos en la máquina, pero él no tiene dinero en efectivo. Se plantea romper el cristal, pero si lo estropea y se corta gravemente no queda ni un solo médico en todo el mundo que pueda coserlo. Considera, y descarta, saquear un dólar del cadáver más cercano.

Mientras intenta dormir, algo le llega, una energía aguda y ansiosa. Lo agarra por el hombro. Levántate, le grita a lo lejos. No puedes descansar. Haz la aritmética. Todo sigue sucediendo. MUÉVETE.

Rueda un poco y la ignora.

Y le molesta, intelectualmente, poder ignorarla. Se pregunta si le falta algún órgano vital en el cuerpo. Debería estar temblando de ira y terror ahora mismo, ¿verdad? ¿Por qué, en su corazón, está tan tranquilo?

Mira a SCP-3125, cuya mera existencia, en el papel, debería paralizarlo de miedo. Observa lo que está haciendo SCP-3125, lo cual debería llenar cada fibra de su ser con un propósito furioso. Y analiza su propia importancia para toda la empresa y su propia estimación de las probabilidades. Hace la aritmética. Y el producto de todos esos factores se redondea a casi cero.

Esto no va a funcionar. Por eso.

¡Esto tiene que parar! ¡Tiene que terminar! ¡POR FAVOR!

Acurrucado en su saco de dormir, con los ojos cerrados, Adam Wheeler murmura a quienquiera que esté escuchando:

—No va a funcionar.

Cerca de la entrada del sitio (no sabe cómo abrir las puertas de acero, ni siquiera desde este lado) encuentra una oficina de seguridad con planos impresos de todo el sitio. Tacha las salas que ha visitado y las habitaciones que están destruidas. Todo lo que queda está bloqueado, al menos en la superficie. Bajo tierra hay laberintos de túneles y otras docenas de unidades de contención. Y, treinta pisos bajo tierra, una única cámara increíblemente grande con un propósito no declarado. Esta cámara final llama su atención, magnéticamente.

Ulrich le aseguró que el Sitio era totalmente Seguro.

A medida que el montacargas desciende, Wheeler descubre que una especie de presión ansiosa se está acumulando sobre él. El aire se está calentando rápidamente y se acaba de dar cuenta de que, si el ascensor se estropea ahora mismo, probablemente quedará atrapado sin poder hacer nada y morirá. No debería haberlo usado. Debería haber usado las escaleras de emergencia. Demasiado tarde.

El ascensor aterriza a un pasillo vacío. Él lo sigue, arrastrado hacia delante. Hay una esclusa de aire en el otro extremo, una pared de metal blanco lo bastante grande como para pasar un camión. La esclusa de aire está cerrada, pero hay siete u ocho agujeros circulares superpuestos perforados a través de ella, formando un espacio combinado que fácilmente es lo bastante grande como para el paso de un humano. Más allá de la esclusa de aire hay un vasto espacio oscuro. Wheeler ha trepado por el agujero y caminado cinco pasos hacia la oscuridad antes de siquiera pensar en lo que estaba haciendo.

Hay formas ahí afuera, iluminadas por la escasa luz que cae desde el pasillo de la esclusa de aire: bultos que podrían ser personas muertas. La propia sombra de Wheeler bloquea gran parte de la luz. Él saca la linterna. Aquí

abajo reina un absoluto silencio y la temperatura es incómoda, lo que le hace sudar. El resto de la enorme cámara, hasta donde puede iluminar con su luz, está totalmente vacío, pero su linterna no es lo bastante potente como para iluminar un espacio tan grande, por lo que es difícil estar seguro.

Él avanza. Un tono fuerte se acumula en sus oídos a medida que se acerca. Hay... cuenta... catorce muertos. Trece de ellos muertos en un círculo aproximado alrededor del decimocuarto, una mujer tendida boca arriba. Justo fuera del círculo hay un camión militar con los restos inertes de una compleja máquina montados en su parte trasera. Ésta, supone Wheeler, es la ojiva antimémica. Hay un cable que conduce a una unidad de control en el suelo, bajo la mano de la mujer muerta.

—Ah —dice con una nota de arrepentimiento—. Así que eres tú.

El pase de seguridad de la mujer es diferente a los demás. Tiene una franja diagonal brillante en rojo y naranja. Él lo recoge. Siente un rugido en su cráneo. Al principio no puede verlo con claridad: algo está perturbando su visión, una mancha blanca dorada en el rabillo del ojo, un artefacto producido por la combinación de la oscuridad extrema y la luz brillante de las linternas. Él entrecierra los ojos. El pase reza: "Marion Wheeler / Directora de Sitio".

Él lo mira fijamente durante mucho tiempo, extrañamente desorientado. No sabe exactamente por qué. Es, por supuesto, un nombre muy común; si se detuviera a mirar boquiabierto a todos los demás Wheeler que encontrara, nunca lograría hacer nada. Aún así, ella es la que tiene la mano en el interruptor; ella es quien puso fin a este brote local. De cada miembro de la Fundación muerto en este maldito Sitio, ella es la que no murió sin motivo alguno. Siente que debería decir algunas palabras.

Pero no se le ocurre nada.

Hace un rápido recorrido alrededor del perímetro de la cámara, escaneando el suelo y la pared, buscando algo interesante, pero no encuentra nada más que herramientas de construcción y andamios. Regresa a la esclusa de aire y luego al montacargas. Lo mira fijamente durante un largo y frustrante momento antes de aceptar que no sería seguro volver a usarlo.

La escalera de emergencia está perfectamente iluminada, pero treinta pisos es una montaña. Tres veces en el camino tiene que detenerse para descansar las rodillas.

El pase de Directora de Sitio le da acceso a todo. Cada sala de control, cada unidad de contención, cada archivo. Él entiende toda la historia. Coloca la última pieza en su lugar. Deja una nota, siguiendo el mismo ritual diligente y desesperado que el resto de la División de Antimeméticos antes que él. Emerge de la Unidad de Contención Invertida de SCP-3125 con instrucciones escritas extremadamente claras de él mismo para sí mismo. Él sabe exactamente a dónde necesita ir.

A medida que avanza por el camino forestal que se aleja del Sitio, llega y cruza el borde del cráter antimemético. Cuadra los hombros, volviendo a entrar en presencia de SCP-3125. Su oído interno recomienza su caída libre.

—¿Dónde estabas hace un momento? —exclama alguien.

Él deja de caminar. Entrecierra los ojos ante la intensa luz que tiene delante y se protege los ojos. Casi puede distinguir una figura parada allí. Los árboles a cada lado susurran y se mueven. Son demasiado altos. Rascaarañas. Una ola de pavor golpea a Wheeler, seguida de cerca por otra de perverso alivio. Está aquí.

—¿Por qué no puedo rastrearte? —dice el hombre no identificado. Su voz suena débil—. Eres tan débil que es como si no existieras. He malgastado dos días intentando captarte otra vez. ¿Qué pasa contigo?

Wheeler no dice nada.

El hombre está más cerca. No ha caminado, pero la distancia entre ellos se reduce a la mitad y su voz es más fácil de oír, aunque sigue siendo demasiado brillante para mirarlo. La estructura de su cuerpo se desdibuja y parpadea. —Tú no eres uno de Ellos —dice el hombre—. Y no eres uno de nosotros. Y definitivamente no eres el héroe. No cuentas una mierda,

meméticamente hablando. ¿Por qué pierdes el tiempo en esto? Sea lo que sea esto. Deberías suicidarte. No va a funcionar.

Wheeler ya sabe eso.

La luz colapsa. La figura se enfoca y se vuelve física. Es un verdadero humano. Un veinteañero flaco: cabello desaliñado, sin cortar y barba rala. Está sin camisa y tiene un hoyo negro y profundo en la clavícula, un agujero donde claramente ha sido gravemente herido. La sangre le ha corrido por el pecho, le ha empapado los vaqueros y los antebrazos y se ha secado hasta quedar negra. Sigue saliendo sangre fresca, formando capas gruesas, lo cual debería ser imposible. Wheeler no le ve el segundo agujero en el estómago, oscurecido por demasiada sangre.

Wheeler intenta mantener una expresión neutral, pero sabe que no está funcionando. Puede sentir su mano izquierda, su mano mala, empezando a temblar. Una parte de él todavía quiere preguntarle al chico por qué. Pero no hay una respuesta posible.

—Esto es lo que es en verdad la raza humana —explica el hombre extendiendo las manos para señalar al mundo entero—. Durante miles de años nos mentimos a nosotros mismos diciendo que podíamos ser mejores. Pero esto es todo. Esto es lo que siempre hemos sido. Nunca hemos sido otra cosa.

—Eso es... —comienza Wheeler, luego se detiene, recordando algo de repente. Se lleva la mano izquierda al pecho, saca la derecha y dispara. Es un buen tiro. Es un golpe de suerte. Le da al hombre directamente en el globo ocular y le vuela la parte posterior del cráneo. El hombre cae, girando mientras cae y aterriza sobre el rostro roto.

Wheeler jadea, recordando respirar. Casi deja caer el arma. La agarra con más fuerza, manteniéndola apuntada a la ruina de la cabeza del hombre. Quiere vomitar. Se controla a sí mismo. Inhala por la boca, exhala por la nariz. Se encuentra bien. —Deja que hable demasiado tiempo —dice disculpándose.

Saca de la mochila un teléfono fijo de la Fundación. Pulsa algunos botones, ingresa coordenadas y luego se retira camino abajo. Mantiene el contacto visual con el muerto el mayor tiempo posible, luego se da vuelta y se arrodilla, dejando el teléfono en el camino a su lado. Siguiendo las instrucciones detalladas que encontró en la sala de control, se frota los ojos con las palmas de las manos y presiona la cara contra el suelo. Y dice:

—Aeloni zaenoriae. Fuego.

El ataque del láser orbital se produce en diagonal. Dura una fracción de segundo y es lo bastante brillante en el espectro visible como para haberlo cegado instantáneamente si él estuviera mirando. Cuando Wheeler regresa a la escena, no queda ningún cuerpo. Sólo una elipse chamuscada de asfalto.

Dice a la marca quemada: —Iba a decir algo como: "Eso es mentira. Esto es lo que eres tú. Tú eres la mentira." Pero, bah.

Y si el bastardo puede regenerarse a partir de los restos, estoy acabado de verdad.

Él mira hacia arriba. La atmósfera no está cambiando. El cielo no vuelve a ser azul. Todavía existe esa presión atroz. SCP-3125 sigue siendo la fuerza dominante en el universo.

Pero cuando se gira y oye movimiento en el bosque a su alrededor, se da cuenta de que las inmensas formas de araña (sinceramente se había olvidado de ellas, estaban allí de pie en silencio) se están dispersando.

18. Lápida

Dejando a un lado todo el horror memético, Wheeler pensó que el Sitio 41 parecía un lugar bastante agradable para trabajar, al menos en la superficie. Oficinas decentemente espaciosas, aunque poco atractivas. Grandes ventanales, mucha luz natural y vistas panorámicas al bosque. Seguro.

El Sitio 167 es un páramo industrial extenso y hostil, con cuatro kilómetros cuadrados de almacenamiento de contención segura, laboratorios de investigación y oficinas administrativas. A Wheeler le viene a la mente una central eléctrica de combustibles fósiles. Los edificios son sombríos, funcionales y agresivamente poco atractivos. No hay vegetación. El ruido ambiental en el complejo es un rugido áspero: fue construido en una llanura y el viento corre por cañones de cemento y pasa por bordes afilados de edificios.

Wheeler descubre que poco más de la mitad del Sitio ha sido borrado de la faz de la Tierra por un impacto láser orbital. Hay un borde donde los edificios y caminos intactos terminan abruptamente, y más allá de ese borde no hay nada más que escombros ennegrecidos y nivelados. Wheeler supone que el láser se apagó a mitad de la redacción al activarse la ojiva antimemética del Sitio, pero no puede estar seguro de la cadena exacta de eventos. No importa. Eso no perjudica significativamente las probabilidades. Lo que está buscando está bajo tierra.

Wheeler está en su límite. Ha viajado demasiado lejos y durante demasiado tiempo. No puede existir cuerdo en el universo de SCP-3125 durante mucho más tiempo. Todo sigue sucediendo, y la frágil responsabilidad de ser el único vivo que puede hacer algo para detenerlo es como un tornillo que se aprieta constantemente alrededor de su cráneo. Está exhausto, pierde poco a poco la visión debido a brillantes migrañas y se siente terriblemente solo. No más trabajo de detective, no más Sitios. Éste tiene que ser el final.

Entre los edificios 8 y 22E hay un punto de acceso vertical, un pozo hexagonal de treinta metros de ancho con una grúa pórtico amarilla en la boca. El pozo se utilizaba para bajar maquinaria y materiales de

construcción al extenso complejo subterráneo del Sitio. El eje es tan ancho y profundo que tiene efectos extraños en el movimiento del aire cerca de su labio. Wheeler siente como si el viento estuviera intentando derribarlo. Hay escaleras de metal que recubren la pared interior del pozo. Él desciende y sigue el mapa hasta el complejo subterráneo del Sitio 167. A diferencia del Sitio 41, este ciertamente no era un Sitio seguro. Hay señales de advertencia por todas partes, muchas con símbolos que Wheeler no puede analizar de inmediato. Muy pronto comienza a encontrarse con mamparos pesados, sellados con cerraduras electrónicas. El pase de seguridad de Marion Wheeler los abre siempre.

La esclusa de aire de la unidad de contención S167-00-6183 es idéntica a la que él encontró en el Sitio 41, tal como lo sugieren los diagramas arquitectónicos. La única diferencia es que esta esclusa de aire sigue siendo visiblemente hermética: no tiene agujeros. Wheeler pasa con mano temblorosa la tarjeta por el lector. La puerta se abre, revelando una antecámara blanca y estéril, con una atmósfera rancia después de años de desuso. Él se queda dentro en el medio, esperando la segunda mitad del ciclo.

Es éste.

El corazón le late con fuerza. Eso no es bueno para él. No tiene ninguna enfermedad cardíaca, que él sepa. Pero ¿cómo lo sabría? Todo cardiólogo vivo está en el infierno.

Se hace a sí mismo la última y preocupante pregunta, por última vez.

—Pero si usted está aquí, Dr. Hughes, y ha construido la máquina y la máquina funciona: ¿por qué salió usted?

Se responde a sí mismo, como una especie de vacuna contra las malas noticias que sabe que se avecinan:

—Porque la máquina no funciona. Porque no pudiste construirla. Porque estás muerto.

La puerta interior termina el ciclo de apertura.

La atmósfera en la cámara es tropicalmente húmeda y lo bastante espesa como para saborearla. Tiene un sabor desagradablemente orgánico, como linfa o algún otro fluido corporal oscuro. Hay focos en el techo, de los cuales quizá uno de cada diez todavía esté encendido. Hay basura por todas partes. A la izquierda de Wheeler hay un tosco semicírculo de unidades monolíticas autofábrica, cada una de seis o más metros de altura, con montones de chatarra fabricada a su alrededor: muebles, herramientas, recipientes de comida, ladrillos de espuma dura, placas de circuitos, carretes de tela. A su derecha, apilados a lo largo de la pared larga y cóncava de la cámara, hay cientos de contenedores de transporte vacíos. Tendría que caminar diez minutos antes de encontrar uno que aún contuviera materias primas.

Delante de él hay una pared de acero de tres metros de altura que se curva hacia la izquierda y hacia la derecha, cerrando casi todo el espacio del piso de la cámara. Apenas visible por encima de la pared, moviéndose lentamente bajo la débil luz amarilla, hay un inmenso organismo dormido. Desde aquí, Wheeler sólo puede ver la curva de su espalda, que es de un negro brillante y húmedo, moteado de verde. Es redondo, casi esférico, como una bola de helado de hígado extraída de un humano de dos kilómetros de altura y arrojada en esta enorme placa de Petri (Wheeler traga saliva mientras hace la asociación).

Wheeler no se fija en los tubos de un metro de espesor que salen de las autofábricas por el borde del plato y que suministran los distintos líquidos necesarios. Sí ve las altas torres dispuestas alrededor del organismo, rociando una niebla translúcida desde todos los ángulos. Suspendidos del techo, a izquierda y derecha, rugiendo continuamente, hay unidades de ventilación del tamaño de una casa.

No hay nadie alrededor.

Wheeler se aclara la garganta y se dirige a la sala tan alto como se atreve.
—¿Está el... Dr. Bartholomew Hughes aquí dentro?

Nada ocurre. El rugido de las unidades de ventilación continúa. El organismo sigue respirando lentamente.

Wheeler levanta un poco la voz. —Estoy buscando una máquina llamada am...

Eso despierta.

—¿Amplificador de irrealidad?

La cosa gira, empujando enormes volúmenes de líquido alrededor de su plato, lo suficiente como para que una ola salpique viscosamente sobre el costado de la pared. Se tambalea hasta la pared. A medida que se hace más visible, queda claro que hay poco más en su plano corporal de lo que ya era visible. Aparte de las aletas rechonchas, es simplemente una masa biológica enorme y casi esférica. Parece mirar fijamente a Wheeler.

Wheeler concluye que no desea estar aquí. De media vuelta para irse y se sorprende al descubrir que la puerta de la esclusa de aire se ha cerrado detrás de él, tan silenciosamente como se había abierto. —Ah. —Los controles de la esclusa de aire están a un lado. Él no corre por miedo a llamar la atención debido a un movimiento brusco, sino que se acerca rápidamente y saca de nuevo su tarjeta de seguridad robada. Cuando está a punto de pasarla por el lector, una red roja y fibrosa surge de la nada y le retiene la muñeca, impidiéndole continuar.

Wheeler lucha por un segundo para liberarse el brazo, pero la red está pegajosa y tiene una rigidez extraña, como si tuviera huesos en su interior. No le dejará moverse. Mira atrás y no logra ver lo bastante bien el cuerpo del organismo como para detectar dónde se originó la red. El organismo ha abierto ahora su ojo, un único globo ocular de decenas de metros de ancho, que debe de representar una fracción significativa de su volumen corporal. Tiene un iris de color rosa intenso y cuatro enormes pupilas negras.

Su voz no es audible en realidad. Llega a la cabeza de Wheeler como una estática enloquecedora, el gemido de un mosquito en estéreo.

¿LO TIENES?

—¿Tener el qué?

SIN DOCTOR. SIN MÁQUINA

Un hilo más delgado de red sale disparado, adhiriéndose al pase de seguridad en la mano de Wheeler, arrancándose delicadamente de los dedos. La hebra se retira y mantiene el pase delante del ojo del organismo.

WHEELER

—Ah —dice Wheeler—. Sí, en realidad es una especie de coincidencia.

El hilo se tensa y levanta a Wheeler por el brazo, quien gira inútilmente, apenas capaz de ver lo que está pasando. Hay una mancha de color rosa luminoso y él se lanza, gritando, directamente hacia la mayor de las cuatro pupilas de Bart Hughes.

El búnker estaba vacío cuando él llegó. Sus asociados estaban desaparecidos. Se vio obligado a suponerlos muertos. Y, en un raro lapso de previsión, se había olvidado de arrancarse a mordiscos uno de los dedos de su cuerpo humano antes de huir del lugar del tiroteo. Sin una muestra de tejido humano con la que trabajar, no tenía forma de clonar un cuerpo de reemplazo. Se dio cuenta de que estaba atrapado.

Wheeler le había dicho que, para proteger la causa de la Fundación, tendría que sacrificar gran parte o toda su existencia. Y ella sólo le había estado recordando algo que él siempre había sabido, intelectualmente hablando. Aún así, él no se había imaginado esto. Y aunque lo hubiera hecho, nunca podría haber imaginado cómo sería experimentarlo desde adentro. Varias veces estuvo a punto de abandonar. La dismorfia por sí sola casi lo mata.

Pero él tenía un deber. Había que solucionar el problema.

Lo atacó en su forma germinal durante más de un año. Desarrolló herramientas para sí mismo, periféricos de computadora e instrumentos de escritura adaptados a sus cortos pero diestros zarcillos. Construyó el

análogo a sillas en miniatura y otros muebles. Desarrolló, para sí mismo, un poco de vida. Un plan de ejercicio físico. Algunas aficiones, incluso. Dormía en baños de lodos nutritivos.

Antes de finalizar el primer mes, había demostrado satisfactoriamente que el contrameme que buscaba existía más allá de la comprensión del intelecto humano. En sentido figurado, la mente de un ser humano estallaría en llamas al entrar en contacto con ello; era muy posible que su cuerpo literal también lo hiciera, como una reacción violenta a la profunda e inalterable maldad de cada aspecto del universo alrededor del mismo. Para crear el contrameme, necesitaría partir de un portador humano de una idea base unicelular adecuada y amplificar esa idea artificialmente usando una máquina.

Para el segundo año había diseñado y construido suficiente máquina como para saber que no se podía construir. La teoría y la práctica divergían demasiado. Las pruebas fallaban de manera preocupante, lo que apuntaba a conceptos arquitectónicos erróneos fundamentales. Su máquina no quería ni podía hacer aquello para lo que había sido diseñada. Él descartó todos sus esquemas. Necesitaba un enfoque diferente.

(Hay una figura que lucha montada en la parte posterior de su retina, ahogándose bajo pinchazos amarillos de luz enfocada, extrayendo oxígeno de su torrente sanguíneo y disparando pensamientos minúsculos. La figura está perdiendo la cabeza por el miedo y la repulsión, aunque él es un poco más resistente de lo que él mismo se atribuye, y se está adaptando —Eres tú —logra gorgotear el hombrecito—. Tú eres el amplificador.)

Secuenció y luego realizó ingeniería inversa de su propio código genético. Construyó equipos de soporte vital y reformuló el interior de la cámara, lo cual había sido siempre el plan, aunque no hasta este punto. Refactorizó su fisiología, por etapas, a lo largo de los años, hasta que su cerebro tuvo el tamaño y la complejidad necesarios para pensar pensamientos monumentales, radicales e irreductiblemente complejos.

(—Pero ¿por qué no lo hiciste? —pregunta la mota—. Pudiste haber abierto la cámara en cualquier momento. ¿A qué estabas esperando?)

Una vez, mientras exploraba el espacio ideático humano, se vio a sí mismo. Creó una descripción memética rudimentaria de sí mismo, la refinó, la concentró, hizo unas cuantas suposiciones y allí estaba: un complejo de luces brillantes con la forma de un hombre, en medio de un enjambre de personas similares, vivas y muertas, reales y ficticias. Fue fascinante y aleccionador verse a sí mismo en ese gran contexto, desde esa perspectiva elevada. Era diminuto. Lo saludó. Él le devolvió el saludo.

Y cuando se vio a sí mismo, comprendió lo que él era; cuál era su papel. Era el genio técnico loco, el inventor enloquecido que diseña el arma final. Pero no era él quien la empuñaría. La chispa, la idea básica que necesitaba amplificar, no estaba en su cabeza y no estaba en la cámara con él. Matemáticamente, nunca podría haber sido así. Esa no era la forma de las cosas. Tenía que ser entregada por otra persona.

(La mota deja de luchar. Ha mirado, con cierto esfuerzo, a su izquierda y a su derecha. Ahora, finalmente, ha visto que hay otras figuras montadas aquí con él en la retina, figuras más antiguas que, en su mayoría, han sido interpoladas en la membrana, y ya no tienen vida ni pensamiento independiente. Esto le causa no poca alarma. Dice: —¿Por quién?)

Quédate quieto.

(El cerebro de la mota explota como un diagrama).

Hay un bosque.

There is a forest.

Hay una casa grande y bonita en el bosque y un jardín detrás de la casa, un césped podado y rodeado de altas coníferas. Hay un tosco círculo de sillas en el césped y unas veinticinco personas sentadas o de pie o charlando en grupos, con bebidas y hamburguesas, y hay una cola para la barbacoa. De la barbacoa sale una alta columna de humo. Es un día extraordinariamente hermoso y no sucede nada terrible.

Adam Wheeler sabe que ahora está desmoronado porque no puede aceptar la escena. Es demasiado repentino y demasiado placentero para ser real. Se siente normal, limpio y sano. Jadea y casi llora cuando nota que su mano ha vuelto.

Alguien se acerca a él y le ofrece un apretón de manos. —Tú debes de ser Adam. Es un placer. Bart Hughes.

Hughes es un cincuentón muy joven, bajo y delgado, con gafas y montura gruesas y cabello canoso y revuelto. Wheeler le estrecha la mano, más o menos automáticamente; en la otra sostiene una botella de cerveza. —Trabajo en la Fundación —dice—. Obviamente. Arquitectura de contención, biomemética, un montón de trabajos raros.

—Hughes —repite Wheeler—. Estaba... eh, buscándote.

—Me encontraste —dice Hughes—. Buen trabajo.

—¿Qué es esto?

—Pensé que no lo recordarías. Aquí es donde nos conocimos. Originalmente, quiero decir. Brevemente. Cambiamos unas diez palabras, como máximo, y no recuerdo ni una sola de esas palabras, y apenas te recuerdo a ti tampoco, no te ofendas. Pero recuerdo la barbacoa, y recuerdo que te conocí en la barbacoa. Así que pensé que sería un entorno más agradable para la conversación que necesitamos tener.

Wheeler no reconoce la escena, ni el lugar ni a ninguna de las personas. —¿Ésta es tu memoria?

—Sí. Vamos, hablemos.

Hughes conduce a Wheeler por el césped y selecciona un par de sillas bajo el sol. Se sienta y le hace un gesto a Wheeler para que se siente frente a él. Wheeler lo hace, incómodo. Hughes apoya los codos en las rodillas y ordena sus pensamientos antes de comenzar a hablar.

—Adam, tú no tienes la idea que buscamos. La semilla del contrameme. No eres el tipo adecuado.

—Lo sabrías si la tuvieras. Sería imposible no saberlo. Te sentirías electrizado por ello. Impulsado por el elevado ideal que representaba, cada momento de vigilia. Es lo que debería haberte traído aquí. No sé cómo llegaste hasta aquí sin ella.

—No sabía que debía traer una idea conmigo.

—Es imposible que lo supieras —lo tranquiliza Hughes—. Nadie fuera de la cámara lo sabía. Yo mismo no lo supe hasta que ya estuve encerrado. Esto es normal. Formamos unos planes, sucede algo inesperado y los planes se van por la ventana. Y bajo una gran presión nos vemos obligados a demostrar creatividad.

Wheeler respira hondo. Cuadra los hombros. —Está bien. ¿Dónde está? Espero que sea en Norteamérica. No quiero tener que regresar al Sitio 41. Pero lo haré. Si puedes esperar tanto.

Hughes niega con la cabeza. —Tú no puedes hacerlo. Aunque fuera así de simple y sólo hubiera un lugar donde pudiera enviarte a recogerla, como comida para llevar, tú no puedes llevar una idea como ésta. Nunca has tenido esa capacidad. Tú no crees. Nunca has tenido que creer. No eres el tipo adecuado.

—Entonces, ¿dónde nos deja eso?

Hughes se gira y mira significativamente hacia la barbacoa. Wheeler sigue su mirada. Hay una mujer atendiéndola, de espaldas a ellos, charlando con la gente que hace cola para recibir comida. Ella parece ser el centro de atención.

—Marion —dice Wheeler.

—Ella la tenía —dice Hughes—. Bueno, para hablar con precisión, no hay un pronombre singular. Es un espacio de posibilidades enormemente

diverso. Millones de personas en el mundo tenían ideas diferentes que podrían haber funcionado. Pero ella era una de ellos.

—Era —dice Wheeler.

—Sí. Ella murió.

Hughes se vuelve para mirarlo. Duda y bebe un poco más de cerveza mientras elige las palabras. No es médico. No sabe nada que pueda considerarse trato al paciente.

—Adam —dice—, he estado examinando tu cerebro. Hay capas y capas de daño ahí, y muchas de ellas parecen deliberadas. Algunas incluso pueden ser autoinfligidas. Te han suprimido recuerdos, los han restaurado, falsificado y borrado nuevamente, y además de eso, has sobrevivido a lo que debería haber sido una exposición fatal a SCP-3125, y has pasado por una gran cantidad de traumas completamente no anómalos. Bueno... se te perdonará que no lo hayas resuelto todavía. El agujero en tu vida.

—No, lo sé —dice Wheeler.

Con cierta cautela, pregunta Hughes. —¿Qué es lo que sabes?

—Que ella y yo estuvimos casados en un tiempo. ¿Cierto?

Lentamente, Hughes asiente.

Wheeler dice: —Llegué a esa conclusión tras un tiempo. Al principio me pareció estúpido y obsesivo. Ensimismado. Pero hallé todos esos hechos y todos encajaban. Al final tuve que aceptarlo.

Hughes pregunta —¿Y cómo te sientes al respecto?

Wheeler entrelaza los dedos distraídamente. No lo sabe. No sabe si quiere saberlo. Tiene miedo de saberlo. —¿Y qué si estuvimos casados? ¿Qué me aporta eso? Se acabó. Todo se ha acabado.

—Podría ser —dice Hughes.

—¿Cómo era ella?

Hughes le tiende algo. Es una pluma autoinyectora, un cilindro naranja luminoso y rechoncho con una tapa puntiaguda que oculta una aguja. Hay una Z negra y gruesa impresa en su costado. Wheeler lo reconoce.

De hecho, lo reconoce como propio. Pero no puede recordar dónde lo adquirió. Ni cuánto tiempo lleva llevándolo.

Él sabe que esta droga lo matará. Le hará recordar todo, todo. Y esto lo matará, como le sucede a todo el mundo.

Pero lo recordará.

Hay una especie de canto en sus oídos. La luz del sol en el jardín se está desdibujando, difuminándose. Capta la mirada de Hughes, y Hughes sonríe con tristeza, y sus ojos se han iluminado, un centelleante punto de luz blanco dorado.

Éste tiene que ser el final.

Son largos, largos meses de aterradora migraña errante. Está el cara a cara en la escuela, mediado por la fallecida Daisy Ulrich, tan breve y extraordinariamente doloroso que se registra como un disparo. Y luego él se ve enredado nuevamente dentro de SCP-3125, cómplice y activamente involucrado en un infierno metálico y oscuro. La droga hace imposible no pensar en lo que pasó, no mirar directamente a lo que él hizo. El tiempo allí dentro está dilatado, estirado hasta un punto de ruptura subjetiva por la masa de la anomalía. Parece durar decenas de años. Y luego, el cincel.

Y después, durante dos años, él está ausente. Es un traje envuelto alrededor de un agujero rasgado y con bordes irregulares. Y luego está Marion, por fin, alejándose plácidamente de su vida y él de la de ella. Y luego, horas antes de eso, llega el peor momento: la terrible y abrumadora comprensión de que ella ya no sabe quién es él.

Y luego son dos días antes de eso. Son las seis y cuarto de la mañana, octubre, antes del amanecer y hace un frío que pela. Marion está en la puerta de su coche a punto de irse a trabajar, pero distraída por algo importante en su teléfono del trabajo, y Adam se queda en el porche, despidiéndola. Él tiene su propio viaje de trabajo, esta noche y mañana por la noche, así que esta será la última vez que se verán hasta...

Ésta es la última vez que se verán. Eso es todo.

Él se pone firme, arrastrando la regresión a una tensa pausa. Grita: — ¡Marion!

Ella guarda el teléfono. Se da vuelta.

Es ella, toda ella. Es precisamente como él la recuerda. Ella es el recuerdo, icónica y brillante. Ella le sonrío durante un largo y ridículo momento.

Ella dice: —¿Lo entiendes ahora?

—¿El porqué me alejaste de todo esto? Sí —Él se acerca a ella y ambos se besan, y es un clásico, es perfecto, es todo lo que cualquiera de los dos recuerda. Él la abraza con fuerza y ella le devuelve el abrazo, con las alturas de sus cabezas tan dispares como siempre. Él huele.

—Has pasado por un infierno —afirma ella. Es un simple hecho.

—Te necesitaba —dice él—. Ni siquiera sabía cuánto. No necesitaba que me ayudaras, sólo necesitaba hacerme a un lado y dejarte hacer el trabajo. Marion, tu trabajo es una locura. Entiendo al cien por ciento por qué intentaste mantenerme fuera de esta mitad de tu vida durante tanto tiempo. Y nunca volveré a preguntarte sobre eso.

Ella lo mira. Parece que está a punto de decir algo, pero el dolor en el cerebro de Adam vuelve a manifestarse y él tiene que apartarse. El dolor se abre camino hacia el fondo de sus ojos. La tasa de regresión está aumentando nuevamente. Ahora le claman diferentes recuerdos de todos los aspectos de su vida, y su volumen combinado aumenta y se vuelve difícil pensar con claridad. Marion, sin embargo, es parte de la mayoría de los

recuerdos. No es una constante (ha evolucionado y crecido a lo largo de los años), sino un hilo conductor. Él se concentra en ella.

—No tengo mucho tiempo para ponerte al día —logra decir él—. Esto no es real. Ambos compartimos la mente de Bart Hughes en este momento. No sé cuánto sabes...

—Hay un monstruo (anti)memético llamado SCP-3125 —dice ella—. Me mató a mí, a la División y a la Fundación, y ahora está ocupando toda nuestra realidad. Arruina a los humanos. Es lo peor que ha existido jamás. No queda nadie más que tú y tú no puedes detenerlo. Ni siquiera puedes mirarlo. Hughes necesita una idea que amplificar, así que tomaste una dosis letal de mnésico bioquímico para materializarme adecuadamente, porque yo era la mejor idea que tuviste. ¿Estoy en lo cierto?

Adam sonríe débilmente, con gran alivio. Su esposa se ha puesto al día con su característica rapidez. —Casi. Vivimos en tiempos ridículos.

Ella se aleja de él. Lo mira a él, a sí misma y a su pequeña escena ficticia, que se ilumina constantemente a medida que sale el sol.

Ella mira hacia arriba, al inimaginablemente gigantesco memoplejo que tiene que matar. Dentro de sus fauces, la existencia humana; todos los humanos y todas las cosas que los humanos alguna vez han hecho, dicho, pensado o sido; arden vivos. SCP-3125 es, en gran parte, la mentira de que SCP-3125 es inevitable e indestructible.

Pero es mentira.

Ella lo siente ahora. Sabe en el fondo que es irreal; una memoria animada; un ideal, un abstracto. Cuando ella comenzó a existir hace unos momentos, era mayoritariamente realista, pero siente que le quitan los defectos y la complejidad. Puede ver la forma del complejo de ideas que Hughes está reuniendo a su alrededor. Parece familiar. Parece una sección muy reelaborada del concepto de la propia Fundación. De las intenciones y logros más nobles de la Fundación, al menos. El mejor propósito de su existencia: proteger a las personas. Devorar todo el horror, gestionarlo y comprenderlo, mantenerlo bajo llave para que la gente no tenga miedo.

—Adam —dice ella volviendo a alzar la vista—. Va a funcionar. Puedo ver todo el camino hasta el final desde aquí.

—Eso es bueno —logra decir él—. Hace mucho tiempo que no tengo buenas noticias. —Cae de rodillas. Siente el cráneo como si se estuviera partiendo. Ella se arrodilla junto a él y le toma una de las manos.

Él está viendo cosas, y las cosas que se ve obligado a ver le hacen daño. SCP-3125 ha estado atacando las vidas de ambos durante mucho más tiempo del que él sabía. Habrían perdido mucho al final. Él no tenía ni idea. Y se da cuenta de que no es sólo él. Son todos. Él tiene que multiplicar este sentimiento millones de veces. —Tienes que poner fin a esta cosa —dice él, el dolor alcanza un punto álgido—. Tiene que ser hoy. No más tarde.

—Adam, escucha. Hay un tipo diferente de existencia allá arriba. Lo he visto antes, pero nunca he estado allí. No sé cómo será, pero sé que ya no seré humana. Ya no soy real. No podré volver. Te amo.

Hay una sensación ardiente y corrosiva que se arrastra por la superficie del cerebro de Adam, un crujido como de autómatas celulares. —Lo sé —dice él—. Está bien. No habrá nadie a quien volver. Me ha alegrado verte. Te amo.

ATRÁS

Ella se aleja de él. Flexiona lo que podrían ser alas.

—Solías cantar —dice Adam—. Todo el tiempo. Es lo primero que eso nos quitó. Pero lo recuerdo.

Se abre la ventana de lanzamiento. Hay una especie de ignición. Y la perspectiva de Marion Wheeler cambia, y todo parece encogerse, y ella está en el ascenso.

A la parte de SCP-3125 que era capaz de comunicarse le han volado el cerebro. Ya no hay nada con lo que razonar. No hay ocurrencia. Hay una

canción, pero es una canción que ella canta para sí misma.

La cosa es titánica en su estructura, desgarradora en su topología. Proviene de un espacio donde las ideas existen en una escala completamente superior a la de los humanos. Su maldad y malignidad inherentes son tan profundas que duele comprenderlas. Al principio, mirarlo directamente provoca destellos actínicos punzantes en los ojos de Marion, como radiación ionizante.

Pero la perspectiva de ella sigue cambiando porque ella sigue ascendiendo. Y a medida que asciende, cesando de ser humana, lee a su adversario y llega a comprender, instintivamente, cómo está estructurado y en qué grado está defectuoso, y cómo pueden atacarse esos defectos.

Eso se vuelve hacia ella.

Cuando se encuentran, lo que sucede es menos una pelea que matemáticas, una ecuación que se resuelve al final de un largo y doloroso período de trabajo, una tormenta de términos cancelados. En presencia de LUZ SALVAJE, vastas extensiones de SCP-3125, que se pensaba que existían significativamente, resultan no existir. Es, en el nuevo contexto que proporciona LUZ SALVAJE, una antigua irrelevancia. Eso se pliega, miembro tras miembro ramificado desapareciendo de la existencia. Libera su control sobre todo lo humano. Las matemáticas son buenas. Sucede exactamente como Hughes lo modeló, allá en el búnker, utilizando el equivalente memético de las ecuaciones de dinámica de fluidos, y requiriendo miles de años de procesador para simularlo.

Una vez que los miembros dedo han desaparecido, queda un globo ocular rojo/verde lívido. El resumen Fundación/Wheeler/protección lo perfora, atravesándolo con un láser de adelante hacia atrás. Una onda de choque incolora se propaga por el interior del globo ocular, otra silenciosa anulación, dejando tras de sí un vacío brillante, ni siquiera partículas.

Y lo único que queda de la colisión es el equilibrio: un último fotón salvaje, que se dirige al límite más profundo del espacio ideático para no regresar jamás.

FIN

19. Epílogo: Campeones de Nada

—¿Y qué hemos aprendido?

A O5-8 le toma una cantidad significativa de tiempo responder su propia pregunta. Habla con un tono medido y nivelado. No tiene prisa.

—Hemos aprendido que a nuestro mundo le falta tiempo. Casi un año de historia extremadamente reciente. Y hay espacios, espacios significativos en cada centro de población, que no se pueden percibir ni visitar. Las ciudades se desvían a su alrededor, como montañas o zonas de radiación. Y junto con ese tiempo y ese espacio hemos aprendido que hay suficientes personas desaparecidas, sin explicación alguna, que si yo pasara el resto de mi vida considerablemente aumentada contándolas, no podría contar hasta ese número.

Hace una pausa.

—Y fuera de la División de Noosféricos —dice—. Nadie, ni una sola persona, es siquiera consciente de estos... robos. Incluso aquellos en la División que hicieron este descubrimiento no pueden recordar lo que sucedió durante ese tiempo perdido. Y nadie puede entrar en ese espacio que falta. La brecha en la realidad apenas puede percibirse. Es esta... ausencia impactante y cegadora. Este desconocido desconocido.

—Hemos aprendido, hemos cautelosamente hipotetizado, que hace tres o cuatro años entró en nuestra realidad una anomalía inimaginable. Y luego, algún tiempo después, se fue llevándose todo ese espacio y todo ese tiempo y toda esa gente con él. No sabemos qué fue ni qué hizo. Hemos intentado descubrirlo, pero la verdad elude a mis mejores noosferistas. La pregunta contraataca, como si no quisiera ser respondida. Y no sabemos por qué desapareció la anomalía, aunque mis expertos dicen que, en el ámbito conceptual, hay evidencia, rastros, de lo que podría haber sido un conflicto. Y a lo lejos, brillando sobre nosotros, hay una gran estrella nueva.

Él duda.

—Ni siquiera yo recuerdo lo que pasó —continúa, con la voz baja—. Lo cual, a mí personalmente, me parece... profundamente alarmante. Porque esto es historia reciente. Como casi todos los vivos, yo debí haber estado allí. En cierto sentido, debo de haber pasado por eso.

—Pero si no hemos aprendido nada más, hemos aprendido esto: los humanos podemos alejarnos y olvidar cualquier cosa. La civilización puede volver a la "normalidad" después de cualquier cosa.

Se sienta en silencio contemplativo durante algún tiempo. Mira a la nada. Le preocupa, brevemente, saber realmente la verdad y que no haya nada anómalo que le impida saberla. Que es una simple negación. Pero no lo dirá en voz alta, ni siquiera aquí.

Él dice:

—Y yo me pregunto: ¿cuál fue el papel de la Fundación en esto? ¿Fuimos testigos de esta anomalía? ¿Fuimos nosotros quienes la derrotamos? ¿Resistimos? ¿Negociamos? ¿Participamos?

—Estamos aquí, ahora. Intactos. Estamos de vuelta. ¿A qué le debemos eso? ¿Nos escondimos o huimos?

—¿Merecemos estar de vuelta? ¿Tenemos ese derecho? Fracasamos en nuestro objetivo declarado. Estas personas han desaparecido y es inútil fingir que no están muertas. Fallamos en órdenes de magnitud con mayor fuerza que nunca. A pesar de lo cual, seguimos siendo clandestinos y desconocidos para la humanidad en general. Lo que significa que nadie externo a la Fundación podrá jamás responsabilizarnos por nuestras acciones o por la falta de ellas. Si lo que ocurrió ayer en la reunión del Consejo O5 sirve de indicación, ciertamente nunca nos haremos responsables.

—¿Qué pasó con esa gente? Mi gente. ¿Dónde están? Nadie está simplemente muerto, nadie está mera y pasivamente muerto. La muerte se causa.

SCP-055 no puede responderle.

Dice, alzando la voz: —Estas cosas pasan. Y nos decimos a nosotros mismos: "Nunca más". Y transcurren cien años. Y pasan. De nuevo.

Él dice: —La última vez. La vez anterior a ésta, la vez que ninguno de nosotros recuerda, la vez de la que no hay evidencia de ningún tipo, pero que ahora me doy cuenta de que debe de existir. Esa vez, cuando nos dijimos a nosotros mismos y a los demás: "Debemos hacerlo mejor", ¿qué hicimos de manera diferente a partir de ese momento y por qué no funcionó?

Él dice: —¿Cómo tiene que ser la Fundación? ¿Dónde tiene que estar y a qué distancia está ese lugar de aquí? ¿Podemos verlo desde aquí?

—¿O es éste?

Él no lo sabe.

Y después de salir de la unidad de contención, sabe él, ni siquiera recordará las preguntas.

La observación directa es perjudicial para las especies de Nema. Su madre murió cuando ella era una menor, muerta instantáneamente cuando un investigador de la Fundación tomó una fotografía del primer plano de su rostro con flash. La Fundación cree que toda su especie está extinta, aniquilada por la infertilidad y las enfermedades, como resultado indirecto de un estudio excesivamente minucioso de la Fundación.

Pero no están extintos. Algunos de ellos se adaptaron. Huyeron a través de océanos y luego tierra adentro. Les creció una armadura antimemética más gruesa.

Nema es un *C. gigantes* adulto, un cuadrúpedo enormemente alargado verticalmente, de casi un kilómetro de altura hasta el hombro. Cuando la fila de vehículos de O5-8 sale del Sitio 19, ella se encuentra justo más allá del perímetro del Sitio, con una metaaraña arrugada en la boca. Ella es incapaz de percibir la caravana o el Sitio en sí, como tampoco cualquier

Fundador humano puede percibirla a ella. Apenas caminan por la misma tierra.

La araña es un conjunto de patas, ojos y quitina de doscientos metros de largo, y largas partes del cuerpo cuelgan de cada lado de las mandíbulas de Nema. La araña se convulsiona en vano. No puede escapar. Es la última. Las arañas eran numerosas y sabrosas, pero Los Que Caminan Muy Despacio tienen una dieta amplia.

Nema muerde, roe la última de las patas de la araña, que comienza una dolorosa y lenta caída al suelo, acompañada de una gota de jugo de insecto. Nema lanza al aire el tórax mutilado de la araña y lo atrapa en el fondo de su garganta. Lo traga, casi entero, todavía temblando. Levanta la cabeza y vocaliza triunfalmente, un gorjeo ensordecedor, inaudible, infrasónico. La llamada llega hasta su pareja y hasta sus hijos, en el horizonte.